

S.S.

3-14

Handwritten notes at the top of the page, including "10/10", "10/10", and "10/10".

B.P. de Soria



61050469

SS 903 AGU alt

SS
903
AGU
alt

Est 10
fal. 24
n^o 24

Signi.^o Top.^o

Est. 1

Teb. 7

Num. 24

EL ALTO JALÓN



DESCUBRIMIENTOS ARQUEOLÓGICOS





A la Biblioteca del Instituto de Soria.
El Marqués de Cerralbo

27. Diciembre 1909.

~~R. 115.~~

EL ALTO JALÓN



B=1467

DESCUBRIMIENTOS ARQUEOLÓGICOS

DISCURSO

POR EL EXCMO. SR.

DON ENRIQUE DE AGUILERA Y GAMBOA

MARQUÉS DE CERRALBO

INDIVIDUO DE NÚMERO DE LA REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA

Leído en la Junta pública del 26 de Diciembre de 1909



BIBLIOTECA PÚBLICA
DE SORIA

R. 1467

T. SS 9-138

MADRID

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE FORTANET

IMPRESOR DE LA REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA

Libertad, 29.—Teléf.º 991

1909



SEÑORES ACADÉMICOS:

Gran día es éste para la Academia de la Historia, porque lo es para la sociedad, pues que en él se inscriben páginas de gloria para todos los tiempos, para todas las razas y para todas las tierras, como triunfos de la espiritualidad: pues ahora, dándome alientos de introducción, acabáis de erguirlos hasta las cumbres desde donde se abarca el espléndido horizonte de la ciencia con sus oasis del estudio, de la crítica y de la inspiración, por el premio concedido al talento para las encomiadas obras de los Sres. D. Andrés Jiménez Soler, y á D. Manuel Serrano Sanz en el premio del Sr. Duque de Loubat: y os he visto admiraros y conmoveros con los relatos de excelsos sentimentalismos, por los que el hombre y la mujer parece que los fuegos del corazón y los remontes de la inteligencia los caldeasen y revuelaran dentro de aquellos sublimes caracteres que personificarían á una raza sucesora de Abel; que así son y consideramos ver desfilar mujeres y hombres que causaron vuestra admiración: ni los hermean los róseos matices, ni el centellante fulgurar, ni la heraclea apostura de la juventud; no les engalanan las sedas, ni los encajes, ni las joyas; son, ó parecen, viejos y oscuros y pobres; pero estos seres de que os hablo, logran la encantadora fisonomía que se modela por el alma católica; se visten de negro, que es la púrpura soberana de la caridad, y gozan de la eterna juventud del Evangelio, porque en él se inspiran, porque en él viven, y para él se recogerán al definitivo triunfo de la muerte en la Cruz del Salvador. Hemos, pues, asistido á la

enumeración de tantos españoles que dedicaron su vida al sacrificio por el bien ajeno, y como en este certamen de estética espiritual se ha de escoger uno, el que más sobresalga, á ese, á D. Manuel Martínez de los Reyes, de Sevilla, el salvador de veinte y dos náufragos en veinte y dos sucesos, en superior representación de todos, le habéis dignamente ensalzado, al otorgarle el anual premio á la virtud. Para esta consagración y la antes indicada del premio al talento, dedica la Academia la presente sesión, y como es costumbre que al solemne acto suceda la lectura de un discurso, aquí me tenéis, si honradísimo con la voz de la Academia por estos breves momentos, temeroso por la importancia del encargo, pero á todo resuelto con el estímulo del deber. No veais, pues, en mi discurso sino la escala que conduce al solio donde se coronan la virtud y la inteligencia; el pedestal que sostiene la estatua de la gloria, que así cumplía su cometido, sin que ningún ateniense se fijara en el sencillo pedestal que sostuvo la maravillosa estatua de Teseo en el períptero de Cimón; ni el artista recuerda un punto la desnuda y pesada escalera de Bernini, cuando sube á contemplar la epopeya del arte que el mágico de Urbino cantó con las innovadas escalas de sus colores y las estelas celestiales de sus trazos á la luz de su inventado sol sobre los admirables muros del Vaticano.

Y pues en esta sesión desbordan raudales de méritos, pareciendo formar el sacro río que fecundiza la tierra con la santificada ejemplaridad, y yo recibo el encargo del presente discurso, hallándome en la villa de Santa María de la Huerta por la que corre otro río, el más generoso de España, el único que riega sin descanso desde su borbotante origen, hasta que á florida vega, como maravilloso anfiteatro de galas relucientes y fiestas sonoras, avanza por Alhagón con su armadura de brillantes, su yelmo de plumeadas espumas, y su áureo manto de pomas y espigas, el ibérico Jalón, no á descansar, no á rendirse, no á sucumbir, sino á abrazarse al Ebro, como el hermano menor que se acompaña con el primogénito para el bien, la defensa y la gloria de su Patria: bendita unión que se promete, y consagra, y prospera á los pies de la Virgen Santísima del Pilar.

Voy, pues, por tales iniciadoras ideas, y tales oportunas deducciones, á ocuparme en muchas curiosidades, en no pocos hechos y en suficientes indicios para acrecer la notabilísima historia del Alto Jalón.

Viviendo yo en su ribera, desde hace bastante tiempo, una temporada cada año, en mi casa de Santa María de la Huerta, de la provincia de Soria, y avivado por mis estudios á puntualizar el desarrollo de la vía romana, que, desde *Emérita á Cesaraugusta*, cruza este país; determinando el Itinerario de Antonino Caracalla en ella las Mansiones de *Segontia* y *Aquæ Bilbilitanorum*, con una intermedia de *Arcóbriga*, y conociendo yo perfectamente el país, daba en resistirme á la general opinión de los sabios geógrafos, que desarrollan la vía desde Sigüenza, subiéndola por la Sierra Ministra, á tomar la cuenca del Jalón por su margen izquierda hasta *Arcóbriga*, á la que absolutamente todos los escritores, españoles y extranjeros, fijan en la actual villa de Arcos de Medinaceli, con lo cual tampoco estoy conforme, como después he de procurar el intento de explicarlo.

En los trayectos que de las vías no conservan rastros de su tan sólida construcción, y ni se hallan, ni registraron piedras miliarias, no hay medio más seguro de inducir su trazado, sino recorrer y estudiar los terrenos posibles. Por haber yo cumplido con esta premisa, llegué á convenirme de que no debió desarrollarse, la vía en que me ocupo, desde Sigüenza á Aragón, por donde se la ha fijado hasta el día.

Abierto aquel camino en la época de la más que centenaria guerra de los romanos contra los celtíberos, siendo éstos indomables, y de los más terribles y ensañados los Arévacos, diestrísimos en las sorpresas, no parece natural que tan antimilitarmente se trazase la vía por larguísimos desfiladeros, que apenas hoy dejan espacio para las aguas del río, muy á menudo desbordadas, y en aquel tiempo, sin duda, más caudalosas. El terreno triásico, desde Medinaceli á Somaén, quiebra las rocas de la manera más pintoresca y caprichosa; inmensos peñascos de calizas compactas y cavernosas, en posición vertical, y con escapes tan pronunciados y singulares, como el que sostiene el castillo de Jubera, erguido sobre las dolomías del muschaskalk, sin que sean menos salvajes y temerosos los

peñascos junto á la cueva Grajera de Somaén, como si luchasen alborotadamente al chocar allí sobre fuerzas triásicas, las miocenas que ya dominan hasta Aragón.

Por terrenos tan inmensamente quebrados, por desfiladeros tan angostísimos, y bajo los peñones que se yerguen perpendiculares, hasta alturas de 300 metros, no pudo idearse, ni debió construirse una vía militar, cruzando territorio tenaz y sañudamente enemigo. Que bien presente debieron tener los grandes peligros de estos terribles desfiladeros, de estas ensangrentadas Termópilas, con recordar, entre cien otros casos, que en el camino de Cástulo á Sisapón, ocupado por los romanos el *Saltus Castulonensis*, obligó á la retirada de Asdrúbal hasta la Lusitania, como la que en derrota hacia Tarragona corriese Fulvio Flaco, al cruzar el *Manlianus*, y escarmentándoles por siempre, les guiase á más fáciles caminos la hoguera en que ardió el cadáver de P. Escipión, cuando, herido por un dardo indibilitano, cayó muerto y vencido en el puerto *Tugiense*. Y así no fueron pocas las vías militares que se cambiaron, por evitar pasos de grandes peligros. Por citar alguna recordemos la que refiere Estrabón desde el Pirineo á Cádiz, que en el trayecto de Sagunto al campo Espartario se trasladó á cerca de la marina, para evitar la agreste y salitrosa *Egelasta*.

Los caminos remontaban las sierras cuando no había otro paso sin muy grandes rodeos, y aquél de *Segontia* á *Aquæ Bilbitanorum* se alarga, dificulta y hace peligrosísimo llevándole por el hoy Arcos de Medinaceli, siguiendo la ribera izquierda del Jalón.

Las vías fueron principalmente para las legiones que todos los años se ponían en movimiento, desde la primavera al invierno, para recorrer los países, y luchar por su dominación, ó hacerse presentes para sostenerla y explotarla. El soldado romano llevaba pesada carga de aprestos y vituallas, que Vegetio calcula en más de sesenta libras, á las que se añadió el *vallum*. Hacerle desde Segontia subir la escarpada Sierra Ministra, por un punto que alcanza á 1.200 metros de altura, para desfilarle, sin descanso en Medinaceli, imponiéndole la prosecución del viaje hasta *Arcóbriga*, cuando en aquella ciudad resultase más equitativamente

dividido; pues en el Itinerario se asignan xxvii millas de *Segontia* á *Arcóbriga*, y solamente xvi de ésta á *Aquæ Bilbitanorum*; aunque las variantes de los copistas alteren la primera etapa en tres y en cuatro millas, y la segunda en menos y en más, pero que tampoco concuerdan con los kilómetros que mide la vía férrea, desarrollada en paralelismo con la romana, según se describió hasta el día.

Si Medinaceli fué la antigua Ocili, bien se recuerda por Apiano cómo Fulvio Nobilior y los generales de Roma reconocieron su poderosa y militar posición, cuando desde aquel desafortunado sitiador de la épica Numancia, 153 años antes de J. C., se la hizo depósito de pertrechos de guerra y del tesoro que conquistaron los celtíberos, á seguida del sangriento desastre de Blesio; y tanto empeño puso en recuperarla Claudio Marcelo, como sus sucesores en sostenerla, y siglos después los cristianos con Alfonso VI por arrebatársela á los árabes, que la poseían desde 713, los que asaltándola de nuevo para después de repetidas y empeñadas luchas asegurarla en Castilla el triunfador Alfonso VII. No sólo su gigantesca altura de unos 1.200 m. sobre el nivel del mar, su islea y casi tajada posición, la robustez de sus murallas, y ser punto próximo al emergente y de mando por donde corren las aguas, y se abren las cuencas para el Ebro, el Tajo y el Duero desde la actual laguna y cuaternaria turbera de Miño, sino la historia de tan guerreada fortaleza, que, por ser tal, se acogió á sus baluartes para rehacerse, y sólo lograr morir, el derrotado Almanzor en el decisivo y sangriento Cerro de los buitres.

Pues atendiendo á todas esas circunstancias y á varias de sus historias, no comprendo que, si hubiera pasado la vía militar romana por Medinaceli, no se le citase como Mansión, rehusando dar al amparo de sus baluartes, descanso á las legiones, después de hacerlas subir la elevadísima y trabajosa Sierra Ministra, y se alargase tanto la marcha hasta *Arcóbriga*, para reducir de muchas millas la siguiente, cuando ya se iba cuesta abajo y por ensanchada vega; resultando la división de las dos etapas, y todos los detalles ya apuntados, y que con la marcha militar por aquéllas se relaciona, en un todo opuesto á las sabias disposiciones,

prudentes medidas y militar acierto que, en el caminar de las legiones, encomió, al describirlo, San Ambrosio.

Tengo, pues, por más cómodo, fácil y militar, sospecharla desde Si-güenza al llano campo Torance, siguiendo desde Layna hasta la frontera de Aragón, y por algo y de ese modo hizo su viaje de destierro, y el guiado al castillo de Alcocer, el genio de las guerras españolas, el soberano Cid. Mas para que la vía corriese por el trazado de mis sospechas, era necesario que, apartándose de Arcos, el siempre bautizado *Arcóbriga*, fuese á dar en un monte, también sobre el Jalón, en el que he descubierto tan importantísima y fuerte ciudad celtíbera, en un todo olvidada, y á la que, por cuanto llevo dicho, y muchísimas otras razones de no menor fuerza, que explicaré adelante, he dado en llamar la verdadera *Arcóbriga*.

De modo que por buscar la vía romana de *Segontia* á *Aquæ Bilbilitanorum*, creo descubrí el emplazamiento de los Arcobrigenses; y para más y más asegurarme en la atribución, hube emprendido largo viaje por esos grandiosos anfiteatros, altos y escarpados montes, tajadas rocas detríticas, gruesos bancales maciños y los escarpes de margas y arcillas, que son el agreste marco miocénico del Jalón, en el territorio que entiendo asignado á la *gens Arcobricense*. Y de punto en punto, escudriñando con la vista, con el estudio y con el azadón, logré descubrir muchas é interesantes estaciones arqueológicas, que, en su rebusca, me animaron á correr más tierra, siempre por la comarca de este río, desde sus bullidoras fuentes hasta el histórico término de Ariza: descubrimientos que voy á reseñar en este ensayo sobre la arqueología del Alto Jalón.

EL CUATERNARIO ELEFANTINO YACIMIENTO DE TORRALBA

Todo es de singularidad extraordinaria en este río, pues desde el punto en que brota de las entrañas de la tierra, ya ofrece estación arqueológica de la mayor importancia, que procuraré describir.

En el término de Esteras, lindando con Torralba, abre á la vida el Jalón los ojos por los cristales de sus dos copiosas fuentes, relumbrando desde las orientales derivaciones de la Sierra Ministra. Ésta, como si fuese hija desairada de Plutón, queriendo huir de los volcánicos dominios del hijo de Rea, yérguese hasta el carro oceánico de Neptuno, y en él fijando el pie calzado con el coturno soluriano, agiganta su innovada figura, envuelta en la rojiza clámide de sus arcillas, para asomar, sobre las encrespadas olas, la primigenia cabeza con sus flotantes rizos de nacientes algas, y ostentando soberana corona de areniscos brillantes y malaquitas, para crear como nueva diosa, la gran isla entre Castilla y Aragón. Pero el Rey de los mares, celoso de su fugitiva, lanza sus rodantes escuadrones sobre ella, y vuelve á esclavizarla bajo sus alcázares de espuma en los albores de la era secundaria. Mas ya aquella había creado el germen español, hálito de independendencia, de lucha y de victoria, y vuelve á combatir y á ostentarse triunfadora con su manto de irizado keuper, su túnica de arenicas rojas y sus blancos velos de anhidrita, como luciendo por preseas en sus luchadores brazos, ajorcas de encendidos jacintos, y para proclamar su triunfo, propagándole por el universo, acude á las entonces inventadas aves, que las lanza al espacio á tender sus alas mensajeras; y vuelve á sucumbir bajo las invasiones

cretáceas, pero redoblando su empuje empeña tan ruda batalla, que deja en sus inmediatos campos de Chaorna y Sagides, destrozados los ejércitos liásicos y triásicos, bajo las dislocadas retaguardias cenomanenses.

Y las aves emisarias han volado, y ya por todos puntos resuena el grito de batalla; hasta el Plesiosauro, que lo había oído en la cima del monte, lánzase al fondo de los mares á comunicar á las rocas la orden de abandonar el ocioso lecho, para revolver los potentes brazos con los endrógenos músculos; y en el día solemne álzanse triunfadores los Pirineos y los Alpes, y ya celebra sus fiestas de definitivo triunfo la Sierra Ministra; desfilando por el colosal anfiteatro triásico llega al mioceno bajo el maravilloso pabellón en que entrelazan sus espléndidos ramajes las palmeras, mimosas, hayas y sequoias, con los alcanfores, castaños, liquidambares, abedules, laureles, alisos y fresnos; hasta la vid y la encina pretenden ya asistir á este mágico brotar, entre lentiscos y grandiosos helechos y las anchísimas hojas de los arces.

Por los inconmensurables pantanos bullen y desraizan bambúes, los mastodontes, los elefantes y los supra-colosos dinoterios; saltan por los peñascos los ciervos y los antílopes; en las profundas quebradas de las peñas agazápanse las marmotas; en los extensos lagos zambúllense los tapires y los rinocerontes; la hiena escóndese en la caverna para acechar á su víctima; las colosales jirafas rumian los brotes de los erguidos plátanos; hozan en los charquines los cerdos; saltan entre los bosques los monos; los castores inventan la arquitectura, y por la tendida llanura galopan los Hippariones; rebrillan las flores sus matices, y alumbra por fin diáfananamente el sol.

Este miocénico día fué la sublime festividad del triunfo de la tierra creada por Dios.

Todos los sabios le cantan su ciencia, sobre la que yerguen la afirmación de que paisaje tan divino y maravilloso, ni antes existió, ni por jamás ha vuelto á contemplarse. Lástima inmensa que no haya podido sino adivinarle el hombre, aunque infructuosamente le buscasen en los esqueletos fósiles del Antropotiteco de Mortillet y de la salamandra de Oeningen de Scheuzer.

Triunfo fué este de la materia, y fué tan grande porque no era suya la acción, sino de Dios.

Erguida definitivamente la Sierra Ministra, recibiera en su efluvial frente el beso del sol, y de este solemne himeneo, nació el río Jalón; pues que los manantiales surgen de las aguas de condensación atmosférica que se infiltran al interior del suelo, hasta hallar terrenos impermeables, así como las arcillas triásicas de la Sierra Ministra.

Hemos visto de que manera esta montaña fué saliendo del seno del Océano, y dominando los inmensos posteriores lagos miocénicos, llega á alcanzar una altura de casi 1.300 metros sobre el nivel del mar, y cómo de su seno nace el Jalón, y pues que al pie de aquella descubrí una de las más importantes estaciones arqueológicas, y en las riberas del histórico río se hallan ésta y todas las muchas que voy á describir, tuve la tentación de ofrecer unos párrafos á romancear sus orígenes.

Pasaron siglos y muchos siglos, todos los transformadores pliocénicos, y después ya en calma los mares y en paz la tierra, llegó un día en que, sobre la irisada cumbre de la Sierra Ministra, aparecieron unos seres, que jamás otros iguales hollaron aquellas montañas, y se oyeron unos ruidos que ni asemejaban cantos, ni aúllos parecieron, ni el rugir de las fieras, ni el resonar de los vientos, ni las cadencias de los ríos; eran sones entrecortados, que ni se ligaban, ni se sometían á un ritmo, como cuanto es sonoro en la Naturaleza. Y esos seres avanzaban, y asomaban en grupo, y saltaban, y corrían sobre piernas algún tanto encorvadas; y unos eran altos y fornidos, y otros de figura más endeble, como si se entrelazasen con unos pequeñuelos de cansado andar. Encrespadas melenas en los primeros y largo manto de cabelleras flotantes en los segundos revolvía el cierzo; daban extrañeza á sus figuras unas pieles como de ciervo, que, tendidas sobre los hombros, apenas si les cruzaban por la cintura, y despegábanse del cuerpo; no pocos al talle retorcían ramos con las enormes hojas de los Arces. Quién sobre sus espaldas cabalgaba á otro más pequeño; quién traía en la mano una larga punta del asta enorme megacera; quién empuñaba el vertical colmillo de un dinoterio; otros, como si se sostuviesen en fornidas estacas de

congelados ficus ó alcanfores y todos esgrimiendo en la libre mano una piedra cuyas múltiples y desordenadas facetas rebrillaban al sol. Sus movimientos parece que obedecen á un plan: los ojos como hundidos en profundas cuencas, y bajo los pabellones de sus pronunciadísimas cejas, dirigen miradas á uno, el más agigantado, que marcha delante con la libertad é independencia del jefe. Párase en lo alto, lanza sus monosilábicos sonos; todos los demás le rodean; alzan los brazos al sol, que se hundía entre las montañas; y asentada la tribu, son los primeros hombres que huellan la tierra soriana, y su grito de orden, de salutación ó de plegaria, es la primera voz humana que repercute el eco de la sierra.

Y torna á amanecer, y la nómada tribu contempla desde la cima el ya empobrecido, pero siempre grandioso espectáculo que antes describí; y ven las manadas de elefantes, que se zambullen en el lago constituido por las primeras aguas del Jalón en el anfiteatro de montañas que hoy rodean á la aldea de Torralba. Y aquellos hombres y aquellas mujeres y aquellos chicos no son más que cazadores, y tienen todos los ardides, y saben todos los medios, y adivinan todos los casos que rindan á la caza, como inteligencias en que ni se inicia, ni se sostiene, ni se procura sino una sola idea.

Descubren al frente una cueva en las desquiciadas rocas, y á ella van ocultándose entre los bosques, y la alcanzan y la conquistan. Amontonan piedras en el ingreso para defenderse de los animales, aun no tan temibles en los sótanos, por no existir todavía el oso de las cavernas. Desmontan, con los gujarros de los cortes relucientes, fornidos ramajes y largos débiles troncos, entretegiéndolos sobre los profundos barrancos que abren sus bocas en la laguna, forjando una trampa precursora de las notables de Solutré. Arrancan las raíces de las plantas acuáticas, que tanto buscaban los ya huidos dinoterios y mastodontes, como atraen las flotantes hojas que también codician los elefantes. Tiéndenlas para cebo sobre las ramas, y escóndense al acecho de su presa, que no tarda en caer desplomada en la cazadora sima. Y sale la tribu, y llegando al lugar lanza sobre el enorme paquidermo los más gruesos peñascos con que pueden sus

acerados músculos y revuélvese feroz, pero impotente el elefante, hasta que, exánime, rinde entre rugidos sus fuerzas. Saltan al fondo los más resueltos; rasgan con los pedernales así la dura piel que las carnes sangrientas, y al pie de la Sierra Ministra danzan á gritos el triunfo de su banquete. Y pasan los días formando años y siglos y repítense las cacerías, y viven de las presas hasta que, escarmentados los animales, huyen de aquellos contornos, y la soledad y el hambre empujan á la tribu por otros derroteros.

Pretendo dar á todos estos cuadros geológicos y de la arqueología carácter y autoridad, con la indiscutible que conquistaron las obras de Lapparent, Lyell, Falconer, Quatrefagues, Lubbock, Meignan, Boucher des Perthes, Mortillet, Troyon, Broca, Reinach, Evans, Boule, Piète, Harlé, Chauvet, Cartailhac y Breuil; los cranólogos Pleinsiger y Boué, y los más localizados á nuestra patria, Verneuil, Lartet, Laporta, Pardo, Vilanova, Antón y Olóriz, sobresaliendo en interés y aplicación para la provincia de Soria, los magistrales estudios y sabias descripciones de D. Pedro Palacios.

Mas continuando las mías sobre la primigenia tribu de la Sierra Ministra, hallo que por muchos transcurrieron los siglos, tantos que la ciencia busca y rebusca entre los yacimientos signos para contarlos, que así desde *Le Préhistorique*, revista de los Mortillet, que extiende los tiempos cuaternarios en que me ocupo, á la inmensidad de 222.000 años, dividiendo tan enorme período en 78.000, que asignan al Chellense; 100.000 al Mousteriano, 11.000 al de Solutré, con 33.000 al del tipo la Magdalena. Y Rutot, en su *Essai d'évaluation de la durée des temps quaternaires*, la remonta á 139.000 años, distribuyéndola por su fauna, al conceder 50.000 años á la del elefante antiguo, 84.000 á la del mamut, limitando la del reno á 5.000, para extender los tiempos eolíticos á 50.000 años, y los paleolíticos á 89.000; en tanto que Sir Charles Lyell en su *L'ancienneté de l'homme prouvée par la Géologie*, la calcula en 224.000 años, para descender con Nadaillac á unos 10.000 que concede á la antigüedad del hombre; y Quatrefagues, que fija el período geológico actual de Europa á bastante más de 7.000 años; oyendo á

Oppert proclamar en el Congreso prehistórico de Bruselas de 1872, que 11.542 años antes de J. C. se observó en Oriente un fenómeno astronómico, lo que demuestra el gran adelanto de civilización que ya existía; estudios bien curiosos todos ellos, pero hoy hácense con toda prudencia, y aspirando á comprobaciones, como las intentadas por los glacialistas Penck y su opositor Obermaier, siguiéndole Lapparent con su cálculo sobre la marcha del ventisquero del Ródano, según tan doctamente publica Mr. Chauvet. Y dejando este contar de las estrellas á los grandes sabios, sólo recordemos que el Obispo de Châlons, monseñor Meignan, en su notable obra *L'Homme primitif selon la Bible*, declara que más de 150 sistemas se presentaron á la Iglesia, sin que uno fuera condenado, pues la Católica dejó libre la elección entre las cronologías bíblicas, sin obligar á que se adopte una sola.

Y yo, pretendiendo sumar mi modestísimo concurso á tales cifras, aun hoy sin claros guarismos, fuíme á Torralba, emprendí excavaciones con el aliciente de haber sabido que hace ya bastantes años, al comenzar las obras de desmonte para el ferrocarril á Soria, se hallaron en aquel sitio, llamado Loma del Saúco, en el kilómetro 156 de la línea de Madrid á Zaragoza, restos colosales de elefantes que se clasificaron acertadamente como del *antiquus*, y del que existen poquísimas muestras en el Museo de la Escuela de Minas de Madrid. Pero yo aspiraba á más; yo pretendía que se desenterrasen restos de otros animales, que fijaran toda la Era, y algo que descifrara el misterioso yacimiento, como el si acaso los elefantes fueron sorprendidos para la muerte por aquel descoloramiento del sol, que produjo el cuaternario intermitente glacial sistema, según el abate Le Dantec, ó por las variaciones en la inclinación del eje de la tierra, que indica Rémond, ó el desplazamiento del de los polos, que deduce Douville de la hipótesis de Marcel Bertrand, y tales diluvios y tales hielos atajasen en su huida á los elefantes que rebuscaban el istmo de Gibraltar, por el que vinieron en la época pliocena, y el que ya no podrían hallar al hundirse el estrecho de Calpe, en el momento de triunfo del Océano sobre los de la Mancha y el Sund.

Aún me alentaba otra superior aspiración: la de comprobar si el hom-

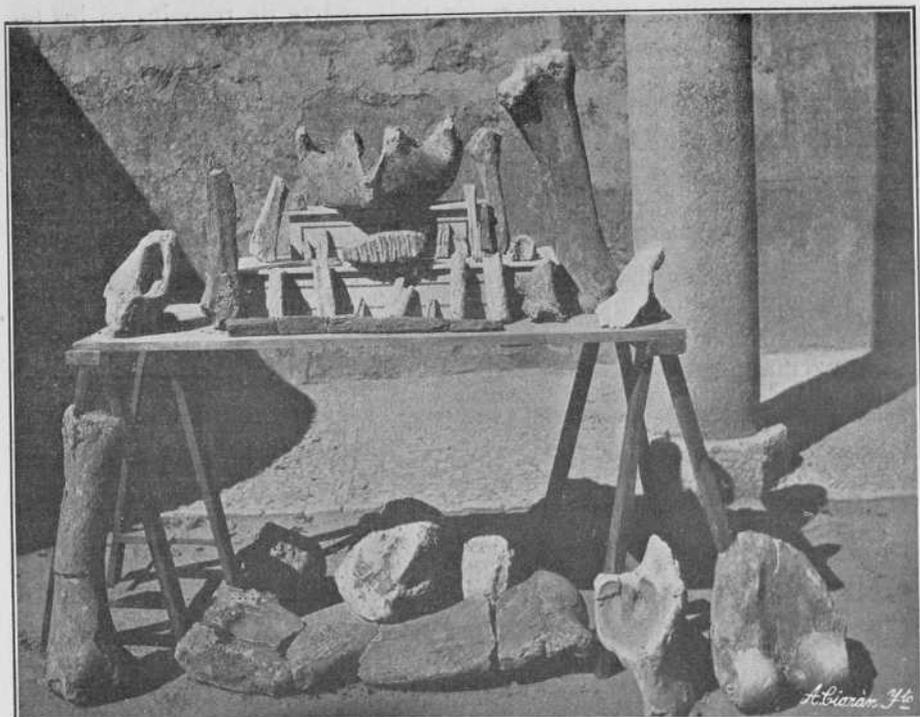
bre más primitivo pudo ser sincrónico con tal yacimiento, y si lograba descubrirle una antigüedad más remota á la del *elephas antiquus*.

Emprendí, pues, las excavaciones, y no he de dar un paso en su descripción sin ofrecer el tributo de mi gratitud al digno Director del Ferrocarril á Soria, Sr. D. Joaquín Iglesias, que, inspirándose en los más nobles estímulos y protección á la ciencia, me concedió generosísimamente el permiso para emprender toda suerte de trabajos en los terrenos de la Empresa; así como á D. Eduardo Lostau, docto ingeniero Jefe de la 3.^a División Técnica y Administrativa de Ferrocarriles, que resolvió tan rápida como amablemente la tramitación oficial para estas exploraciones; complaciéndome en mencionar también aquí al ilustrado Sr. Jefe de la estación de Torralba, D. Angel Pérez Carretero, que empleó toda su influencia, toda su actividad y su desinteresadísimo trabajo en servir á mis excavaciones cuanto tiempo del día y de la noche le dejaba libre el cumplimiento celosísimo de su deber como Jefe de Estación. Así estos protectores de la ciencia facilitaron el importante resultado que entiendo ha de merecer gran aprecio, más y más de estimar, cuando en España no se ha hallado nada semejante; pues, si acaso, aspirarán á parecidos, pero inferiores, la estación de San Isidro del Campo, y en Portugal la Cueva de Furninha. No así en Francia, que es más frecuente, mostrándose en tantos Museos, como el de Angouleme, Amiens y Toulouse y entre varios doctísimos coleccionistas, tales como Mr. Edouard Halé, de Bordeaux; Mr. François Deleau, en Bourg-sur-Gironde; Mr. Gustave Chauvet, en Ruffec, y, sobre todos, aquella admirable escuela de estos estudios, que se desarrolla por los inmensos salones del Museo de Saint Germain-en-Laye y los del Jardín de plantas de París.

Seguida la excavación, y por varios meses, he logrado sacar muchos restos pliocénicos, que se extinguieron en los avances del cuaternario, alcanzando al hombre. Los más de consignar por su extrema rareza, son los del elefante *meridionalis* que antecedió mucho al *antiquus*, aunque alcanzase á convivir con él. Sabiéndose que aquel fué el animal más grande de su época, no es atrevido el asignarle dos colmillos enormes, de 3,19 m. el uno y de 2,85 m. el otro, que saqué; y aún les caracte-

riza más la circunstancia al parecer típica del *meridionalis* de conservar por bastante extensión casi su mismo diámetro, y el mayor mide en su base 0,207 m., y con igual tamaño llega hasta los dos metros de su largura, que ya dije es de 3,19 m.

TORRALBA

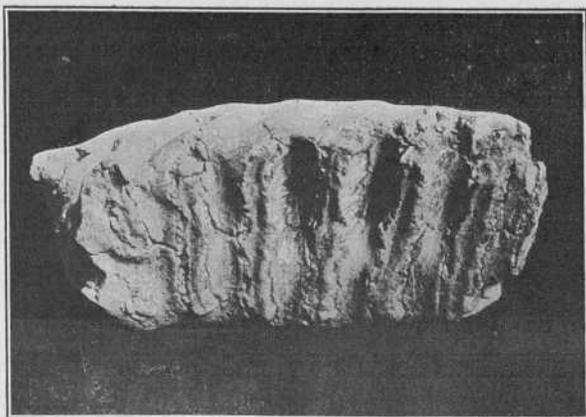


Sobre la mesa quijada, muela y tibia de *elephas antiquus* y huesos de ciervo, de gran buey y dientes de caballo. Debajo húmero, tibia y cabeza de fémur de *elephas meridionalis*?
Detrás piedras de las que se hallan adosadas á los grandes huesos.

Al mismo animal pretendo corresponda toda una pieza de 2,60 metros de largo, que formé por un gigantesco omoplató; un húmero de un metro; un radio de 0,90 m.; y un cúbito de 1,05 m.; así como una tibia de 0,64 m. Pero lo que posiblemente lo atestigua y demuestra, es una quijada con sus dos dientes, presentando todos los detalles determinativos, pues llega á tener 0,269 m. de espacio entre las láminas ó colinas de esmalte y el intermedio, cuando ya por *meridionalis* suélese cla-

sificar al que mide de 0,210 m. á 0,260 m., y el *antiquus* varía entre 0,150 m. á 0,200 m., y la máxima que logró Mr. Chauvet sobre los hallados en el arenal de Tilloux, quedaba en 0,210 m. Además, la muela es bastante más ancha en el mío, á que vengo refiriéndome, que en el *antiquus*, detalle que aumenta la comprobación.

TORRALBA



Muela de *elephas meridionalis*?

El profundamente sabio Mr. Marcellin Boule, profesor de Paleontología en el Museum de París, estudiando los hallazgos de la gravera de Tilloux, cerca de Gensac-la-Palue, en la Charente, donde las hachas chellenses se en-

contraron con huesos de elefantes, les clasificó de *meridionalis* por las mismas razones y detalles que me sirven para considerar así á uno ó dos de los míos; debiendo añadir, para complemento de prueba, que los enormes colmillos de Torralba son curvos, y los del *elephas antiquus* eran rectos.

Si de un elefante se originó el otro, adquiere la mayor importancia todo hallazgo que sirva para establecer ese punto intermedio entre los dos tipos, que los enlace, y cúpome la suerte de desenterrar una quijada con diente, que por su anchura y el espaciarse de sus láminas parece como probable ser el tipo de congeneración: algo así como el célebre de Lyon, intermedio también entre el *antiquus*, según Falconer, aunque Jourdan le tenga por de otro enlace, al que designó de *elephas intermedius*.

Del *antiquus* son hasta ocho las quijadas que logré determinar, é infinitos los huesos de gran tamaño que les corresponden, como varios colmillos desde 1,90 m. á 0,85 m. de longitud.

Aumenta el interés grande de estas rebuscas al hallar huesos de un buey colosal, el coetáneo de los dichos elefantes, no teniéndole yo por el bisonte, que sólo aparece al fin de la época cuaternaria; algunos de gran ciervo; otros de uno pequeño, que sólo hállase en España, y muchos dientes de caballo; que si de estos animales es el único que aún hoy acompaña al hombre, varios autores afirman que le antecedió, pero en estado selvático, como las innúmeras manadas de Solutré, pues los animales domésticos no comienzan sino en la neolítica, aunque los grandes rebaños salvajes aparecen ya en la miocénica.

Pero lo que centuplica el extraordinario valer de tal yacimiento; lo que permanecía desconocido y hasta ni aun sospechado, es que descubrí entre los huesos, á todas las varias profundidades excavadas, un gran número de hachas Chellenses de las más típicas, talladas groseramente en sus dos faces, con lo que logro patentizar la época del yacimiento en la primísima del hombre, caso que aún no se ha conseguido en España, pues en San Isidro las hachas no se hallaron mezcladas con los huesos de elefante, y hasta aquéllas, separadas de éste, en distinta zona diluvial. Y aún saqué hachas de tan leves saltados y tan iniciadas formas, que parecen anticiparse al Chellense, y tal vez al más antiguo conocido, descubierto por M. d'Ault de Mesnil, al profundizar una trinchera en Abbeville: todo puede comprobarse por el grabado que se inserta.

Estas primitivas armas, que en Grecia y Roma llamaban *cerámicas*, como Ovidio *ceraunias*; las que hasta adoradas fueron, y tantas controversias originaron, desde la sospecha de Agrícola, hasta que el saber y la tenacidad de Boucher-de-Perthes logró esclarecerlas en nuestros días y Thomsen clasificarlas, sin olvidar que muy de antes ya las entendía así Beuter el historiador de Valencia, cuando en 1534 detallaba las que se hallaron junto á Cariñera, en Fuentes; la gran rareza de las hachas Chellenses en España, no es sólo por lo poco que se buscan los yacimientos arqueológicos, sino que tal vez se aventajaron nuestros aborígenes á la labra en el estilo mousteriano, pues siendo aquellas frecuentes en Francia, ya en los Pirineos escasean mucho.

De esperar es que, extendiéndose la afición á las exploraciones pre-

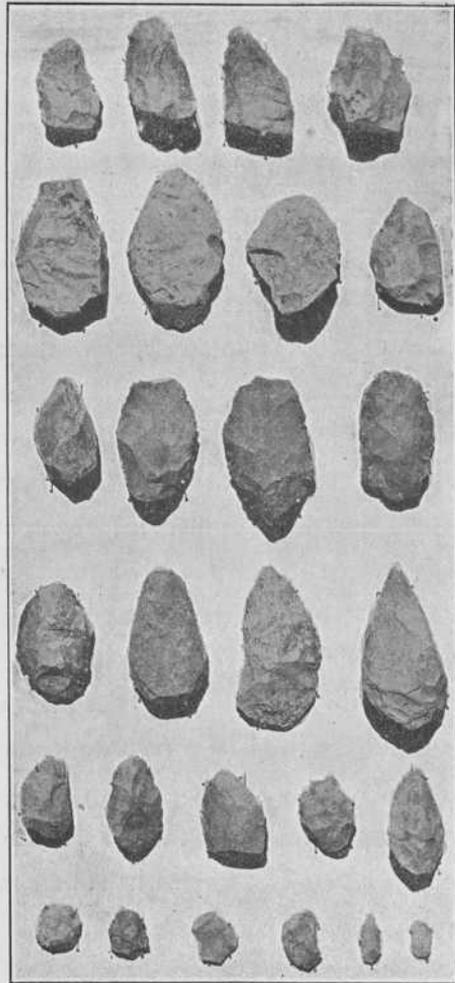
históricas, lleguen á descubrirse muchas y nuevas singularidades; y al esclarecimiento de estos primeros pasos de la humanidad en nuestra patria no habría de negar su poderoso concurso el Estado, como sucede en el extranjero. Así, gastando más de 25.000 duros Bélgica, consiguió sacar, después de tres años de trabajos, y á una profundidad de 300 metros, sesenta toneladas de huesos, entre los cuales lograronse veintitrés esqueletos completos nada menos, que, por de varias especies de Iguanodontes, clasificó el sabio Von Beneden.

Y no es que yo pida protección pecuniaria para mis excavaciones, pero sí animo y estímulo á que el Estado realice otras, para sumar el mayor número de esfuerzos que trabajen por arrancar la máscara misteriosa que nos desfigura las primitivas edades de la humanidad, y penetremos con paso algo más seguro por el hoy sombrío ingreso de la Paleontología.

En el tan importante yacimiento de mis trabajos, empiezan á hallarse las hachas y huesos á poco más de dos varas; es-

casísima profundidad, de compararse con la de Amiens y Saint Acheul, que se inician á los 8 y 9 metros. Pero más profundas se hallaron las de San Isidro, que comprueba el mayor acarreo del *diluvium*. En cambio,

TORRALBA



Hachas de las más primitivas y chellenses.

las graveras célebres de Saint-Amans, entre Cognac y Angulema, las descubren hasta superficiales como muy enterradas, así en tan gran número las hachas Chellenses avaloran el importante Museo de Angulema, y la espléndida colección que en Ruffet ha logrado reunir el ilustre arqueólogo Mr. Chauvet, en quien la ciencia y el trabajo se aunan admirablemente para sus grandes éxitos paleontológicos y de prehistoria.

Las acciones cuaternarias de denudación en la Sierra Ministra aglomeraron sobre el yacimiento espesa capa de las vistosas y multicolores arcillas irisadas que antes vistieron las cumbres, dejando los terrenos en la más triste aridez, como corresponde á las arcillas triásicas, pues apenas las cubre un ligero manto de tierra infecunda.

Es muy de notar que en éstas, mis excavaciones, siempre se anuncian los huesos grandes por el hallazgo de fuertes y durísimas piedras, ya casi redondeadas por un persistente uso, que aun sin negar ayudasen á tal forma los arrastres diluviales, entiendo que más y más las conformaran los muchos y fuertes golpes que con ellas diesen los hombres primitivos, según describí, ya para matar á las gigantes fieras, ya para despedazarlas y romper los resistentísimos huesos, pues no de otro modo puede explicarse la singularidad apuntada.

Un sabio extranjero, que para mí es de toda autoridad, por su extraordinaria ilustración y su inmensa práctica, contemplando, en el yacimiento de Torralba, las tales piedras, siempre apareciendo adosadas á los grandes huesos, me recordó los depósitos pétreos que se forman alrededor de restos de animales y de plantas, lo que tan doctamente explica Lapparent en su tratado de Geología; pero yo creo que las descritas por mí sirvieron, y se hallan en tales puntos, para lo que, al anotarlas, expuse.

Resulta, pues, por detalle extraño, la circunstancia de hallarse siempre en Torralba, al lado de los grandes huesos, fuertes piedras, caso que no sé ocurra en ningún otro yacimiento: y que éste no se compone, como casi todos, por la aglomeración en una falla del terreno, ó en los fondos de las graveras, de los despojos de animales arrastrados por las inundaciones, se patentiza al no encontrarse en Torralba ni un hueso, sin pre-

sentar limpios y pronunciados los engarces de las articulaciones; ni un hacha, sin que conserve aguzadas sus cortantes aristas, todo lo cual demuestra que el yacimiento elefantino de Torralba, tal y como yo he logrado presentarle, es el más colosal Kjoekkenmoedding de su época, que se conoce en España, y de los mayores del mundo, siempre refiriéndome á los elefantes *meridionalis antiquus*, pues tratándose del *primigenius*, que le sucede, ya no sólo es frecuentísimo en el extranjero, sino que siendo colosal el número de 96 hallados en el solo yacimiento de Hradisko, en Moravia, por el Dr. Martín Křiž, según me refiere Mr. Harlé, aún ha sido sobrepasado por muchos millares, cuando en Siberia, desde su descubrimiento hasta el día, aseguran llevar vendidos á la industria más de 40.000 colmillos; y Middendorck calcula en unos 200 anuales los que se exportan del Norte de Asia, como Figuiet añade que los pescadores ingleses y americanos recogían en sus redes cada año más de mil pares de colmillos vendidos al comercio. Cuvier en su obra *Les Ossements Fossiles*, da larga lista de los sitios de Rusia en que se descubrieron los más interesantes yacimientos de elefantes, como enumera también los de Francia, Alemania é Italia, singularmente en el Piamonte, y de América, siendo muchas las relaciones publicadas de estos descubrimientos desde que se hallaron los primeros huesos y colmillos fósiles de elefante, por el viajero ruso Isbran Ides en 1692 en el suelo helado de Siberia: hasta aquella impresionante descripción que el Conde José de Maistre hace en el tomo 1 de sus *Opuscules inédits* del monstruoso mamouth hallado en la desembocadura de la Lena, y llevado á San Petersburgo, que él vió, tocó y olió; olió hasta cinco veces diciendo que: «Jamás el hombre más voluptuoso ha aspirado los deliciosísimos perfumes del Oriente, con el placer que me ha causado el olor fétido de una carne antidiluviana putrefacta»; de tal manera se impresionó el entusiasta autor de las *Soirées de Petersbourg* ante hallazgo de tal importancia, como era ver y palpar un enorme elefante que parecía muerto la víspera, cuando llevaba enterrado miles de años. Y en orden á los cuaternarios yacimientos llega á inscribir Castera, en su traducción del *Vollage de Billing*, que una isla del mar Glacial, de treinta y seis leguas

de larga, enfrente también de la desembocadura de la Lena, casi está formada por huesos, colmillos y cráneos de mamouths, búfalos y renos; como por célebres animan también á citar los hallazgos en la caverna de Gailenreut, en Franconia, de unos mil esqueletos, de los cuales ochocientos correspondían al *Ursus spaeleus*, como en la de Kirkdale, cerca de Yord, se encontraron trescientas hienas. Todos estos grandes depósitos formados por los acarreos diluviales, son de menos valer histórico y arqueológico que el de Torralba, aglomerado por la vida, las costumbres y las necesidades del hombre primitivo; y aún debo añadir que de cuantos elefantes hice mención anteriormente, se refieren al mamouth, y los de Torralba son *antiquus*, en mucho anteriores y más raros, excediendo extraordinariamente á todos si fuera *meridionalis* el que describí y hallé en la Sierra Ministra.

Aunque muy poco, pero algo propalada la noticia de mis descubrimientos, llegó hasta Francia, y como en quien la ambición admirable de más y más saber tiene en indormible vigilia la atención, así, y bien pronto se hubo advertido de aquéllos un sabio que atesora toda la ciencia de la paleontología cuaternaria, para unirla á perspicaz intuición relampagueada por sus grandes conocimientos arqueológicos, afirmando los resultados y los éxitos sobre el incesante ejercicio de la más docta práctica; este sabio, del que aspiraría yo á ser discípulo, es Mr. Edouard Harlé, tan célebre como laureado autor de muchas publicaciones con no pocos descubrimientos cuaternarios, y que merece aún superior estimación para los españoles, por haber dedicado escritos relevantes á investigaciones en nuestro país, y termina al presente su gran estudio sobre la fauna cuaternaria de España. No debo, pues, añadir palabra, dejando á tan autorizada pluma la clasificación con el valorar mis trabajos en Torralba, pero como siempre son oportunas frases las de la gratitud, he de dedicárselas á Mr. Harlé, por haber acudido inmediatamente desde el extranjero, á ver, estudiar y definir mi yacimiento de la Sierra Ministra, sin que de antes fuéramos conocidos, pero desde nuestra primera entrevista en Santa María de Huerta resultamos tan buenos amigos como yo de él admirador.

Quédanme, sin embargo, algunas palabras que añadir, sin duda las mejores para la ciencia, cual son las dedicadas á comprobar que emprendiendo yo mis excavaciones para servicio de aquélla, y considerando la gran utilidad que pueden prestar á los estudiosos los restos elefantinos y la primera industria humana que descubrí y desenterré en Torralba, acabo de hacer donación de todos los importantes y del sin igual colmillo de *elephas meridionalis* al Museo de Historia Natural de Madrid, cuyo sabio Director, D. Ignacio Bolívar, movido por el gran amor á la ciencia, fué á mi casa de Huerta para ver y estudiar todos los antedichos restos; y reconociendo su gran importancia, aceptó mi donativo, con mi deseo de que, no solamente se expongan para el público estudio en el Museo, sino que se armen, cuantos se puedan concordar, para su mejor aprecio.

* * *

Al entrar en prensa lo escrito anteriormente, recibo el acta de la sesión que la Sociedad Geológica de Francia celebró el 8 de Noviembre de 1909, en la que el sabio paleontólogo Mr. Edouard Harlé, presentó su notabilísima obra *Essai d'un Liste des Mammifères et Oiseaux quaternaires connus jusqu'ici dans la Peninsule Ibérique*, terminando su comunicación con el siguiente párrafo: «El más interesante de los descubrimientos inéditos es el hecho recientemente por el Marqués de Cerralbo, de un cementerio de *Elephas antiquus*, y también de *Elephas meridionalis* ó al menos de *antiquus*, tendiendo hacia esa especie»: añade interesante descripción del yacimiento de Torralba, para concluir con la ya antes citada y curiosísima observación de que «muchos de los huesos estaban allí en contacto con gruesas piedras que se casaban completamente á ellos y que fueron producidas, después de la formación del depósito, por acciones químicas, en las cuales la materia orgánica de las osamentas ha tenido cierta parte.»

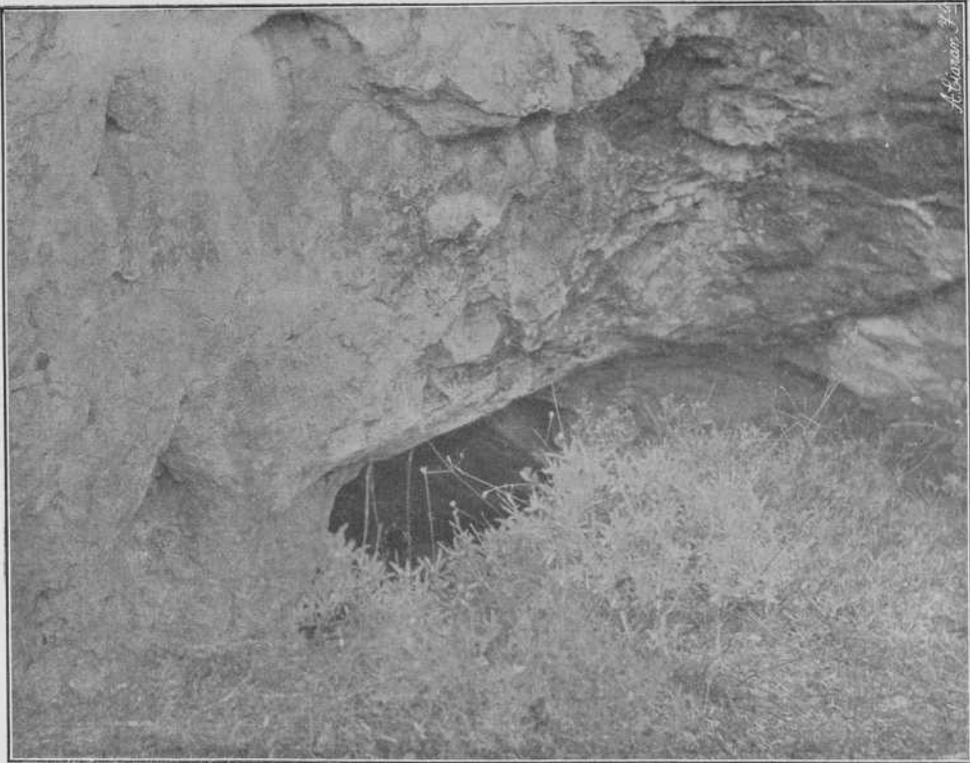
No puedo ofrecer mejor epílogo á mi ensayo de estudio que estas palabras de tan decisiva autoridad como las de Mr. Harlé.

LA CAVERNA DE SOMAÉN

Pues que el objetivo de este trabajo es describir las importantes estaciones arqueológicas que hasta hoy he descubierto en la cuenca del alto Jalón, y terminada la notabilísima y excepcional que acabo de escribir, y con la que parece naciendo tan histórico río, voy á continuar bajando por su admirable ribera que va abriéndose serpenteado despeñadero desde la salida del túnel de Orna entre las margas salíferas y yesosas del keuper para continuar entre las dolomías del muschelkalk, hasta que llegando á Medinaceli se desnudan los bancos de calizas compactas y granudo-sacaroideas dejando rebrillar á veces en sus asientos cristales de aragonito, mientras que por el opuesto lado se yerguen las dolomías casi perpendiculares, y las margas irisadas se engrandecen de tal modo, que llega su espesor á más de 130 metros, sobre cuya altura se ostentan las hiladas de carñiolas. Emprende desde aquí el Jalón rápida corriente por hondonadas profundas de los citados materiales, hasta que, disminuyendo las margas en sus orillas, se llega á la gigantesca roca, sobre la que parece como águila que asienta su nido en tajo inaccesible el ya antes indicado castillo de Jubera. Desde aquí se dislocan en caprichosísima, grandiosa é imponente estructura, las capas triásicas, fingiendo fornidas torres, inmensas murallas, barreras ciclópeas ó ruinas fantásticas, que tan pronto aparecen como agujas de una catedral corroídas por los siglos, arcos descoyuntados por bárbaras invasiones guerreras, galerías que desordenan y obstruyen los desplomes, ó ciudad formidable sorprendida por el cataclismo de un terremoto, y apenas si por medio

de tales obstáculos y tantos derrumbes, logra abrirse camino la torrencial corriente del Jalón; mientras que la por allí reducida carretera se le asocia excavándola entre los peñascos, y el ferrocarril corre sobre el río por muchos puentes y bajo las montañas por muchos túneles hasta el kilómetro 177 de la línea de Madrid á Zaragoza.

SOMAÉN



Entrada de la caverna.

Al lado derecho, en una elevadísima montaña, á la que cubre por sus escarpadas cuestas renovado monte de robledales y carrascas, y dificultan el serpenteado y penoso acceso cataratas de peñascos y sus destrozos, que derrumbarían desde las cumbres las avalanchas glaciales del cuaternario ciclo; apenas subidas las dos terceras partes del monte, preséntase tajado y desnudo peñón asentando sobre la agreste rambla que

entre las altas malezas casi oculta la boca de una sima por la que, arrastrándose largo trecho, se logra entrar á grandiosa y muy dilatada caverna. El incómodo ingreso mandé ensanchar, cosa fácil con sólo haber cavado el suelo, y extraer las peñas que le obstruían, demostrándose, como siempre creí, que estas fueron colocadas por los primitivos hombres, para aminorar el paso de tal modo, que pudiese taparse fácilmente con troncos, y así defenderse de las fieras, que ya entonces pululaban, y, sobre todo, del terrible oso de las cavernas.

Esta, que pertenece á la villa de Somaén, de la provincia de Soria, es la más notable de su triásico país, en el que, por consiguiente, abundan. Reina la más completa obscuridad en aquellos antros, pero las potentes lámparas nos permitían recorrer la ancha y ya despejada como nave de ingreso, para dar en colosal cámara de elevadísima cúpula, en la que produjo la naturaleza inconcebibles apoyos, descoyuntadas bóvedas, y las resistencias en desorden, como si por fantástico arquitecto y mitológicas fuerzas se levantara y sostuviera aquel laberinto de estancias, galerías y despeñaderos, con las accidentadas techumbres, en las que ponen brillo, encanto y exorno las goteantes estalactitas, y pavor las rocas que, grieteadas y en peligroso avance, parecen desprenderse, como tantas otras que, ya caídas, obstruyen todos los pavimentos, lo que, unido á las muchas y enormes estalagmitas, hacen, no sólo difícil, sino peligroso el camino por tan accidentado suelo, que muchas veces desciende con gran rapidez, y á tales profundidades como la última con que se termina el actual recorrido de la caverna, pues llégase á punto donde angosto agujero deja paso á inexplorada sima, en la que no halló pie un hombre atado á larga cuerda de acarrear.

Teniendo conocimiento de esta caverna, presumí que debió haber sido habitada por los trogloditas del Jalón, hecho que nadie ha apuntado, y que ni en cuanto hasta el día hay escrito se sospecha. Con esta mía, fuíme allá, y la recorrí, hallando desde los primeros pasos la absoluta comprobación.

En la gran cámara que antes he descrito, ábrese á la izquierda amplia y originalísima portada, conduciendo á otro extenso salón, que,

por ser el más inmediato á la boca de la cueva, y de proporciones más acomodadas, escogerían para su vivienda los trogloditas, como así ocurrió en la incomparable caverna de Altamira. Cito este dato para indicio; no porque el entusiasmo de mi descubrimiento me lleve hasta comparar á los ceramistas neolíticos de Somaén, con aquellos que trazaron las maravillosas pinturas paleolíticas, que descubrió Sautuola y han descrito tan sabia como espléndidamente Cartailhac y Breuil.

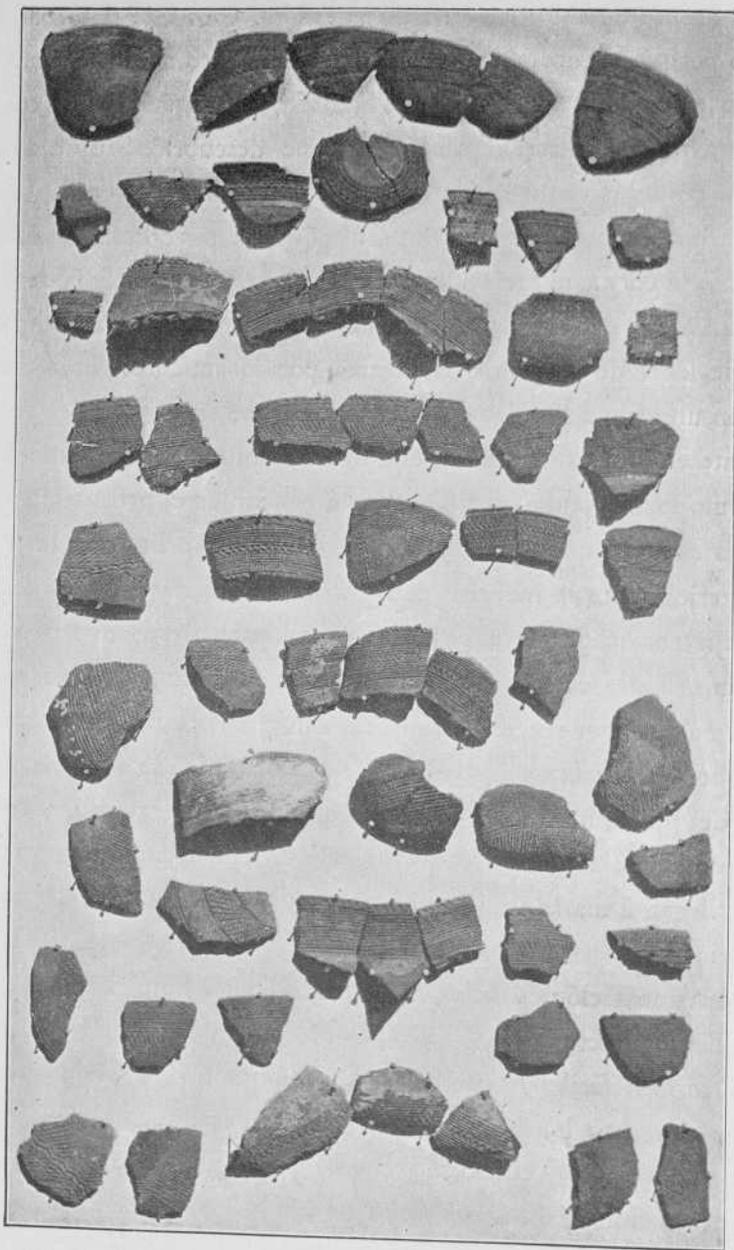
No aspiré á encontrar en la mía, ni aquellos policromados bisontes, ni la esbelta corza, ni menos el modelado jabalí; pero sí hallé restos, en multitud, de preciosa y estimadísima cerámica, que, entre las originarias, no dudo logre de los primeros lugares por lo artística. Su técnica es igual en un todo á la célebre de Ciempozuelos; su rareza del yeso incrustante en la ornamentación, también se repite en la de Somaén, aunque como excepciones, pero bastantes á concordar el procedimiento, así como la materia, que es arcilla, con las habituales primitivas impurezas que interiormente la mezclan con granos de sílice y cristales de mica, tal vez intencionadamente para dar cohesión al barro; tienen también la misma finura en el aspecto exterior de su pasta, su leve espesor, y aún en su gran sencillez de líneas dan en variadas. Se elaboraron sin torno, que hasta en los dibujos más esmerados se advierte la oscilación del pulso; ni al horno se cocieron, sino al fuego libre, como se nota por la varia tonacidad que manifiesta; pues, aunque negras son todas, llegan á matices rojizos en algunos puntos exteriores, jamás en el interior.

La ornamentación es incisa, con extraordinaria limpieza y arte, hasta en los bordes internos.

Las formas fácilmente se adivinan, aunque no logré sino pedazos, que persuaden se hermanaban con las de Ciempozuelos, pues catinos, vasijas atulipanadas y cuencos serían los vasos de Somaén.

La decoración de éstos se continúa en aquéllos, pertenecen á la misma escuela, y los hallados por mí la presentan como de la más rica y variada de este tipo, pues aun cerrándose en una ornamentación geométrica, casi sin abandonar las minúsculas líneas rectas, quebrándose en

CAVERNA DE SOMAÈN



Cerámica neolítica.

multiplicados zig-zag de ángulos, y entre cuadrículos infinitos, no aplicaron la curva, pues en este caso no lo es una recta que circuye un objeto circular.

Y se me ocurre pensar en que este hecho puede dar explicación á las influencias artísticas que en nuestra Patria produjeron las diferentes inmigraciones, que rara fuese la que no tomara por vía la atractiva, feraz y espléndida vega del Jalón, sólo árida, difícil y escabrosa en el trozo que casi niego á la vía romana desde *Segontia* á *Arcóbriga*.

En los hallazgos de Ciempozuelos tuve yo el honor de intervenir, y en los mismos terrenos hallar varios cráneos, que, unidos á los otros descubiertos con la cerámica por nuestro docto compañero el Sr. Vives, fueron sabiamente estudiados y con admirable ciencia descritos por el Sr. D. Manuel Antón, cumpliendo el encargo, que, con ruego, le dirigió esta Real Academia de la Historia; cuyo notable trabajo se publicó en el *Boletín*, tomo xxx, cuaderno vi, y cuya afirmación final es que unos cráneos, los desenterrados por mí en Ciempozuelos, son del tipo étnico de los iberos, de los cuales, rastros idénticos se hallaron ya en Cantabria, ya en las serranías de Alicante y Aragón; recordemos que la de Somaén está bien inmediata á la frontera de ese último y antiguo reino. Tiene el Sr. Antón á los otros cráneos por de menor antigüedad, y los clasifica de celtas, con algún vestigio laponoideo.

Consigno estas afirmaciones por muy importantes cuando se trata de objetos de un mismo arte, que pudieran corresponder á una misma raza. Quizá se inclinase alguien á que á la primitiva ibérica correspondiese la cerámica en cuestión, cuando después se han encontrado ejemplares de ella en Hungría, y últimamente en Vincă, sobre la ribera del Danubio, á 15 kilómetros de Belgrado. Pero es difícil desechar la objeción de que iberos y celtas inmigraron como razas errantes, que no se acomodarían á vivir por larguísimo tiempo, cerrados en una caverna, y en país tan pobre, como sólo benéfico para tribus cazadoras, cual debieron ser los trogloditas de Somaén. Y bien pudo proseguir la cerámica de Ciempozuelos con otras posteriores gentes, como la celtíbera se perpetuó por siglos durante la dominación romana, sin olvidar que los obje-

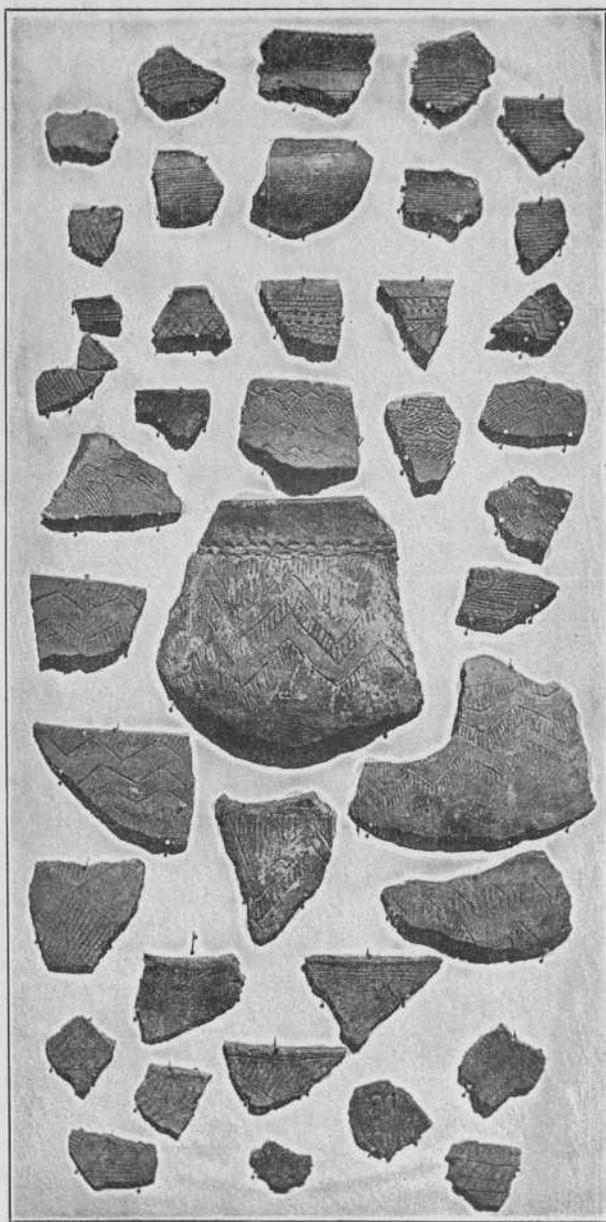
tos de culto y funerarios sostuvieron siempre, con todos los hombres, su relativo arcaísmo por las sugerencias de la tradición.

Y, para terminar, interesa decir que en aquella gran estancia de la caverna de Somaén, hice extensas y profundas excavaciones, que me permitieron apreciar datos muy importantes. Bajo una capa de tierra que introdujese la frecuencia de los hombres en aquel lugar, y por siglos, hallé un bárbaro enlosado, que iba con bastante declive á concluir en la colosal y peñascosa entrada al gigantesco salón antes descrito. Bajo esas lanchas de caliza y toba, hice cavar hasta el fondo, dando con el primitivo suelo en la nativa piedra. Emprendida la excavación con todo cuidado, para que en la trinchera se notasen los varios horizontes, pude apreciar cómo dos que semejaban reproducir la singularidad de Altamira, es decir, que los hallazgos más artísticos, mejor labrados y de técnica típica, se descubrieran en el piso más antiguo, y que el superior diese una cerámica de las mismas tradiciones, pero grosera en su pasta, bárbaro su dibujo, torpe su ejecución, como si por decadente resultara, y, sin embargo, más moderna que la anterior; y aun otro tercer horizonte se descubría sobre el enlosado, y en él la cerámica resulta negra, de la labor más ruda y sin vestigios de adorno. Lo que parece indicar que los trogloditas del Jalón llegaron con algún arte, con aspecto de civilizados, y que el país agreste y la salvaje vida del que llega á reducirse á nocturna caverna, y á la caza por recurso, y á la guerra por vocación, va perdiendo toda idea de lo superfluo, para sólo dedicarse á lo necesario.

Si, pues, por ibérica de lo más primitiva ó anterior resultase la cerámica que he descrito, inclinándome á considerarla indígena y del período neolithico, sintiendo apartarme de la clasificación que el docto Mr. Bonsor hace de muchos é importantes restos de técnica similar y factura como pasta idénticas, que, en sus notables excavaciones, descubrió en tierra de Carmona, y describe y representa en su estimadísima obra sobre *Les Colonies agricoles pre romaines de la vallée du Betis*, pues las clasifica como de célticas, y casualmente él las halla en mayor número que en parte alguna, y superiores por riqueza y variadas formas en país

el menos ocupado por aquel pueblo scita, el más conocidamente bárbaro de cuantos hasta él invadieron nuestra Patria, y viniendo de países en donde la ornamentación primitiva y de su tiempo difiere de la de Ciempozuelos, como que se basa en la descomposición y complicaciones de la línea curva. Y no es suficiente razón si se llegaba á citar el vaso de Palmella sin incrustaciones de yeso, y los que se hallaron en la provincia de Toledo, ya en Barciense, ya en Belvis de la Jara, parecidos al catino de Burujón, propiedad del señor Conde de Cedillo, y que tan acertadamente describió nuestro docto compañero en las columnas del *Boletín de la Academia*. Yo también guardo en mis colecciones un vaso de forma atulipanada, hallado en las cercanías de Talavera, de

CAVERNA DE SOMAÉN



Cerámica neolítica.

semejante cerámica; y no olvido toda aquella primitiva de ornamentación igualmente incisa pero muchísimo más rudimentaria, que descubrieron Lukis, en el Long-barrow, de Kerlescant (Morbihan); Bateman, en el tumulus inglés de Arbor-Low; como en Dinamarca, según Madsen, y en el alemán cementerio de Monsheim, y aún en el dolmen de la Mott-de-La-Garde, en Luxé de Charente, entre otros muchos puntos.

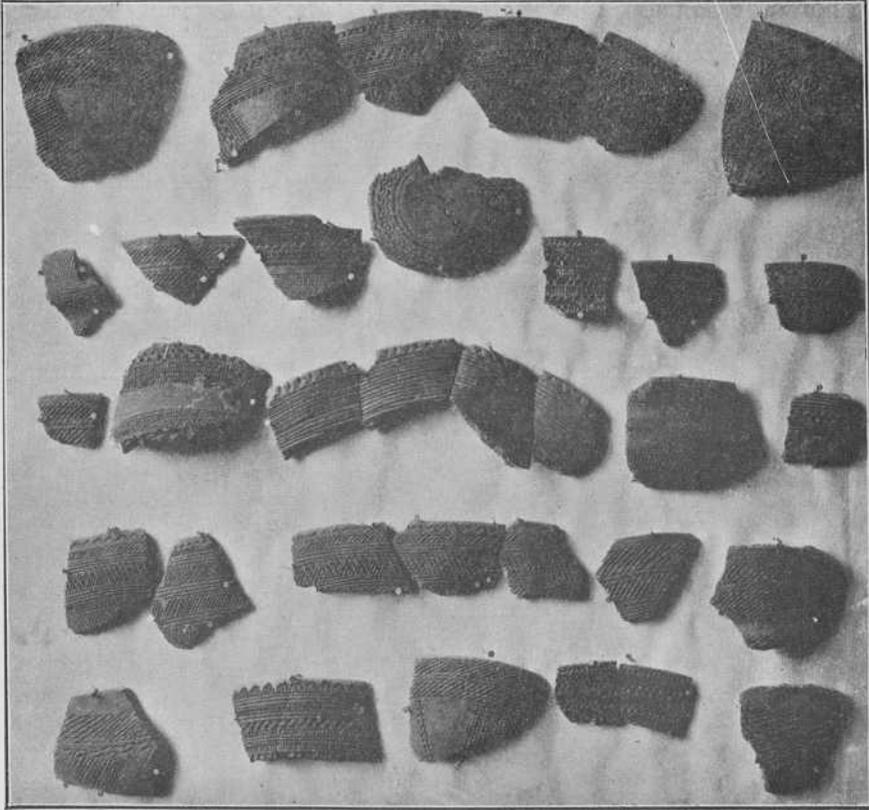
Los celtas hallaron á nuestra Patria en superior adelanto al suyo, y, sobre todo, en la Tartesia, á que correspondió Carmona; y así Estrabón, elogiando la sabiduría de los Turdetanos, consigna entre sus tradiciones, la de tener ya anales, leyes y poemas en verso de seis mil años, ó seis mil versos, si de otro modo quiere entenderse el libro del admirable geógrafo de Amasia; y Polibio, no sólo se encanta por la cultura de aquel pueblo, sino de su riqueza natural y artística, ante sus palacios y sus vasos de oro y plata, que no menos decanta Diodoro de Sicilia, relatando la boda de la hija del régulo ibero Astolpas y Herodoto la magnificencia del rey legendario Arganthonio, como Estrabón hasta detallando la riqueza, á tal punto, que apiensaban los caballos en pesebres de plata; afirmando Philipon que los celtas tomaron las costumbres y hasta los Dioses de los Iberos; y no olvido á la mansión Celti en el Itinerario de Sevilla á Mérida, pasando por Carmona.

Los primitivos pobladores de la caverna de Somaén debieran hallarla en seco; posteriores trastornos de los siglos ó de fuerzas sísmicas dieran lugar á filtraciones, que, humedeciendo los ámbitos, y encenagando los pisos, obligaran á construir el enlosado que descubrí, cuyo gran declive más asegura la suposición. Pero no ya sólo esas humedades rastreras, sino las concreciones pétreas goteando por sus estalactitas, y los visibles derrumbamientos de las quebrantadas bóvedas, debieron obligar á que definitivamente abandonasen la caverna los trogloditas de Somaén.

Tengo, pues, á tal estación arqueológica por de verdadera importancia, pues viene á demostrar que la cerámica llamada de Ciempozuelos, fué por larguísimos años troglodita, y esta condición pudiera darla como originadora de cuantas semejantes fueron halladas hasta el día en Es-

pañá, esperando se distinga más por mis ulteriores excavaciones; y por los grabados que acompañan á esta reseña, se advierte ser de las más artísticas y variadas, de cuantas de este tipo se han descubierto, aventa-

SOMAÉN



Cerámica neolítica,

jando en riqueza ornamental á la de Ciempozuelos. Y si en ésta y en las exploraciones de Bonsor se hallaron punzones de cobre, yo también recogí, pero en la capa superior, es decir, la neolítica más moderna, un anillo grande del mismo primitivo metal.

Y no precisan más explicaciones mías, cuando, para entender, distinguir y clasificar las cerámicas de este tipo, han publicado en el *Boletín de la Academia de la Historia*, tomo xxv, cuaderno vi, los sabios acadé-

micos Sres. Riaño, Rada y Delgado y Catalina García, tan docto estudio, al que añadido sólo este capítulo como un dato más, y habiendo conseguido después ampliación del grabado núm. 5, la inserto para mejor idea y mayor detalle.

Cumplo con toda satisfacción mi deber de reconocimiento al ilustrado Ecónomo de Somaén, D. Victoriano de la Peña, que con incansable actividad y su despertado amor á la Arqueología por mis trabajos, fuéme auxiliar celosísimo en la rebusca y excavación de las estaciones prehistóricas de Somaén, Jubera y Velilla.

EL ATALAYO

Continuando por la ribera del Jalón, bájase desde Somaén por terrenos miocénicos, que ensanchando la vega, ofrecen continuos y grandiosos anfiteatros, contorneándose por altos montes en que arcillas puras les colorean de rojo, á cuyo sombrío manto alegran fornidos bancales de calizas en algunas cumbres, como en varias laderas orlas de multicolores conglomerados, y en los asientos las rocas detríticas del inferior mioceno.

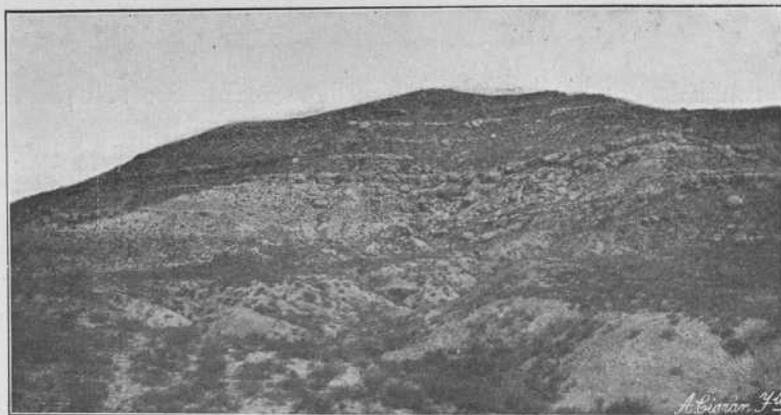
Crúzase la villa de Arcos de Medinaceli, y entrando en el término municipal de Montuenga, llégase al kilómetro 175 de la carretera de Madrid á Zaragoza.

Uno de los más grandes anfiteatros que antes indiqué se abre á la izquierda del camino, y al lado de éste se agiganta un monte, al que llaman en el país Atalayo, tal vez dando el vulgo desinencia de masculino al nombre por seguir una vez más las tradiciones celtibéricas que conserva, al terminar en *o* varios femeninos.

Cimientos de una atalaya medioeval se advierten en la cima; y atalaya debió ser en la Edad Media vigilante de los senderos, que aun por caminos sirven, á los pueblos de Almaluez y Utrilla y mejor quizás para vigilancia de las huestes de los de Medinaceli, que con repetidas y amenazadoras revueltas, hostilizaron á los monjes cistercienses del histórico, poderoso y admirable Monasterio de Santa María de Huerta, casi con el *Atalayo* lindante, y de cuya célebre Comunidad no fueron jamás enemigos los ilustres señores de Montuenga.

Este monte debió ofrecer en lejanísimos siglos por su costado del Poniente, y á dos tercios de su altura una cueva, que entre fuertes bancos de arenisca socavaron las aguas y los tiempos en las arcillas plásticas intermedias; y á la cueva subí, advirtiendo que aún permanecen señales de haber sido ensanchada por el hombre con sus primitivos útiles de piedra. Pero otro superior banco, desplomándose desde la cumbre, hun-

MONTUENGA



El Atalayo.

dió al que por techo cobijaba la neolítica habitación, y ya por quedar deshecha, ya porque la tribu en parte pereciese bajo el desplome, cuyos rotos peñascos aún por hoy proclaman el cataclismo: caso debió ser de que los supervivientes abandonaran aquel lugar en donde habían parado su inmigración, por lapso de tiempo en que tal vez se contasen siglos. Pero allí dejaron de su existencia curiosísimas señales que logré desenterrar en la inclinada planicie sobre la que se levanta el monte, y en los costeros derrumbes de los muchos barrancos que surcan profundamente á aquélla, y son como ráfagas destructoras que lanza, el temible en las inundaciones, barranco de Ximena ó de San Pedro, dando origen á los otros, y nombre al árido lugar que resulta intermedio entre las villas de Arcos y Santa María de Huerta.

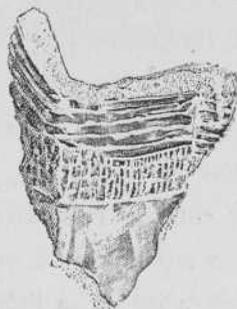
Esta nueva estación arqueológica no carece de importancia, pues en

los hallazgos de sus excavaciones conseguí no sólo comprobar un nuevo punto donde residiera la tribu de Somaén, por los muchos pedazos de idéntica cerámica del tipo de Ciempozuelos que obtuve, sino que ésta fué sincrónica con la piedra pulimentada, pues con aquélla encontré un martillo bien labrado en esquisto, y un pedernal que menuda labor le convirtiere en sierra, correspondiendo al arte neolítico de Robenhausen, sin que apareciese en toda aquella zona objeto alguno de metal.

Salpicados por la planicie, fuí desenterrando múltiples pequeñas cavidades que llenaban cenizas, entre las que conseguí, como ya dije, muchísimos pequeños trozos de prehistórica cerámica lisa, pero no bárbara, y también abundantes de la que luce los minúsculos é infinitos grabados del geométrico arte ciempozuelano; mas con incrustaciones de yeso resultaron pocos, sin duda porque en la comarca no se encuentra ese sulfato de cal, que tanto abunda al lado mismo de la caverna de Somaén.

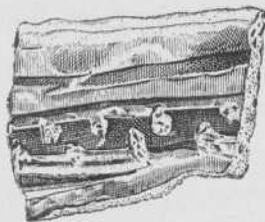
Y me han impulsado más á describir la estación arqueológica en que me ocupo dos singularidades de interés, y son que pasando por regla general el que la cerámica del tipo de Ciempozuelos no tuvo nunca ni asas, ni picos para verter de sus cuellos, yo conseguí en la del Atalayo desenterrar un pequeño trozo sencillamente grabado con su pulimento en lo que fué indudablemente aro superior, y en forma angular dejando ver la de pico para la boca de un jarro. Y en otro pequeño trozo hallé la singularidad de que, siendo en un todo idéntico en materia, factura y arte á lo de Ciempozuelos, presenta entre dos de sus rayas contorneantes la interesante innovación de grabarse una orla, que parece el rudimento del meandro, una bárbara idea de la única ornamentación

EL ATALAYO



Boca en pico de un vaso del tipo Ciempozuelos.

EL ATALAYO



Orla.

del méghâzil de Amrith, lo que bien pudiera dar apoyo á los que tanto extienden las buscadas orientaciones extranjeras.

El hallarse tan destrozada la del Atalayo, me sostiene en el convencimiento de que durante las edades de piedra, en los depósitos funerarios de incineración ó enterramiento, al depositar el cadáver ó sus cenizas, rompieron casi siempre los objetos que á la par sepultaban, pues yo he descubierto y desenterrado muchísimos, que todos se sujetaron á esta sensible regla, y hasta las incomparables y riquísimas hachas de los túmulos del Morbihan, y las curiosísimas cerámicas de los de West Kennet, rotas se hallaron aquéllas y destrozadísimas éstas, como infinitas de las españolas premetálicas. Y de un tan completo y menudo destrozo de la cerámica ibérica, como el descrito en El Atalayo, se condeule el gran arqueólogo Mr. Pierre París en su laureada obra sobre *L'Art et l'industrie de l'Espagne primitif*, cuando relata sus curiosas excavaciones en la Acrópolis de Meca, cerca de Almansa.

No olvido añadir que entre las cenizas hallé algunos huesos partidos á lo largo, para extraer el tuétano, á que eran tan aficionados los hombres primitivos.

PRIMITIVAS HABITACIONES RUPESTRES

Venciendo el hombre su primitiva cuaternaria barbarie, decídese á abandonar los nocturnos laberintos de las cavernas, ya porque los más feroces animales hubiéranse extinguido, ya porque valerosamente desafiaron á los muchos aún restantes, por el gran adelanto á que ascendieron con la multiplicidad en las formas sus armas, y el poderosísimo recurso y esfuerzo que les prestó el arte de enmangarlas, coronándolo con la prodigiosa idea del arco; ya también porque sin el intensísimo frío de la época glacial, no les fué indispensable recurrir al amparo del calor piroférico de la tierra, y al alejamiento de la bajísima exterior temperatura, circunstancia que tanto debió inducir y consolar al troglodita, cuando se redujo á los entenieblados, pavorosos, pero calientes antros de las cavernas.

Las abandona, por fin, el hombre, y sale á vivir al sol, que ha de transformar sus necesidades, sus costumbres y toda su existencia; descubre la agricultura, empieza á cuidar los árboles fructíferos, inventa los trituradores de granos, congrega éstos en panes de trigo ó de bellotas, acrece la ganadería, transforma la leche en mantecas y en quesos, lánzase á explotar los ríos, con sus ya agujereados y planos anzuelos, y aun llega á tanto más creando la red y los pesos para sumergirla; pone asas y bocas á su cerámica, aumentándola de tal modo, que ya puede, en grandes orzas, conservar sus comestibles y hasta las bebidas fermentadas que acababa de descubrir.

Y pues que preséntase como rey y triunfador de los animales, desde-

ñase de aparecer tal vistiéndose con sus pieles, y en el entrelazado venal de las grandes hojas secas, adivina el tejido, para el que le brindan urdimbre las desligadas fibras de los linares ó los rudos filamentos de los espartos. Y el hombre para su esplendor, y la mujer para su gala ya no se contentan con el pardo y rudo sayal, sino que acuden al ocre, que desde los tiempos paleolíticos engalanaba sus pinturas, y con él idean franjas del amarillo dorado, que representa al Padre Sol, y del rojo, que ya presume la púrpura soberana. Y de invención en invención, surgen la coquetería y el lujo, que elaboran collares de cuarzos, de esteatitas, jades y turquesas lusitanas.

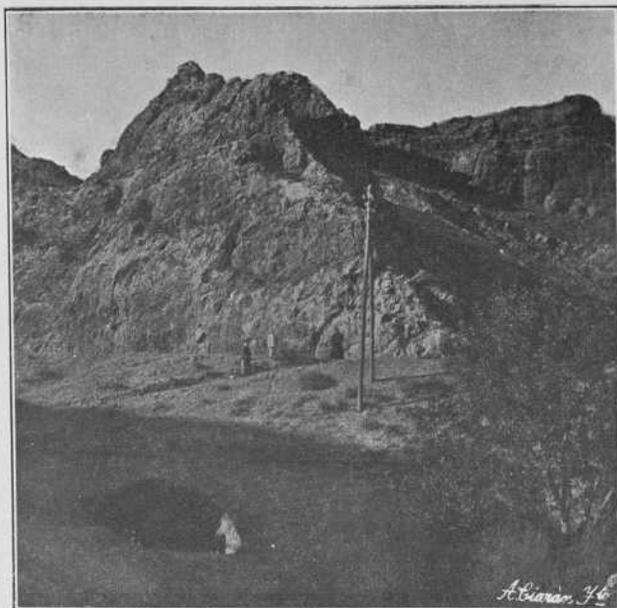
El hombre domina al caballo, y ya se acompaña por el perro; y si huye de la caverna por bestial, busca su refugio en las cabañas que organiza bajo las copas de los árboles, ó sobre las estacadas lacustres, ó los furmígeros terramares, para entrar, al fin, por el maravilloso espectáculo de la arquitectura con su rudimento al recogerse á una soleada cueva, y emprender, con sus ya tan pulimentadas hachas de piedra, á excavar, en las dóciles arcillas ó en los deleznable bancos de cal, algunas cavidades, con lo que se originaron los aposentos.

Salió, pues, el hombre neolítico de la húmeda y eterna noche de la caverna de Somaén, al sol espléndido, que reflejando sobre las margas irisadas y los cristales del yeso en la cumbre del triásico monte, iba á guiar la emigración de la numerosa tribu, y en el afanoso inquirir de romántico arqueólogo, quise reconocer las huellas que dejaron á través de incontables siglos, y por las que voy á intentar conducir este relato.

Remontando por corto trecho el Jalón, se llega á su afluente el río Blanco, que ya desde algunos kilómetros corre despeñándose por las múltiples cascadas de toba que sus aguas incrustantes depositaron. Nace en las fuentes de Obétago, casi en el confín de la provincia de Soria con la de Guadalajara, y recogiendo los manantiales de Layna y Urés, fecundiza las limitadas y fértiles vegas del pueblo Velilla por un pintoresco y agreste paisaje, cuyas enormes rocas concrecionadas suben á grandes alturas, y sus montañas de toba lucen los abundantísimos restos orgánicos que petrificaron.

Llegada á la confluencia de estos ríos la errante tribu se dividiera en dos, remontando la más reducida por los desfiladeros del río Blanco, y la que entiendo por más numerosa siguiese la del Jalón, hasta un despeñadero que en sus ondulaciones abre difícil camino para la sierra.

SOMAÉN—VELILLA



Desemboque del río Blanco al Jalón.

Por el uno y el otro he ido hasta encontrar los peñones en que acamparon.

Los que por el río Blanco subieron, apenas si su marcha pasase de un kilómetro, pues una cueva que formaron las calizas triásicas les brindó el primer refugio, que, por ser insuficiente, dieron en socavar, y con el constante esfuerzo y algunos años se constituyó una habitación subterránea, que hoy ofrece el mayor interés y grandes singularidades, denominándola en el país Cueva de Valdelacasa.

El peñón tajado perpendicular por su frente, hizo difícilísima la entrada á la vivienda que hoy se logra visitar por el desplome de un

avance de la roca que cortase el paso. Ya arriba, abre su ancha boca la cueva, formando una gran terraza sobre el precipicio, distribución frecuente en estas moradas que voy á reseñar. El pabellón de roca,

RÍO BLANCO



VALDELACASA.—Vivienda primitiva rupestre.

que le constituye, es un volado banco de caliza, sobre el que tal vez prosiguiendo la costumbre paleolítica de sus pinturas rupestres, fingieron en rojo dos mazas al estilo de las descubiertas en las cavernas de Niaux y Altamira. Por hueco tallado de 0,60 m. se entra á un pasillo de 3,10 m. de largo por 0,70 m. de ancho, que, torciendo á la izquierda, prosigue aún otros 2,85 m., é inclinándose de nuevo á la derecha, alcanza 1,30 m.,

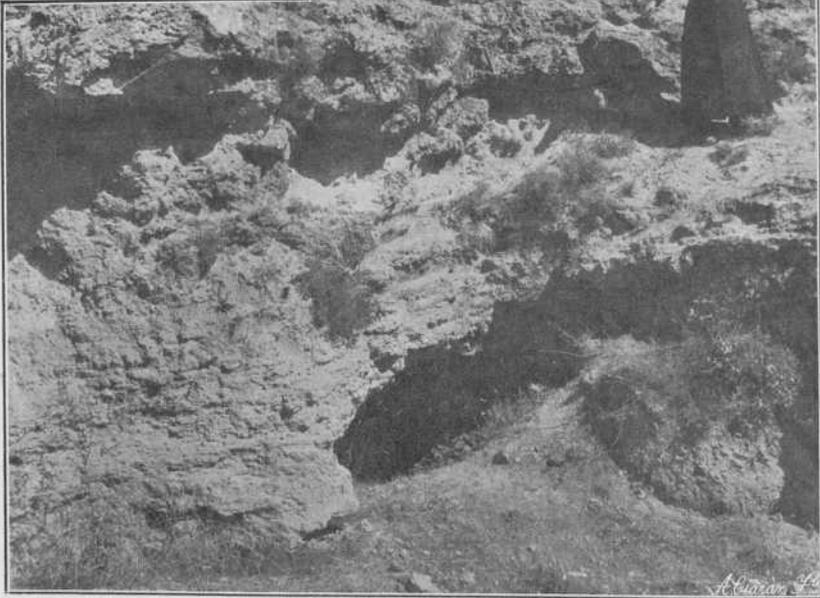
terminando en una especie de puerta con desconcertada forma, que da paso á gran estancia de 4,30 m. de largo por 2 m. de anchura y 1,70 m. de alto. Mas la extrema rareza y singularidad consiste en que á la derecha de la entrada se abre en la techumbre un agujero casi redondo, que empieza en 0,80 m. de diámetro y va ensanchando hasta 1,10 m., y es largo de apenas cinco metros. Ofrece en sus costados, y de tanto en tanto, unas toscas labradas oquedades, para que con manos y pies pudiesen trepar por él los hombres agrestes hasta el piso segundo, en que desemboca á otra muy extensa cámara, de la más disparatada forma, pues termina en un casi óvalo de 4,70 m. de ancho por 3,60 m. de largo y 1,20 m. de alto, continuándose por un espacio que se alarga 3,51 m. con anchura de 3,30 m., para estrecharse hasta 2,49 m., y abrirse tanto como que llega á 6,35 m., con una altura, en esta tortuosísima parte final de 3,30, dando tan amplia abertura en otra terraza sobre la del piso bajo, y por la que tuerce á la izquierda un pasadizo de 1,30 m., subiendo á desembocar sobre una explanada, que casi forma la cumbre del gran monte. Aunque apenas sirva para dar idea de éste y las terrazas, publico un grabado sobre la única fotografía que de esta curiosísima vivienda se pudo sacar.

Siguiendo hasta el pueblo de Velilla y aun sobrepasándole de un kilómetro, hay en la margen izquierda del río y casi en el punto donde se despeñan las aguas de gran altura, recogidas desde Urés para producir la fuerza eléctrica que alumbrá á Sigüenza, otra habitación subterránea de difícil ingreso por los desplomes de la roca, en que debió labrarse una amplia cámara de siete metros de largo por 6,30 m. de ancho y 1,50 m. de alto; pero que si penoso es el entrar arrastrándose, es aún más incómodo de recorrer el extraño refugio, pues ya para defenderse de las fieras ó de los enemigos, socavaron la interesantísima vivienda en esta incomprensible forma. De la cámara de ingreso se entra á un pasillo de 4,40 m. de largo por 0,98 m. de ancho y 1,22 m. de alto, que da en una especie de pequeña rotonda, para seguir por otro pasillo, largo de cinco metros y ancho de 0,89, con altura de 1,35 m. que continúa torciendo á la derecha por otros 3,27 m. dis-

minuyendo su anchura á 0,75 m. y el alto á 1,32 m., y revolviéndose á la izquierda prosigue aún por otros tres metros, con casi iguales las demás medidas, para continuar alargándose 1,25 m. Ya desde la última

VELILLA

—
Entrada á la primitiva ha-
bitación rupestre denomi-
nada «Semilla».



vuelta de ese pasillo que mide en total unos 17 metros y por el que no puede caminarsé sino á gatas, se llega á un socavón de 1,20 m. de alto con 1,25 m. de ancho, por el que se entra á una cámara bárbaramente redondeada, que mide 3,37 m. de largo por 3,72 de ancho y 2,20 m. de

alto en el punto superior de la semibóveda. Desde allí se sube por dos resaltos como escalones, á una abertura de 0,65 m. de hueco, pasando á otra estancia minúscula, de igual forma que la anterior, pero sin medir más que 0,98 m. de larga, 1,36 m. de ancha y 0,95 m. de altura. Preséntase al frente un escalón de 0,70 m. de alto, sobre el que apoya la base de un curvo agujero de 0,40 m. de casi diámetro, por el que con grandes dificultades pude entrar á la última cámara, también de aspecto redondeada, y casi la techumbre lo mismo, midiendo aquélla 1,98 m. de larga por 2,50 m. de ancha y 1,45 m. de elevación. Un poco á la izquierda de su frente hay toscamente labrada una hornacina de 0,47 m. de alta por 0,45 m. de ancha y 0,42 m. de fondo. Todo ello está excavado ruda y desordenadamente en la roca por hachas de piedra, de cuya labor aún quedan por todos lados las señales.

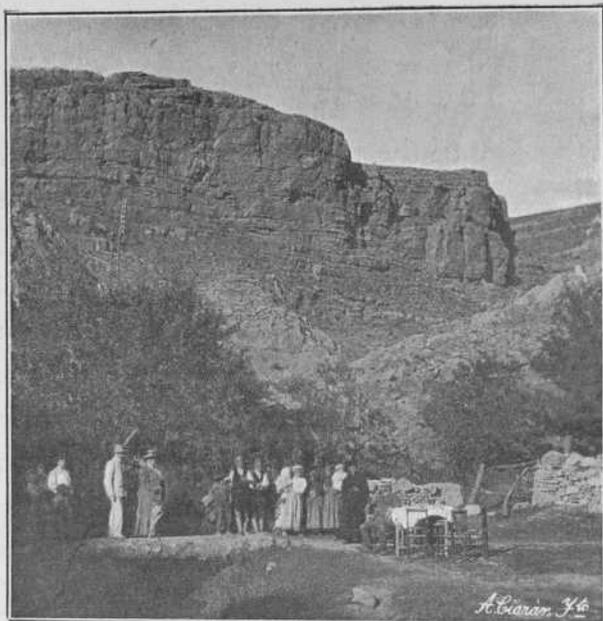
Tan extrañas proporciones y distribución, que no dejan entrever el uso humano, ni aún de hombres primitivos, llevarían á pensar fuese un enterramiento, pues que tantos hay casi semejantes en todos los pueblos que comienzan, y aún en los que ya llenan las páginas primeras de la segura historia; pero al encontrar una oposición terminante y visible con éstas en que ni el ingreso se oculta, sino que, por el contrario, se abría con anchísimo hueco al campo, y el ser de amplias medidas la primera cámara, con otras razones que apuntaré adelante, parece oponerse á destinación fúnebre. Y más se asegura en el de vivienda al hallar en el país varias que indudablemente lo fueron, como la primera descrita y las que voy á continuar detallando.

Un poco más distante, pero casi al frente junto al río, visitamos otra ya muy desplomada, á la que por ingeniosas precauciones ocultaron el ingreso con el telón de agua que por cima de su techumbre despeña el torrente.

Y volviendo al punto en que se separaron las tribus de la caverna de Somaén, ya dije cómo, aspirando á seguir sus huellas por las inductivas del terreno, subimos á caballo los ásperos derrumbes del monte, para desde su cima contemplar, á lo largo y al frente, una gigantesca montaña, que se eleva más de mil metros sobre el nivel del mar, y tomando

su origen en la falda del Muedo, que divide al Duero del Jalón, asciende á su máxima altura entre Somaén y Utrilla, para ir rebajándola desde el término de Arcos á extinguirse en la ribera del último frente á Santa María de Huerta. Llámase la Sierra de la Mata, y la vimos presentándonos como inmensos peñones que relucían al sol los tajos

SOMAÉN



Peñones que conducen al camino para las primitivas habitaciones rupestres de Valladares.

formidables de sus espesísimos bancos de calizas mioceanas. Sabía por el mapa de la provincia de Soria, que trazó Coello, cómo en aquellos retiradísimos lugares hay unas cuevas que él inscribe de Moros, y en el país llaman los Agujeros. Dimos por evidente que allí la vivienda de la tribu estuvo, y á ella nos encaminamos por el accidentado país. Se

traza un trozo de la primitiva ya abandonada carretera de Madrid á Zaragoza, y bajando y subiendo hasta el caserío de las Llanas, se atraviesa un excepcional isleto del término de Medinaceli, para llegar, después de algunas horas de camino, á la aldea de Valladares.

Trepando hasta el gigantesco peñón que de largo vimos, y próxima á su cumbre, hay una senda que termina en la habitual terraza de ingreso para estas tan escasas y primitivísimas viviendas.

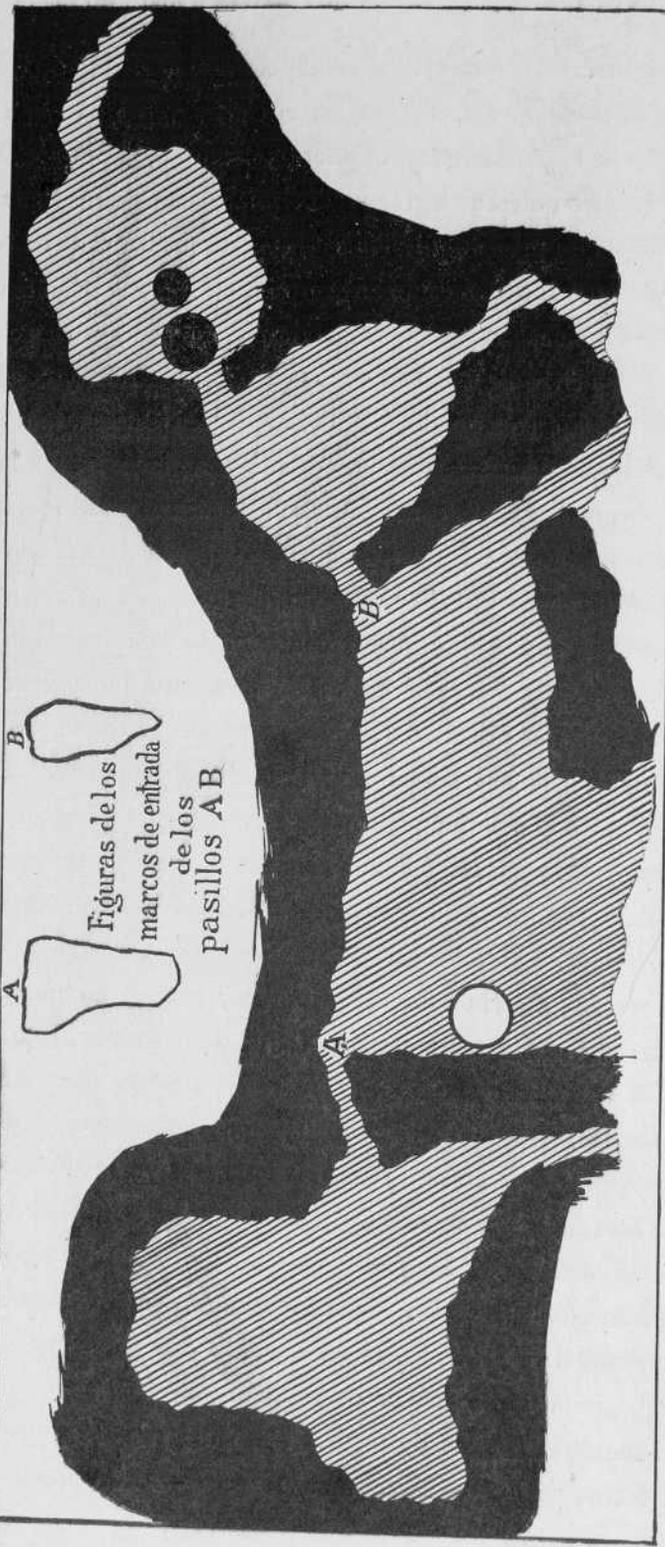
Todo concurre en aquel sitio á producir extraordinaria impresión: la inmensa soledad; lo agreste y accidentado del terreno; los cónicos mon-

tículos, que centrean los rastrojados valles, como si en cada uno aún rugiesen las agonías de un volcán, que así el cierzo retumba por las peñascosas fauces de los desfiladeros; el odorante tomillo, la punzosa aliaga y el pascual romero quieren alegrar y cubrir con sus míseros ramajes las cifras de muerte que presentan por varias laderas los bancales de petrificadas conchas; en vano también se abigarran las margas deleznable, y como fantasma inmenso que al huracán desplebase su espantable sudario, yérguese el peñón de blancas calizas á excelsa altura y con tajada faz: apenas si viejos ennegrecidos musgos parecen salpicar en aquella enorme losa sepulcral las letras de un epitafio: allá; inmediata á la cumbre, abre su negra boca una cueva; súbese á la altura, nos asomamos al ingreso, recórrense las tortuosas y sombrías estancias deslizándose por hendiduras que pretendieron ser puertas; vense por todas las torcidas paredes y las ondulantes techumbres, los rastros de haber sido tan extraña obra socavada en la peña por hachas de sílex, con que el penosísimo trabajo de los hombres primitivos labrase su primera habitación.

A ésta, que se halla al lejano frente de la aldea Valladares, se la denomina de Val-de-Herrereros; y pues de tan extrema curiosidad es, y singular importancia arqueológica la concedo, paréceme indispensable, aunque cansado resulte, recorrerla, acotando sus irreconciliables medidas.

Desde la terraza abierta sobre el precipicio, éntrase en una cámara, que es la más anchurosa, pues mide 7 metros de larga por 3,10 de ancha y 1,90 de altura. Cruzando los recurvados huecos, que ya dije sirvieron de puertas, se pasa á la izquierda, á otra más que ninguna irregular de 4,90 m. por 5,80 m., y alto de apenas 1,70 m. A la derecha de la primera cámara, hállase una de 3,30 m. por 4,20 m., con la misma altura de la que precédela. Síguese á otra de 3,70 m. por 3,50 m., sin llegar su alto á más de 1,40 m., y presentando en el pavimento de roca la particularidad de hallarse en ella socavados dos pozos de boca casi circular, con diámetro el mayor de 0,80 m., y el siguiente de unos 0,40 m. Hállanse atestados de piedras arrojadas por los zagales, pero debieron ser trampas en las que cayesen los invasores, ya hombres ó ya

CUEVA DE VAL DE HERREROS



A **B**
Figuras de los
marcos de entrada
de los
pasillos A B

PRIMER PISO

Escala al 1:100.

fieras, defendiendo así á los habitantes, ó á la apartada cámara sepulcral, como en la célebre de Jerusalén, denominada Qbur-el Moluk.

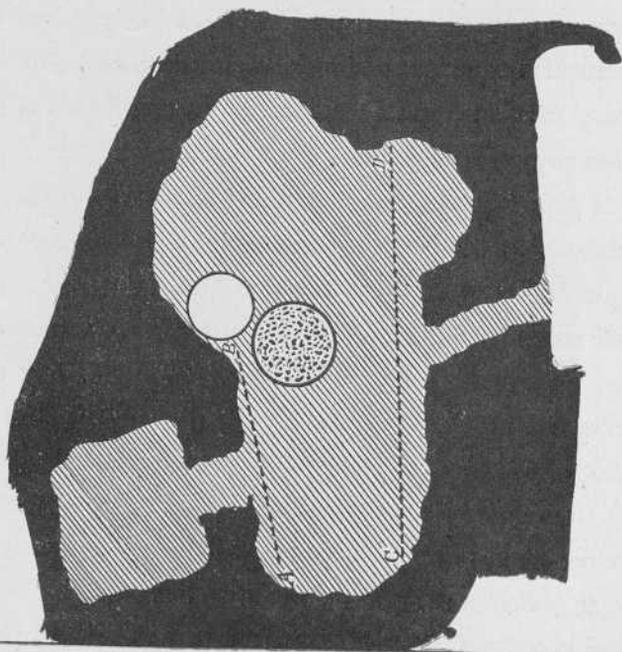
De la habitación de estos pozos se penetra en una y última de 3 metros por 0,70 m. de ancho, y 1 metro de alto, que pudo ser un sepulcro, pues bien sabido es que en esas épocas primitivas, al final de las viviendas, ó bajo de ellas, se abrieron cámaras sepulcrales, como en España lo atestiguaron los descubrimientos de Mr. Siret en Almería, y los también notabilísimos en Calaceite del docto é infatigable explorador arqueológico D. Juan Cabré.

Si tan excepcionales son estas viviendas, acrece aún más su singularidad el que sean de dos pisos, y la extrañísima forma de su interior comunicación, pues ésta se efectúa por un pozo labrado en la roca de la techumbre de la gran cámara de ingreso, que es un pétreo tubo de 1,80 m. de largo por 1 m. de ancho en su boca superior, pues se reduce á unos 0,75 m. al llegar á la cámara baja, presentando un reborde que avanza cerca de 8 centímetros por toda la circunferencia, lo que acusa haber servido para sostener una losa con que desde arriba se taponase el pozo cortando la comunicación. Para subir por él hay unas gastadas y reducidas oquedades labradas en los costados, por las que al apoyar manos y pies, se trepa gateando, según ya dijimos al hablar de las habitaciones rupestres de Jubera.

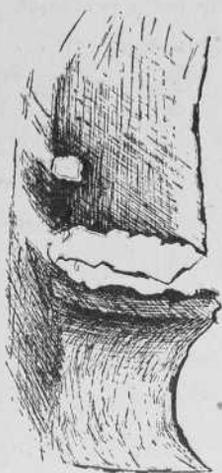
Entré así al piso segundo, donde hay una cámara de forma tan irregular, que casi da en trilobada, desde la que se descubre otra más reducida y mejor dispuesta, con piso más alto que la anterior, y dejada la roca sin vaciar en su parte baja como constituyendo un muro de separación de casi un metro de alto. En el cuarto anterior hay un rajado hueco, por el que debió pasarse á una especie de galería sobre el precipicio, pues desplomada por los siglos, aún quedan como dos soportes ó rudísimas pilastras de semiarquejos unidos al peñón y pendientes de éste, y en el extremo de la terracita grandes peñascos, que se les ve toscamente labrados, y fueran el suelo del neolítico balcón.

Para seguir con las singularidades de este hallazgo arqueológico, consignaré que por la pétrea techumbre de la cámara del segundo piso

CUEVA DE VAL DE HERREROS



Sección vertical AB de la planta



Sección vertical DC de la planta
Escala al 2:100.

SEGUNDO PISO
Escala al 2:100.

se abre, labrado en la peña, otro pozo de igual diámetro y disposición del anteriormente descrito, y con una longitud de 5,10 m., por el que se sale á la cima del monte, que allí es una inmensa explanada y feraz dehesa, en que se origina el término del pueblo de Utrilla, donde pastaran los ganados de aquella tribu, que ya rudimentariamente agrícola, fué casi por recurso y empleo exclusivos ganadera y cazadora.

Este tubo ó pozo le tengo por dificilísimo y gateado ingreso á la habitación de dos pisos, sólo hallando algo semejante en Egipto, y, sobre todo, el célebre y complicadísimo hipogeo de Amrith en Fenicia, pues los ingresos y comunicación entre los pisos son también por pozos, según Perrot y Chipiez; pero, además, tienen escaleras, que afirma Renán ser muchísimo más modernas, aunque antiquísimas. La necrópolis de Sidón ofrece asimismo la singularidad de bajar á ella por pozos bastante menos profundos que los de Egipto y aun que los de Fenicia. Pero en todos estos hipogeos las cámaras sepulcrales, los pasadizos y puertas son rigurosamente geométricos, de notable arquitectura y esmerada labor cuando en las viviendas sorianas que he descubierto y describo, todo es de la más bárbara y desconcertadísima rudeza. Gaillardot, el célebre excavador de Mughâret-Abloun, da como signo y carácter de las más antiguas construcciones socavadas en la roca las del pozo vertical, y Perrot y Chipiez las romontan en Sidón á la época de la dominación persa.

Como jamás se establecieron los primitivos pueblos en puntos donde no hubiese agua corriente y pura, hállase al pie del peñón rico y cristalino manantial, que, con otros, da origen al riachuelo Valladares.

Siguiendo por la cumbre de la montaña casi medio kilómetro, se llega al sitio denominado las Cuevas de Viana, en donde se hallan tres habitaciones del mismo orden, emplazamiento, labra, uso y época, pero bastante más deterioradas por derrumbamientos que ocasionaron los muchísimos siglos actuando sobre los vaciados huecos de las cámaras, y sobre todo por algunas no fuertes divisiones que las dejaron sus prehistóricos canteros, así que vense grandes peñascos caídos al pie del monte y en ellos se advierte la labra ruda que tuvieron los que habían servido

de muros, techos y hasta de las descritas trepantes oquedades, originadoras de las futuras escaleras.

Para no alargar tanto las presentes noticias, dejaré sin descripción alguna de estas habitaciones, de todas las cuales daré en un proyectado libro amplísimos detalles y los planos correspondientes, como las vistas fotográficas.

Pero voy á apuntar siquiera las medidas de una de las viviendas de este grupo, en la que ya no queda hoy sino un solo piso de difícilísima entrada por el ya medio deshecho pozo, hoy convertido en peligroso derrumbadero, al que habíamos de bajar atados á una cuerda.

Consta tal habitación de tres cámaras de tamaño parecido, pues mide cada una sobre 1,70 m. en cuadro y menos de altura, y socávase á mano derecha largo pasillo de nueve metros por uno de alto y 0,80 m. de ancho, y, á su final, se abre un hueco deforme, que hace las veces de ventana. En el costado izquierdo de una de las tres habitaciones, por estrecha abertura se pasa á otra, dividida en dos, que miden: 3,40 m. de larga por 3,05 de ancha y 1 m. de alta, la primera; y la segunda 3,10 por 1,80 m. y casi el metro de altura.

Sólo para idea, pero imperfectísima, he consignado medidas á las habitaciones, pues ni una sola es regular, ni los lados continuos, ni los espacios proporcionados, ni las formas se atemperan á figura alguna geométrica, ni siquiera racional. Todas se estrechan y se ensanchan por cada lado una y varias veces en la más tortuosa línea; los pasillos de comunicación vuelven y revuelven sin otra causa á no ser la de defensa. Tan obstinada y constante imperfección no me la explicaría, ni aún por la rudeza de los hombres neolíticos, sino tal vez porque ensanchaban los apartamentos á tenor de cuanto acrecía la tribu, como excavaron la roca caliza por los puntos más deleznales. Y para que la atención no se pierda entre tantos números de las medidas, y como único medio de formarse alguna idea de obra tan excepcional, acompaño unos croquis (páginas 50 y 52).

Si tan gran importancia doy á este descubrimiento arqueológico de las primitivas rupestres viviendas, por serlo y por su exclusiva de cons-

tar de dos pisos con los pozos de comunicación, no dejó de tener presente que en España, si muy común fué vivir en socavones de las peñas, ha llegado esa ruda costumbre hasta nuestros días, y son no pocos los pueblos que así tienen barrios, llegando á más, pues que algunos viven bajo tierra como en la aragonesa Salillas; y de estas costumbres de la antigüedad entre las varias descripciones de sus primitivos habitantes, bien se destaca aquella en que Plutarco presenta á Sertorio desarrollando una de sus victoriosas estratagemas sobre los caracitanos, por vivir en socavados peñones en el punto donde llamándole Caracca Ptolomeo y el Ravenate, le fijaron en Carabaña, sobre el Tajuña, Morales, Cornide, el Conde de Mora y Cortés.

A la Celtiberia también perteneció aquella gran ciudad histórica, que Tito Livio llama *preevalida*, y fué tan célebre aún por el asedio y conquista del pretor Tiberio Sempronio Gracho, que su mismo nombre de Certima proclama haberse fundado en cuevas socavadas en los peñones, mucho después circundados por muros, y cuya rendición predispuso la transcendental de Alces.

Y cuando celtíbero era el hoy Perales de Tajuña, socavado en las rocas estuvo, cuya descripción hizo con su habitual competencia y clásica literatura en nuestro Boletín, el sabio arqueólogo y Académico mi fraternal amigo Catalina García.

Y no sólo celtíbera, sino arévaca, como Somaén y Valladares, fué la célebre, la más que ninguna lealísima Termancia, la irreductible defensora de Viriato, que ni aún su muerte la apartó de su luchador servicio, y con Sertorio prosiguiendo la misma extraordinaria lealtad, llegó en su defensa y la de su sublime causa, hasta mucho después de la aun llorada traición de Perpenna. Pero al fin, llegándole á la indesarmable Termes su día de muerte, la, con su hermana la épica Numancia, vencedora de Q. Pompeyo, sucumbió bajo los arietes y catapultas de T. Didio que la desemplazó al llano, bajándola del cerro triásico en donde viviendas primitivas, socavadas en las areniscas rojas, fueron el origen de la derruida Termancia, á la que, por suerte en este año, van arrancándola á su inmenso sepulcro de miles de años, para revivirla á la arqueología,

las comenzadas é inteligentes excavaciones del Conde de Romanones.

Sin duda tan antiguo debió ser otro poblado que existió en cuevas socavadas por hombres neolíticos, que el Sr. B. Delgado descubrió en Valdegeña, de la provincia de Soria. Y como intermedio entre éstas y las del Tagonio de Sertorio fuese la tribu que tallara sus viviendas sobre las cimas de Gayangos, en la provincia de Burgos, descritas por Sainz de Baranda.

No hay para que citar en el caso que nos ocupa, los Silos de Acebuchal y de Campo Real, que Bonsor descubrió cerca de Carmona, aunque sean construcciones socavadas en la peña caliza, con sus pasadizos de comunicación, pues son obras regulares muy posteriores á las que yo descubrí, y el destino de aquéllas exclusivamente funerario.

Extensas, complicadas y hasta laberínticas construcciones socavadas en la roca, ya de gigantescos peñones, ya de grandiosas montañas, se registran y conocen de la más remota antigüedad, pero todas fueron tumbas, como la caverna del Gigante, en Cefalonia; las que en Jerusalén se titulan de los Reyes, y en la montaña de la Ascensión, la de los Profetas; y viniendo hasta las cuevas de Osuna, no habría que parangonarlas aquí, pues sus estancias y pasillos son regulares, y los paramentos tienen lucidos de argamasa, y hasta ostentaron pinturas decorativas.

Todos estos hipogeos tenían un detalle importantísimo común, que era el obstinado afán por la más completa ocultación de la entrada; y en las viviendas de Valladares se patentiza lo contrario, pues no sólo buscan la luz por amplios ingresos, sino que, atravesando la peña desde la profundidad, abren agujeros deformes que hicieron servicio de ventanas.

Ya que he citado algunos monumentos rupestres extranjeros, para mi estudio y comprobación son más conducentes aquellas moradas francesas, que excavadas en la roca desde tiempos inmemoriales, tan oportunamente recordaba Mr. Harlé, cuando, viniendo á Santa María de Huerta, se enteró de las descubiertas por mí.

Hállanse aquéllas en la Dordoña, en el país de los sorprendentes hallazgos arqueológicos; en aquellas incomparables Eyzies; en su río el más amado por los trogloditas, el congregador Vezere, en donde, y sus

contornos, nada menos que se hallan las clasificadoras cavernas de Moustier y la Magdalena, las glípticas Combarelles y Bernifal, la reveladora Mouthe, la pictórica Font de Goume, la craniana cueva de Cro-magnon, las estaciones magistrales de las Laugerie, la cheleo-musteriana de Micoque, y tantos puntos de singulares consideraciones, como el magnífico castillo de Commarque, la iglesia de Tursac, y hasta la naturaleza ofrece en aquel término, como impresionante maravilla, el acampanado abismo de Proumeysac. Por ser lo más de cuanto antecede de inmensa importancia arqueológica, hice con tal estima esta digresión ante su recuerdo, al indicar viviendas primitivas rupestres en tan curioso país, que para mayor rareza no quedaron abandonadas en lejanísimos siglos, sino que continuando sirviendo hasta nuestros días, llegaron nada menos que á convertirlas en baluarte las discordias de la Edad Media. Así en el colosal peñasco de Tayac, socavadas grandes habitaciones, las fortificaron los ingleses en 1381, para que en 1410 se las reconquistaran los franceses, y aun hoy existe allí un café llamado *du Paradis*. Caso parecido ocurre en la roca junto á la iglesia de Guillom, interesante cueva fortificada también en las mismas campañas, lo que se repite en los peñones ya de Cazelles, ya del Peuch, ya en las Planches de Sireuil, ya en el llamado agujero de Laval, ya en el castillo de Reignac con una gruta fortificada del siglo xv al xvi, y lo que recuerda campañas más antiguas, como los grandes socavones que en la imponente y vertical roca de Saint Christophe fortificase contra los normandos Froterius, obispo de Perigueux, desde 988 á 991; singularidades de estas rupestres fortalezas y actos guerreros que se describen en el interesante libro *The Deserts of southern France by S. Baring-Gould*. Pero aun teniendo á varias de éstas por no haber sido labradas para viviendas primitivas, sino aprovechados los socavones naturales con reformas que se acomodaran á refugios guerreros, parecióme oportuno y curioso el citarlas aquí.

No se puede dudar que viviendas fueron las de Somaén, Valladares, Jubera y Velilla; que las socavaron hombres primitivos avanzando á dar el gran paso de abandonar las cavernas naturales para construirse otras

á las que no llevaron sino el recuerdo de aquellas estancias sin orden, sin paramentos lisos, sin distribuciones geométricas, sin unidad en las alturas, sin nivel en los suelos, ni la menor comodidad. Por huir de las humedades, que les diezmaron, de las fieras que les sorprendieron y de los enemigos, que les asaltaron, buscan un gigantesco peñón, y en su agreste y solitaria cumbre profundizan un estrecho pozo, por el que bajan á socavar una estancia; y al acrecer de la tribu, labran otra; pero el país va poblándose, y las fieras descubren la guarida, lo que les impone la precisión de más defenderse, inventando otro pozo, y bajo él otro piso, en el que, por más poblado, obliga á multiplicar las habitaciones; y como el peñón presenta un tajo de inaccesible frente, abren en él amplia terraza, y de tanto en tanto los agujeros de luz. Pero avanzan los tiempos, y se inician las guerras, y hay que redoblar las seguridades, lo que háceles discurrir la gran curiosidad que aun hoy se descubre, y es que en el tallado de lo que impropriamente llamaremos ventanas, y aun balcones á las terrazas, van estrechándose hacia el exterior, y á pocos centímetros de éste avanza un retallo en la roca, que, sin duda, fué para colocar en él alguna peña que la cerrase, obstruyendo el paso. Cosa parecida combinaron en los pozos de comunicación, para taparlos: y en los huecos que sirven de puertas, se ven por la parte interior, según al fondo se camina, de estancia en estancia, ó por los pasillos, cuatro agujeros en los costados de cada puerta, dos detrás del rudo dintel, y dos á la media altura del portillo; sin duda para encajar en ellos atravesados, fuertes troncos, que, sosteniendo grandes lanchas de piedra, impidiesen perseguirlos. Y otra singularidad es que en tan bárbaros arquitectos luciese la ingeniosa idea de profundizar dos de los cuatro agujeros más que los otros dos de enfrente, logrando así que el tronco entrase por el uno todo lo necesario para que, al correrlo, se empujara en el otro lo bastante á que no le desquiciaran.

Y continuando con las circunstancias singulares de estas viviendas, añadido que las uniones de los muros con los techos se producen en curva cóncava de avance; es muy común que las cámaras mayores adelanten en sus frentes un tosco gastadísimo resaltar de la peña que pudo servir

de banco, y aun más frecuentes son, hacia la media altura de los muros, unas rehundidas cavidades, como hornacinas, de 0,50 m. de altas por 0,35 m. de anchas y 0,10 m. de fondo, que tal vez sirvieron de alacenas. De una copié extraños signos; de varias paredes otros semejantes y algunos pequeñísimos, todos poco más que rayados y que revelan la aspiración á incomprendibles rudimentarias inscripciones.

Nada de neolítico mobiliario hallé en tales viviendas ni es posible encontrar, porque siendo los pisos de roca y en alto no consienten yacimientos, pues sólo la menuda arena y el polvo que trajeron los aires, á turno infinitas veces acarrearían como barriesen los huracanes. Además, los infinitos pastores de tantos siglos que en ellas se guarecen, desde la inmediata dehesa, los hubieren ó destruído ó arrojado.

Pero en rebusca por las escarpadas cuestas con que descende hasta la llanura el monte encontré muchos trozos de cerámica lisa prehistórica, y en mayor número sobre otro gran cerro que se halla abajo y que titulan de la Señora, pero en éste no pude descubrir ni aun indicios de construcciones.

Las cuevas de Viana, como la de Valdeherrerros, se hallan en la inmediación del indispensable manantial de puras aguas que corren al ya dicho riachuelo Valladar.

Tan cortado está el peñón de las viviendas, que es peligroso el caminar contorneándolas, y son muchos los peñascos caídos que descubren señales de labra, por haber servido de excavados muros ó huecos de escalas, y entre ellos se abren dos simas casi perpendiculares á que larga cuerda no dió con el fin y á los cuales en el país llaman *simarros* ó grandes simas.

Casi todas las habitaciones están ennegrecidas por el humo, que no debe ser muy antiguo y provendrá de las hogueras de pastores, pues el sabio químico Mr. Moissan ya demostró que la oxidación del aire por muchos siglos consume el negro y aun la huella del humo, por lo que no se le descubrió en las cavernas prehistóricas.

Al denominar á este segundo grupo de viviendas *Las Cuevas de Viana* paréceme descubrir el recuerdo de que por la inmensa planicie que

las corona hubiera cruzado alguna vía de conformarse con las deducciones de varios sabios como Fernández Guerra.

¿Iría por allí la vía del Itinerario de Antonino entre *Segontia* y *Ar-cóbriga* que tanto busco? El pretender encontrarla dió origen á todos estos descubrimientos arqueológicos míos.

Demasiado me habré extendido en estas descripciones, pero si se las concediese la extrema singularidad y alta importancia arqueológica con que yo he creído distinguir las, no sobrarian los detalles completos y los cuadros romanceados sobre libros de autoridad, para seguir por rumbos de datos y descubrimientos á esclarecer en algún punto las oscuras páginas de nuestra primitiva historia.

CASTRO CICLÓPEO

De las gentes, costumbres y arte de los aborígenes españoles desde aquellos aparecidos en el alto de la Sierra Ministra cuando la Naturaleza se había completado en todos sus enlaces, derivaciones, órdenes, especies y armonías, coronando Dios su obra milagrosa al crear el hombre en el albor de la época cuaternaria, desde aquellos hombres y mujeres que parece convivieron con la postrer y definitiva formación de la materia por el régimen del divino Creador; desde aquellos primeros pobladores de nuestra Patria que nos dejaron por tantos miles de años soterradas en el yacimiento de Torralba sus huellas, su vida, sus armas y sus presas que me cupo la suerte de descubrir y el honor de relataros en este momento, corrimos por la incógnita de los siglos hasta dar en la caverna de Somaén, donde el hombre se acogió para salvarse de las repetidas glaciales mudanzas paleolíticas; y después, espiritualizando, aunque en brevísimos grados, su existencia, abrió los ojos á los resplandores del arte, que sólo había brillado con los diversos ocre sobre los peñascos totémicos de las cavernas y los conatos ebúrneos de la glíptica papaliana; ya absorto ante los lineales rayos del sol, no hallando en su monótona vida otras formas y en su mísero ajuar otro medio donde se ensayasen sus copias ni sus invenciones, sólo la cerámica sirvióle á este uso, y en aquella dócil masa que espontáneamente se había ornamentado á sí propia conservando las inexpertas y rudas huellas de los dedos al pasar por el exterior de las vasijas para modelarlas nacieron las primeras líneas rehundidas como en la olla del Museo de Gerona, y los

descircunferenciados círculos al apoyo de las yemas de los dedos, cuales los de tantas colecciones y en la mía; como al recoger sobre las orzas el exceso de la pasta por algún lado se originase la ornamentación apellizcada y la globular, bien lejos de que presumiesen sus inhábiles é iniciadores ornamentistas que tras largos siglos habrían de querer descubrir en aquellos rudos y caprichosos ensayos, nada menos que la representación antropomorfizada de la fecundadora Artemis de Éfeso. Y al correr los neolíticos ceramistas la inseparable hacha de sílex de múltiples ángulos sobre los vasos que desnivelaban recargues de peso en un punto, y como para disminuirle del ya seco barro sólo el pedernal daba recurso, se trazaron por éste sobre la arcilla rayas y vértices y enlaces que, regularizándolos y en combinación, crearon la idea de la cerámica de Ciempozuelos, es decir, la incisa y geométrica que tengo por indígena en todos los países, y primera manifestación del arte sobre la arcilla, y ésta al conformarse en cerámica por idea y necesidad universales protesta de las pretensiones que la originan en Campygni.

Sobre esos nuestros autóctonos antes descritos vemos desplomarse una avalancha de gentes á las que sabios como D'Arbois de Jubainville las traen prosiguiendo de los diez millones de hombres que Theopompo y Platón legendariamente buscaron en la Atlántida para lanzarlos sobre la Europa occidental desde sus escritos: suposición atrevida contra la que se alza el mayor número de autores que en aquellas gentes reconocen á una tribu jafética descendiente desde la segunda cuna de la humanidad por entre el Ararat y el Cáucaso para correr las regiones septentrionales del Asia Menor, franquear el Helesponto, y por los valles del Danubio y el Drave marchar al Norte de Italia; y, si allí dejan de conquistadores á los sicanios, siguen por la cuenca del Ródano hasta caer sobre España sus hermanos los iberos; y en su bárbaro y estrepitoso avance llegan envueltos en tan espesa nube de polvo que ni se distingue su época, ni su idioma, ni sus facciones. Asómanse á verlos Silio Itálico y Calpurnio Flacco y los distinguen como esbeltos, de tez blanquísima y cabellera de un rubio rojizo; Tácito mira y mira sin ver en ellos sino hombres de faz bronceada y el pelo encrespado; Plinio los elogia por

fuertes, robustos é incansables; Tito Livio por su vigor corporal y su extraordinaria valentía; de Estrabón, que los rehuye por orgullosos y pérfidos, protesta Plinio, que los coloca muy sobre los galos en resolución, robustez y heroísmo. Pero aquéllos siguen su terrible avance y lanzan de los ojos unos rayos que parecen las hogueras de Sagunto y de Numancia; y rebrillan en los puños unas armas que deslumbran como ejércitos de Viriato y de Sertorio; y cúbrense con sayales de tan rojas fimbrias como la sangre propia de su épico y patriótico suicidio en Calagurris y Astapa, siguiéndoles mujeres y niños capaces de repetir cada día los heroísmos de Ilturgi; y mujeres, dije, á esas sí que las vieron y las admiraron todos, y aun las vemos y todos las admiramos, que nuestras españolas hijas son de las hermosísimas é incomparables georgianas.

Así los iberos en son de guerra y de conquista entraron por ambos extremos de los Pirineos, y póngasele á aquel sangriento día por fecha la de quince siglos a. de J. C., como escribieron muchos, ó la de doce, como no pocos, y hasta si se reduce á siete por el modernísimo libro de Mr. Philipon, fué un acontecimiento que volcanizó toda la Patria, transformando la Religión, los territorios, la lengua, las leyes, las costumbres, la guerra, la vida y hasta la muerte; y como también innovó las viviendas, dispensadme que para tratar de las últimas os haya introducido por el extenso atrio de los párrafos anteriores.

Hordas guerreras, traían toda su vida y toda su ambición cifradas en batallar: á la guerra acudían hombres, mujeres y niños; los viejos al no poder lanzarse sobre el enemigo con la *cetra* de tejidos cueros para esgrimir la lanza de cobre que explica Estrabón, se despeñaban de una roca, asombrando á Silio esta preferencia á la muerte sobre la decrepitud, como á Justino que amasen más la guerra que la paz, y á sus armas y caballos más que á sí mismos.

Pues que tan exclusiva y constantemente eran batalladores, y por naturaleza y ejercicio tan robustos y fuertes, resultó natural consecuencia la de disponer y preparar sus poblados en la absoluta preocupación de guerrear y defenderse, por lo que á través de su inmenso viaje, trayendo la idea de las murallas las crearon tan rudas como su vida y tan fuer-

tes como su barbarie. De esta conjunción nacieron en España las construcciones llamadas ciclópeas; y pues que las inmigraciones se desfilaron por las costas ó las cuencas de los ríos, llegó su día al Jalón de colorear las ondas de sus aguas con la sangre de las tribus aborígenes, que le veneraron desde el Atalayo y la caverna de Somaén, al rendirse por víctimas y esclavas al empuje arrollador de los iberos.

Para establecerse alguna tribu de estos inmigrantes fué sin duda buen punto un alto monte que, levantándose desde la orilla del Jalón, tenía á su frente meridional la hermosa vega del fructífero río, y por sus costados de Este y Oeste dos anchas y empradecidas cañadas, que, serpenteando entre elevados cerros, iban á remontarlos hasta los bosques que terminasen en los hoy Almaluez y Monteagudo, y sostuviesen amparo y relación con otras tribus hermanas que dejaron establecidas en una especie de tres cuartos de círculo con radio de casi una legua en otros montes, cuyos castros y necrópolis que, llamándolos del Villar y del Ogmico, en término de Monreal de Ariza; de la Hoya de los Muertos, en el de la Granja del mismo; de los Cabezos, en el de Monteagudo; de Almodóvar, correspondiendo á Almaluez, y del Vado de Lágrimas y del Sabinar, junto al Atalayo, á Montuenga, descubrí y de los cuales varios describiré en párrafos sucesivos.

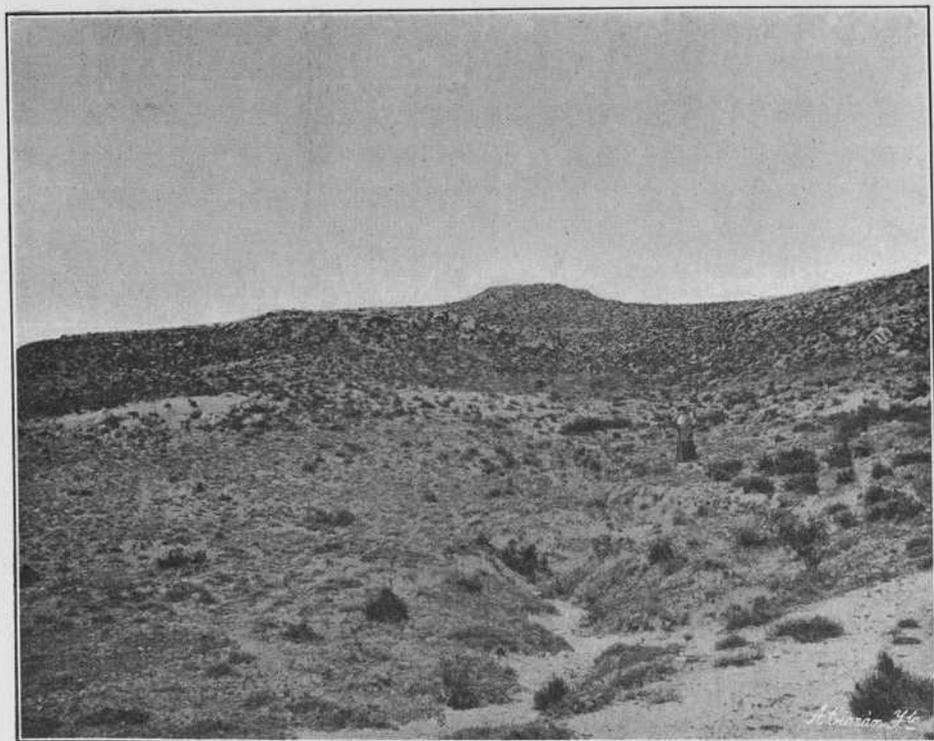
Esta forma de desparramada población en emplazamiento circular fué de estos primitivos pueblos, la que prosiguieron los celtíberos, hasta que las superiores guerras contra cartagineses y romanos obligaron á reconcentrarse en grandes ciudades como lo detalla D. Joaquín Costa.

El eje de aquel círculo de poblados guerreros se fijó en el enriscado monte que antes indiqué, y hoy resulta, junto á la carretera de Madrid á Zaragoza, perteneciendo al término municipal de Santa María de Huerta, en la provincia de Soria, y, justamente, en la línea de límite entre Castilla y Aragón. Por el grabadito que acompaño bien se advierte que en el punto culminante hay una pronunciada plataforma de reducidas proporciones, á la que subí en mi reconocimiento arqueológico del país, hallando muestras de una construcción que ya ex-

cavada resulta un castro ciclópeo de los más típicos y notables, como se prueba por la vista del muro Norte que publico.

Si estas primitivas construcciones son casi frecuentes en las Baleares, no muy raras en Extremadura, ni por gran manera extrañas en las cos-

SANTA MARÍA DE HUERTA



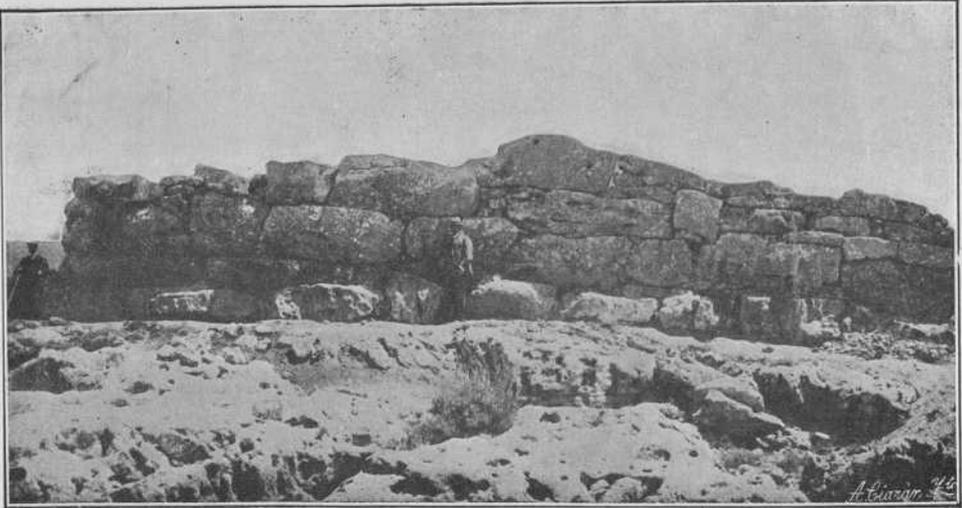
Castro ciclópeo

tas, es indudable que adquieren singular valer y alta rareza cuando se descubren al interior de España, como sucede con el que voy á describir.

Este castro ibérico es un paralelogramo de 22,50^m de largo por 8,70 de ancho. Del muro que se reproduce logré dejar al descubierto cuatro hiladas que asientan sobre fuerte bancal de roca. De la construcción nada precisaría que explicase, pues bien se advierte por el grabado

la robusta y extraordinaria rudeza que revelan sus constructores primitivísimos. Asombra considerar el esfuerzo de tantos hombres y de no pocas víctimas que representa subir hasta el alto monte, y aun á las cuatro hiladas que subsisten del castillo, agrestes peñascos que miden algunos casi tres metros de línea por noventa centímetros de altura con algo menos de espesor.

SANTA MARÍA DE HUERTA



Castillo ciclópeo.

Tiene este ibérico edificio todos los caracteres de los más primitivos esbozos del arte arquitectónico, que, naciendo aquí como en Tirinto y en Micenas, resplandece con grandiosidad en Tarragona, con misterio en San Carlá y con los soles del genio en los incomparables cantos de la Odisea.

La rudeza de los peñones no fué sobrepujada por los escasos restos ciclópeos en muros de Gerona y de Sagunto, y si apenas con las proporciones de varios quedan por bajo de los asientos de la torre y muralla de Tarragona, y á más altura se conservan en el castillo de Ibros, resulta el en que me ocupo más incipiente que Micenas, más deslineado que Sabroso, más importante que Acebuchal, y si no de las múltiples curiosidades del

portugués Briteiros, y de las extremeñas acrópolis de San Gregorio y San Cristóbal, no sobrepasado por ninguno de todos estos en mayor antigüedad que pues Philipon se las concede sobre las de Tirinto y Micenas, conviene recordar que Schliemann atribuye á éstas de mil ochocientos á mil seiscientos años antes de J. C.

Y habiendo citado varias construcciones ciclópeas del extranjero, es oportuno dedicar algunos renglones á un trabajo de la mayor novedad, por haberse publicado hace pocos meses de este mismo año en la importantísima y clásica revista de Londres *The Journal of Hellenic Studies*, y en la cual el sabio F. W. Hasluck estudia y reproduce por la primera vez las inéditas sorprendentes construcciones ciclópeas en el archipiélago de Mármara que da nombre á tan histórico mar.

En la isla capital de su mismo título, á la que los antiguos llamaron *Proconnesus*, ó isla de Corzo, que por ser su totem ó símbolo le figuraron en sus monedas primitivas, en aquélla se descubren unas murallas y torre griegas en aparejo ciclópeo. Enormes son las rocas que las constituyen, tampoco guardan niveles con sus hiladas, sino, por el contrario, parece se trazaron en diagonales, tal vez el muro pudiere recordar la observación curiosa de nuestro docto compañero el señor Marqués de Monsalud, que en algunas *Citanias* de Extremadura advierte subir los muros como en espiral.

Imponentes y rudas son las ciclópeas construcciones de Mármara, pero no llegan á las del Castro que descubrí y he descrito, porque, al fin, aquéllas tienen los asientos algo labrados, y más se determina este gran avance arquitectónico en la interesantísima puerta de la torre formada por un inmenso triángulo de tres peñones, que en el superior se apiconó profundamente el agudo vértice, copiando sin duda en la forma la puerta de la galería en los muros de la ciudadela de Micenas, como éstos tomaron esa iniciadora ojiva de Tirinto. La muralla poligonal de la de Liman en el mismo Archipiélago es más ruda y primitiva; pero la torre pelásgica de Mármara tiene varios puntos de contacto con la de Santa María de Huerta, ya en su arte y forma, si así puede uno atreverse á calificar estas desordenadas y primitivísimas construcciones: una

y otra extienden dos brazos de muralla que partiendo del castillo bajan desde la cumbre por ambos lados hasta el mar los isleños, y hasta la vega del Jalón los del castro ciclópeo ibérico que voy describiendo.

Solitario, olvidado y desconocido lo hallé, y para interrogarle sobre su historia, su época y su destinación emprendí las excavaciones que hoy le manifiestan en toda su rudeza y en su típico estilo: peñones, como los hallaron por las laderas y valles, desprendidos de los bancales arenosos sin el menor asombro de labra, sin saltarles siquiera las protuberancias con que se desquiciaron; sin plan ni cuidado alguno en ordenar las hileras, pues tan pronto una peña de doblado espesor se coloca junta á otra por mitad delgada, y la de mayor largura se entremezcla con las pequeñas, sin ocuparse de que resulte vertical la que tuvo otro asiento más propio; ni aun las esquinas se igualan, ni los frentes se perpendicularizan, ni se alisan los paramentos; como en la más antiquísima construcción se rellena con pequeños cantos cada vacío de las imperfecciones peñascales, y el todo, indudablemente asentado en seco, sin cemento de la más simple clase, que ni barro tuvo, como en Olérdula, aunque para las de Sagunto lo hallase Tito Livio, y en Tirinto lo haya logrado descubrir M. Doerpfeld.

Hice excavar junto á un ángulo en el interior, y hallé que, andando los siglos y en la época celtíbera, debió haberse ido rellinando de piedras y tierra para levantar de mucho el piso originario que se halla á 2,70^m de profundidad, dando sobre la roca en que él todo asienta. Y este alzado fué lento y progresivo, pues que en la excavación se patentizan dos horizontes de cenizas que debieron ser posteriores suelos: el anterior á 1,65, y el segundo á 1,82.

Como objetos sólo recogí dos puntas de flecha en sílex, una muy ruda, y la otra saltada finamente, las dos afectando forma de laurel; pero no por esto he de creerlas solutreas, sino ibéricas del tipo Robenhäusen: mayores hallazgos me prometo al proseguir las excavaciones.

Este castillo se eleva en la parte Norte de dos explanadas en declive que bajan hasta los casi tajos que dan por el Sur en la carretera; y en ambas planicies descubrí algunos cimientos de reducidas viviendas cel-

tíberas, en las que cavando hallé innumerables restos de cerámica de su arte con sus tipos de rojizos adornos geométricos ó, si se quiere, micianos. Por las cuestas del Poniente no encontré menos dentro de reducidos recuadros constituídos por muretes, que sus muchas cenizas, su mobiliario y su orientación los declaraban sepulturas de los celtíberos.

Y llamo á todo esto último celtibérico, no sólo por su cerámica y por lo mucho más adelantada construcción de los muros dichos con respecto al ciclópeo, sino por las dos grandes murallas que, partiendo desde el castillo á ambos lados, corren y bajan por las cuestas hasta su final en el lado Norte que fuere el único atacable en aquellos tiempos, pues aún se distingue perfectamente el ancho foso que al largo de aquéllas y del baluarte abrieron en la roca como en las hondonadas para mayor defensa, y algo se advierte en el adjunto grabado.

SANTA MARÍA DE HUERTA



Foso del Castillo ciclópeo.

Es evidente que las murallas celtíberas son mucho menos antiguas que el castillo con sólo mirarlas; pero aun lo comprueba el relato de Estrabón cuando describe á las familias célticas de la Iberia celebrando

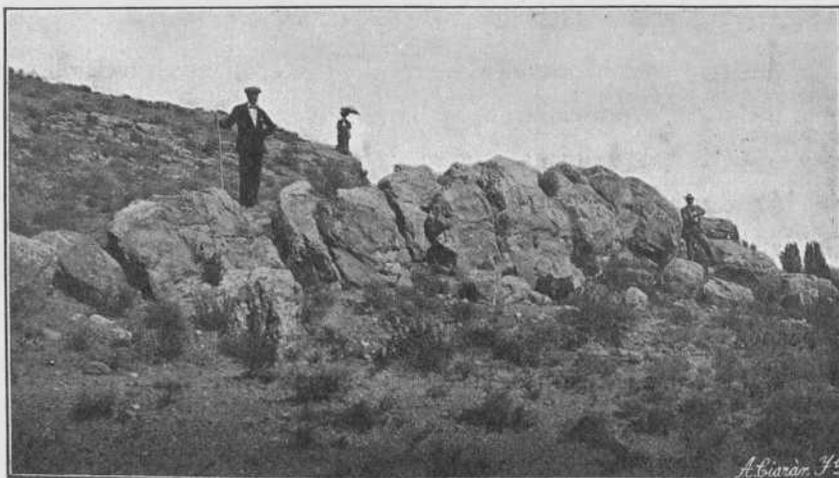
sus banquetes al largo de los muros de sus viviendas, y yo descubrí cantidad grande de cenizas soterradas alrededor del ciclópeo, y se manifiestan hasta debajo de las murallas en su unión, que no empalme, con el castillo.

Si algo difusa resulta la precedente reseña, sirva para excusarme el considerar yo á este castro ciclópeo como una de las más primitivas construcciones españolas.

CROMLECH DEL CICLÓPEO

Los escarpes meridionales del monte antes descrito vienen á dar en un altozano que se extendería en la más remota antigüedad hasta la vega, y tal vez al entonces ancho cauce del Salo ó Jalón, y para más acrecer las singularidades de todos los hallazgos arqueológicos que descubrí y voy describiendo, encontré allí un caso de construcción megalítica que jamás hube visto en Irlanda, en Bretaña, ni en los países del Norte de Europa que recorrí para tales estudios, ni aun en los libros se describe cosa que se le iguale.

SANTA MARÍA DE HUERTA



Cromlech ó templo megalítico del Castillo ciclópeo.

Es esta una especie de medio cromlech, por lo tanto un casi medio círculo compuesto por enormes peñascos en bruto, que empiezan con piedras de un metro, y van creciendo hasta llegar á las que miden tres de alto por 1,80 de ancho y 1,60 de grueso, cuyas cifras conceden á varias de estas peñas un peso de bastantes toneladas.

Bien recuerdo los medios círculos que formados por piedras se hallan en las Baleares junto á los Talayotes, pero son para completar otras construcciones que encierran la misteriosa *taula*, constituyendo todo ello un primitivo panteón, cuya forma típica es *Son Carlá*; y si me apareció en poco más de medio círculo el espléndido y famosísimo Stonehenge, templo megalítico, según le entiende Fergusson, es por verse destruída toda la parte que le falta para su perfecta forma circular; pero ni los primeros ni el segundo tienen nada de común con el medio cromlech que he descrito y que pudo ser el templo primitivo de las tribus ciclópeas, que bajo cabañas y miseras casucas vivían guerreando y pastoreaban en aquel país al amparo del castillo y en devoción de un Dios innominado.

El bárbaro rito y los sacrificios salvajes celebraríanse dentro de la media rotonda megalítica, y como ésta viene á cerrar por ambos extremos en un monte que baja en declives, pudo ser tal vertiente como la más rudimentaria y originadora gradería para el público.

Para no alargar el relato y mejor distinguir el monumento se inserta aquí su fotografía.

Las piedras que constituyen este cromlech se encuentran todas ligeramente inclinadas sobre el terreno, y para convencer de que no eran producto de un banco de piedra que se desplomara ó que allí se constituyese, hice cavar por detrás de ella, poniendo al descubierto cómo esta primitivísima construcción ciclópea fué obra de hombres, porque á todas se las ve calzadas con otras piedras que las sostuvieron en situación casi perpendicular.

Los siglos con sus tiempos, las aguas con sus corrientes y los vientos con sus barridos, habían rellenado la cavidad posterior, y en el fondo, al retirar esas arrastradas arcillas, se hallaron restos de muy posteriores cerámicas celtibéricas.

No otra cosa hasta hoy encontré en aquel misterioso paraje, casi encerrándome en la obscuridad de su destino, que tampoco fueron aún más entendidos ni afortunados tantos de los cromlechs. Y en cuanto al origen, ya me induje á tenerle por coetáneo del pelásgico castillo que describí y se enseñorea sobre su cumbre.

MONREAL DE ARIZA



Muralla megalítica.

(Granja de San Pedro.)

CASTRO MEGALÍTICO

Una vez asentados los iberos en el castillo ciclópeo que acabo de describir, dióles el tiempo precisión de extenderse y subdividirse, explotando otras tierras al constituir otros poblados, y así al rebuscarles por los montes del país presumo haber descubierto uno de aquéllos sobre otro de éstos, que se halla casi á tres kilómetros del ciclópeo y en el 185 de la tantas veces citada carretera de Madrid á Zaragoza, frente por frente de la ciudad celtíbera, que yo tengo por Arcóbriga, pero al opuesto lado de la vega.

Alto es el monte, y por el Mediodía bastante escabroso; deja más fácil ingreso al Poniente, en que áspera cuesta conduce á la cumbre ce-

rrada en tal lado por singular barrera megalítica, la que con otras construcciones de tan vetusto estilo me han llevado á dársele por nombre á este ibérico castro.

Por el derrame del monte súbese entre innumerables peñas derrumbadas que debieron constituir el fuerte muro, que bajando desde la cima ilegase á un corte sobre el llano, defendiendo al castillo del más fácil ataque por la cañada que circundándole al Norte busca un estrecho paso cara al Poniente.

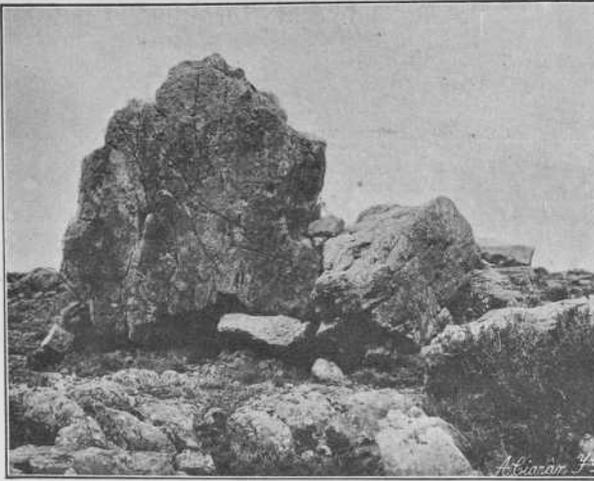
Una vez arriba, sorprende la extraña barrera que antes indiqué, formada por filas de rudas, desiguales é informes peñas hincadas en el suelo ó puestas en pie sobre calces, que más determinan su intencionada colocación y la obra del hombre primitivo. Ni se hermanan aquéllas, ni se tocan sino varias veces, dejando las más unos intermedios libres que á medio metro apenas alcanzan.

La inclinación del terreno parece conservar aún la huella del prehistórico camino, que al subir hasta la barrera la abre en más ancho espacio como indicio de entrada, y en tal punto á la izquierda se yergue una gran piedra, la mayor, la más perpendicular, la mejor colocada y con el calce determinativo, la única de un frente plano y dándole á la subida. Parece que allí la colocaron los hombres que casi abren nuestra historia como expresión de todos sus sentimientos, y así en la cara frontera del peñasco se ven muchas y reducidas cazoletas, varias se unen por rayas, y éstas á veces solas, todas como combinándose para que en el simbolismo de su lenguaje entre hemisférico ú ogámico dirigir una salutación al que entra, ó una amenaza al que asalta, si no fué dedicación del lugar ó á la gloria de un pueblo.

Es indudable que los siglos, los muchos siglos, como ennegrecieron la piedra la han rajado por varias partes, abriendo en ella surcos induciendo á confusión entre los que sospecho de obra humana, pues ésta se advierte allí al no profundizar las rayas y concluir las en pequeños círculos, y aquéllas y éstos en conformaciones regulares siempre apartadas de los bordes, mientras que todo lo producido por el tiempo sobre la condición esquebrajante de la piedra se inicia en los extremos pro-

fundizando la raja extraordinariamente con las aristas agudas como cuerpo que se abre, y coincidiendo las configuraciones de un lado de la quiebra con el otro, cuando en las que juzgo labradas por el hombre no ocurre sino lo contrario; y estas mismas naturales quiebras se produ-

MONREAL DE ARIZA



Piedra ómica en el Castro megalítico.

(Granja de San Pedro.)

jeron en el peñasco de Cumaón en la India, sin que á su célebre descubridor Rivet-Carnac le ocurriese dudar de las que explica como artificiales.

Inserto un grabado para idea de la piedra descrita, aunque los detalles no se advierten bien en él.

Éntrase, en fin, por el lado Sur á

una explanada que no es grande, casi inaccesible por el Este, y como el viento contrario da á un despeñadero, pero al fin de posible, aunque difícilísima subida, corre á todo su largo por el borde ancho y rudísimo cimientto que hice excavar para ponerlo en claro y que termina en dos torres, una á cada extremo de la meseta, siendo construídas en forma singular para aquella primitiva época, pues resultan unos medios círculos por la parte exterior y en línea recta para la de adentro, algo como la notable de Messena. De la torre que se halla junto á la ya explicada hilera megalítica nace el largo muro que hasta el llano baja, según ya dije.

Ambas torres fueron construídas por descompuestas hiladas con piedras toscas y de aparejo ciclópeo, aunque sin desmesurar los tamaños.

En el centro de la meseta avivé los muros de un edificio rectangular que mide como dos terceras partes del castro ciclópeo, pero ruda-

mente formado, aunque ya no conserva sino los cimientos, bastantes á definir varias extrañezas de su disposición, siendo la más saliente otro muro que comienza frente á un ángulo y á dos metros de él para ir inclinándose hacia el mismo hasta incluirse en la mitad de la fachada Norte del Castillo, sin duda ingreso de defensa con que reducir á una sola persona la que pudiese entrar y aún con trabajo; y le llamo castillo porque sus proporciones, su colocación y su época en aquel punto no dejan entrever otro servicio que el de amparo guerrero y último refugio para la tribu que allí tan primitivamente se estableciese.

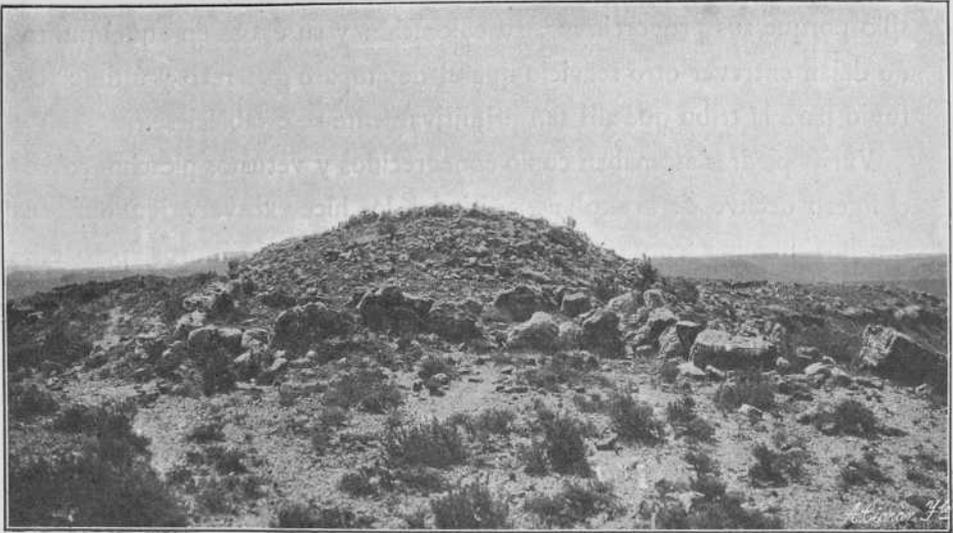
Varias piedras asomaban como ennegrecidos y vetustos picachos sobre el ligero declive de la explanada. Todos los hice excavar, dándome en muchos uniones con otras soterradas, descubriendo muros, pero tan desconcertados, que dificultan la idea de su distribución, dejándola reducida á suponer pobres viviendas de un solo departamento.

Por todas partes donde excavé se encontraron infinitos trozos de cerámica negra de la más bárbara sin el menor ornato ni posible torno, y á lo más cocidas á fuego libre. Dos especies de copa y una de catino conseguí enteras, que se ven en el grabado inserto al tratar de la Ne-crópolis de esta tribu.

La torre opuesta á la entrada se la situó en un punto donde estrechando muchísimo la planicie parece que la cierra, aunque deja paso por breve descenso á otra mucho más reducida explanada que juzgo artificial, y en su centro se manifiesta un cuadrilongo de unos diez metros de largo por cuatro de ancho, que lo constituyen piedras sin labrar hincadas en el suelo y con sus formas más agudas á lo alto. Fué sin duda un templo megalítico; ese recinto de las asambleas sagradas que se celebraron por los pueblos primitivos en la altura de los montes como el profeta Elías sobre el Carmelo con su altar de piedras brutas rogando al Eterno para confundir á los falsos profetas de Baal. Y así con pocas piedras hincadas, cuenta Artemidoro, se constituía en el Promonterio Sacro un templo de tanta veneración y nocturna soledad, sitio de siempre consagrado por la mitología cuando ya Himilcon le hubo visto dedicado á Kronos.

El grabado que acompaño podrá explicar con ventaja el primitivísimo templo megalítico que descubrí y en aquél se destaca por fondo la torre que le da frente, fotografía hecha antes de excavar y descubrir el muro de aquélla.

MONREAL DE ARIZA



Templo megalítico y fundamentos de la torre ibérica.

(Granja de San Pedro.)

La explanada artificial en donde tal templo se erigió sería para la asistencia del pueblo al rito que celebrase el pontífice de la tribu á su Yaungoico (Dios) sin representación material, dudando si es más bárbaro é inculto llegar al iconismo de los betyles.

Dije que desde el campo del castillo megalítico baja el muro hasta una hondonada, tal vez antiguo foso, separando al monte descrito de otro inmediato con menos altura, descendiendo en su tajada cara del Sur hasta la carretera. Todo este gran cerro le constituye una necrópolis prehistórica desde la media ladera, subiendo á la cima por especie de anillos concéntricos que casi ordenan las primitivas sepulturas. Bastantes excavé, hallando inmensidad de cerámica destrozada y toda de una rudeza que mayor no he visto; de unos espesores tan fuertes y

alguna vez de un indicado desarrollo de tamaño tan enorme que, logrados algunos trozos grandes, demuestran haber tenido varias urnas cerca de 0,70 m. de anchas. Imperfectísimamente cocidas al aire libre fueran éstas, pero no pocas ni aun esa rudimentaria consolidación tuvieron, lo que también explica el despiece exagerado de la cerámica ya también por las humedades y el tiempo.

Muchas sepulturas excavé, y como casi todas resultaron semejantes, describo la última.

Á un metro treinta centímetros de profundidad en tierra muelle llegamos á la arcilla dura, sobre la que asentaban nueve piedras toscas acostadas en fila, de un grueso variando entre 0,20 m., y su largo y ancho de medio metro por cerca de 0,35. Levantadas esas piedras que sirvieron de rudísima tapa á la sepultura, vimos ésta toda cegada por finísima tierra que colocaron los siglos entre los muchos huecos de las piedras informes. Extraído ese acarreo, quedó á la vista perfectamente conservado un esqueleto de gigantesca talla, pues medía 1,99 m. Se hallaba extendido, con los brazos también así y junto al cuerpo, en estación supina, pero la cabeza recostada sobre su lado derecho, buscando mirar al Poniente y ofreciendo la extrañeza de conservar colocados dos adobes entre la cabeza y los hombros, puestos aquéllos de canto casi el uno junto al otro sin dejar más espacio que el preciso para el cuello del cadáver. La fosa estuvo abierta en la arcilla sin revestimiento y con profundidad de 0,50 m. por un ancho de 0,40.

En la sepultura no hallé objeto alguno, y conservando el esqueleto, traje el cráneo con otros para que un sabio antropólogo al estudiarlos pueda determinar la raza con la inducción de la época.

Publico la fotografía de algunos de ellos juntamente con varios cacharros de los enteros que hallé enterrados fuera de estas sepulturas, pero en sus inmediaciones, dejando ver el grabado lo rudísimo de las formas, así como dos hachas de piedra pulimentadas y uno de los incipientes trituradores de grano con su bola gastada en tal uso.

Las sepulturas ofrecen también algunas singularidades que precisan explicación.

Casi junto á todas y á su misma altura se halla un espacio como de un metro en cuadro, y por lo dura y lisa que aparece la tierra entiendo fué apisonada, manifestando las señales de un gran fuego que sobre ella se alimentase, lo que aun más comprueba medio metro de

MONREAL DE ARIZA



Cerámica del Castro y Necrópolis megalíticas ibéricas.

(Granja de San Pedro.)

cenizas con varios restos de carbones hallados allí. Parece como si cada sepultura hubiese tenido su *bustum* particular, y pues los esqueletos se hallan intactos, desechan la idea de una previa medio incineración. Tal vez en la pira se quemara alguna víctima en sacrificio al triunfador *Neton* ó á la última juzgadora, la temible *Ataecina*, si no fuere el horrendo fuego á que se arrojaban los soldurios junto á la sepultura de su Jefe, según cuenta Estrabón, ó bien pudiere haber sido el lugar de la gran hoguera que sazonó el banquete fúnebre de la familia ó del clan ante el cadáver de la persona querida ó respetada.

Otra singularidad hallé completando la tumba, y es que en la inmediación de la fosa y del *bustum*, si no fué hogar funerario, se descubrió un hueco excavado en la tierra de casi 0,60 m. en todas sus medidas, formando pequeña cámara desconcertadamente circular, y la techum-

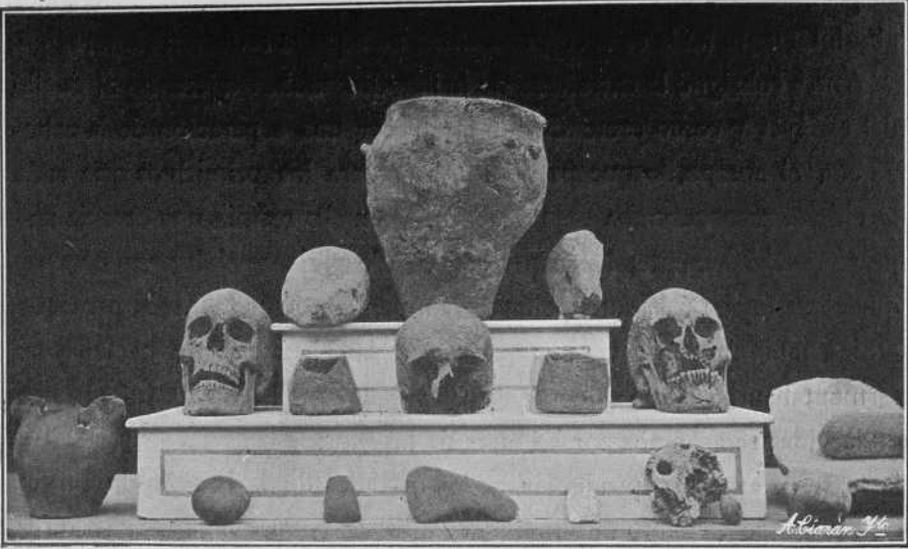
bre con indicios de bóveda y aspecto de haber sido reforzada con revestirla de barro, en el que aún quedan muy evidentes las señales de los dedos que le extendieron y conformaron en blando. Como el terreno es calizo, resulta casi blanqueada en su interior por tan voraz fuego como hubo de encenderse dentro de aquella especie de horno atestado de cenizas y cuya destinación no me explico á no pensar en que sirviese para consumir las ropas del difunto y los restos del banquete, pues absolutamente nada se encontró dentro de aquella reducida cámara.

Antes consigné la extrañeza de hallar dos adobes sujetando el cuello del cadáver y como pretendiendo establecer una separación de la cabeza con el cuerpo, lo que pudiera indicar para los primitivos que toda la vida se reconcentraba en la cabeza, y en ella residía una esencia supraterrrenal ó la mente, *Mane*, permaneciendo viviente al dejar su cuerpo, que abandonaba á la corrupción de la muerte, y por lo tanto y para que no la contaminase convenía separarle de la cabeza donde nacían y se fermentaban las ideas, se coronaban los triunfos; el sol, que fué el Dios de la vida, se asomaba por las luces de los ojos; la orden de autoridad y la frase de amor se producían en los módulos de la boca, todo, en fin cuanto grande, cuanto imponente, cuanto atractivo, cuanto amoroso representaba ó producía el sér racional eran impulsos, cálculos, sones y gestos de la cabeza, y en ésta, pues, el alma de ellos residía, y tal suposición, al tenerla por cierta, aún más y más intentasen exteriorizarla, pero el caso fuere difícil y sólo para alto personaje se intentara, tal vez yo conseguí hallar esa rara excepción en dos adobes míticos.

Encontrados en una sepultura con la disposición antes descrita fingen una ruda cabeza de bóvido y un escarabajo, como se aprecia por el grabado que reproduce cráneos y cerámica de esta necrópolis. Pudo ser el bóvido la representación de Isis, y el escarabeo la de Khopri: aquélla la luna que se renueva, éste el sol que renace; una y otro triunfando de la muerte. Estas tradiciones egipcias trajeron á Iberia los fenicios y griegos, como se comprueba por muchos datos, sobresaliendo de todos las maravillas del Cerro de los Santos y varias inscripciones reseñadas por Hübner, ya de Valencia, ya de Cabra, como otras en Caldas de Mombuy y Ta-

rragona, con varias portuguesas. Isis devolviendo á la vida los miembros inertes de su marido, fué emblema del triunfo sobre la muerte, y, como madre de Horus, se la representaba con cuernos de vaca, de que nacieron las transformaciones griegas de Isis en Hera, de la Diosa pelásgica Yo,

MONREAL DE ARIZA



Cerámica y cráneos iberos. Necrópolis del Castro megalítico.

(Granja de San Pedro.)

y de la fenicia Astarté, todas representadas por cabezas de vaca ó por sus cuernos. Así Schliemann ha encontrado en Tirinto y Micenas ídolos tan curiosos como rudísimos de tierra cocida, que figuran de tal modo á Hera, la diosa tutelar de ambas ciudades. Quizás pudieron ser prosecución de tales símbolos las admirables bronceas cabezas de Costig, si no fueron ex votos á la fuerza reproductora que representó primeramente el buey Apis, ú homenajes á Helios, como los toros del rey Augias. Y si tan notabilísimo trabajo es greco-fenicio hallado en Europa, ¿no podrían ser aquéllos el Zeus Asterios, el toro raptor que desde Fenicia á Creta llevóse á Europa, cuyo grupo fué adorado en Sidón, y se admira en los maravillosos salones del legendario palacio de los Dux

en Venecia, resplandeciendo con los astros reberverantes de los pinceles de Pablo Veronés? Y siendo Costig una isla siempre castigada por las tormentas del mar, ¿no fueren las incomparables cabezas bovídeas votos pretendiendo calmar al furiosísimo toro de Creta ó de Minos, que creado por Poseidón había de ser sólo vencido por Hércules y Teseo, imagen aquél de la horrible tempestad marítima?

Pero dispensadme esta digresión tanto más innecesaria cuando estos sorprendentes monumentos de Costig han sido magistralmente estudiados, descritos y comentados por tan sabios arqueólogos como Mr. Pierre Paris y D. José Ramón Mélida.

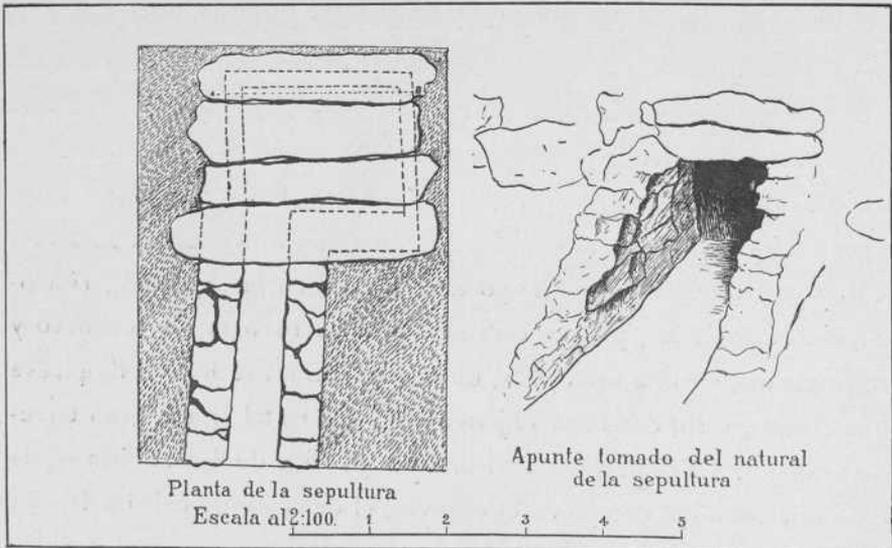
Mas volviendo á la relación de los curiosísimos adobes funerarios que describía dije representar uno al escarabeo, que, según Pierret, estuvo admirablemente escogido para simbolizar la transformación á los sabios del antiguo Egipto, negando así la muerte, por lo que llamaban al escarabeo Khopri, ó continua renovación de la existencia, sol que nace, muere y vuelve perpetuamente á renacer, símbolo místico de la vida, como lo entiende Maspero. Pudieran ó no tener tales representaciones y tales alcances los dos adobes que indudabilísimamente figuran un escarabajo y un bóvido, y que yo mismo hallé en la sepultura, rudísimamente elaborados, y entre cerámica la más bárbara que conozco y primitivísima, en una necrópolis, de la que sólo retiré hachas de piedra pulimentada, y sin descubrir objeto alguno de metal en tan gran terreno excavado. La colocación rarísima y simbólica de los adobes separando la cabeza del cuerpo en el cadáver, el demostrado culto á Isis en España y los repetidos hallazgos de escarabeos y símbolos egipcios, entre los que hace bien poco oímos describir alguno al docto Correspondiente D. Rodolfo del Castillo de sus notables hallazgos en Tarragona la ciclópica, como ciclópeos son estos castillos que descubrí. Los rudos adobes del escarabajo y la vaca en una sepultura primitiva, y colocados en forma tan singular y creo nunca vista, es indudable que tuvieron una misión é idea religiosas adecuadamente escogidas, dados los simbolismos míticos fúnebres de ambos ídolos.

Si no he acertado con la interpretación adecuada, cumplo con mi

propósito de hacer públicas mis excavaciones y mis encuentros para que los sabios los conozcan, los juzguen y los expliquen.

No debo terminar la descripción de esta necrópolis sin que mencione la más importante de sus sepulturas. Al lado del Mediodía ya dije que el monte tiende á tajo su gran elevación, y á unos cinco metros por bajo de la cúspide se asienta un fuerte banco de arenisca: sin duda aprovechando la covacha que formaron bajo éste las torrenciales lluvias que socavaron la arcilla, y en reforma de la cavidad, regularizándola algún tanto, hicieron unos muretes de grandes adobes, para construir también

MONREAL DE ARIZA



Sepultura en la necrópolis del Castro megalítico.

(Granja de San Pedro.)

con toscas y fuertes piedras el indispensable pasillo de las primitivas tumbas, al que cubrieron tres ciclópeas peñas, logrando una sepultura rudísima, pero que, comparada con las miserables de toda la necrópolis, resultó un panteón digno de algún temido, poderoso y vencedor Régulo de aquella guerrera tribu.

Dejaron el pasillo con solos dos metros de largo por mitad de alto y 0,70 m. de anchura, de manera que obliga á pasarle más que agachado para entrar en una cámara reducidísima que en su irregular forma apenas llega á tres metros de anchura, sin pasar de uno y medio de alta en el punto máximo de la techumbre apiconada con indicios de bóveda. Al fondo de la mezquina cámara hay una ruda y deformada cavidad á la que no puede entrarse por bajísima, pero lo suficiente larga para contener el cadáver del que sospecho fué un Régulo.

Apenas si un agujero de madriguera de conejos se advertía en el frente de esa sepultura, y un cazador, persiguiendo á tal caza herida, ensanchó un tanto el hueco. Yo hice abrirle por completo y retirar cuanta mucha tierra casi la llenaba, pero muy de antes debió profanarse cuando absolutamente no hallé mobiliario alguno.

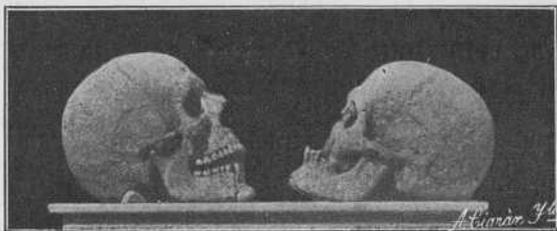
Terminado el anterior ligero estudio histórico-arqueológico sobre el Castro y Necrópolis megalíticos tuve la satisfacción de que se comprobasen mis suposicio-

nes de época, raza y pueblo al someter los tres cráneos que allí hube hallado al examen de una verdadera autoridad en la ciencia antropológica, un sabio de reputación general que aun en rápido aná-

lisis descubrió en ellos todos los rasgos que corresponden á los caracteres atribuídos á la raza de los más antiguos iberos en España.

En aquéllos me impresionaron desde el primer momento lo estrecha de su frente, lo hociuda de la boca, lo pronunciado de los arcos de las cejas y la oblicuidad de los ojos, signos singulares que para llegar á ser tales me explicó tan docto amigo, haciéndome ver la exagerada dolicocefalia del cráneo, perfectamente completo en todas sus partes, reproduciéndose á la izquierda del grabado que antecede, como

MONREAL DE ARIZA



Cráneos iberos. Necrópolis del Castro megalítico.

á la izquierda también se halla en el que representa objetos y cerámica de su necrópolis; dolicocefalia mayor que la media actual; la protuberancia occipital enormemente desarrollada, como el núm. 5 de la escala de Broca; es notable la altura del cráneo, y la curva mediana de conformación regular; la frente resulta de exagerada estrechez: los arcos superciliares se muestran con gran relieve, las órbitas son apaisadas y de contornos angulosos, las mandíbulas muy robustas, resultando la inferior por demás prominente, como el ángulo mentoniano, que llega á ser excepcional; la bóveda palatina muy alta; dentadura completa y conservadísima, con apenas iniciado el desgaste en el lado izquierdo: el cráneo es de un varón en el completo desarrollo de la virilidad y apenas si llegase á los treinta años este agigantado ibero, tal vez de los más primitivos en nuestra patria. No es otro el ideal de los *Hiberi veteres* que Cornelio Tácito descubrió.

No he de concluir este capítulo sin complacerme en hacer pública la gratitud al dueño de la magnífica finca en que se hallan este castro megalítico y su necrópolis, así como la que á continuación voy á describir bajo el nombre de Hoya de los Muertos, pues D. Manuel Tovar, como buen amigo mío, amante de todo estudio, y extremando sus amabilidades y su generosidad, me concedió y prosigue el permiso para que con libertad completa excave las dos estaciones arqueológicas que acabo de nombrar.

LA HOYA DE LOS MUERTOS

Llegando al kilómetro 187 de la siempre citada carretera, se bifurca otra de último orden que conduce al Burgo de Osma, la Uxama Argelæ de los Celtíberos, la aliada de Arcóbriga, según por sus monedas se atestigua.

Corre ese nuevo camino por la ancha vega del río Nágima, que naciendo de la fuente de Bliccos, entre la meridional derivación de la Sierra de Boñices, llega por Serón, Torlengua, Fuentelmonje y Montegudo á engrosar el Jalón junto á Monreal de Ariza, casi en el punto donde nace la carretera, por la que entrando, y á unos dos kilómetros, se abre á la izquierda extensa cañada entre elevados montes y odorantes enramadas de romeros, salvias y espliegos. Más de otro kilómetro hay aún de marcha, para llegar á la que en el país se denomina la Hoya de los Muertos, de la que en medio elévase un altísimo, escarpado y cónico monte, que asemeja un volcán surgido en el cráter de otro inmenso.

Ha de subirse por la parte Norte, pues que las otras son difíciles y la Poniente resulta un tajo formidable.

Desde los dos tercios de su altura, apenas si se advierte asomar algunas piedras ennegrecidas por los ya muertos musgos de muchos siglos; pero, excavándolas, hallé esas características ringleras de cimientos que, paralelamente, se repiten hasta la cumbre, llegando á número de cinco y que acusan una necrópolis prehistórica.

Como de muro á muro apenas si median tres metros, y al cavar

estos espacios, todos se hallaron rellenos de cenizas, en las que salpicaban pedazos de carbones y muchísimos trozos de cerámica bárbara, sin cocer al horno, y menos sin tornear. Tengo por seguro que esas galerías fueron los *ustrinum* de alguna tribu ibérica, en las que, formando el *ara funebris*, hicieron cremación de sus cadáveres, y con ellos enterraron los objetos de barro, que ó hubieran servido de uso para el muerto, ó ya de vasos sagrados en la ceremonia del fuego, ya de *rithones* en el *silicernium* con que los allegados se reunían en el fúnebre banquete á la postura del sol, que representaba la luz que muere para renacer en el empíreo.

Por falta de tiempo no pude sino descubrir esta nueva estación arqueológica é iniciar las excavaciones, que tengo el deseo de proseguir. Pero de las ya hechas obtuve, además de muchos pedazos de la cerámica que dije, una hacha de piedra pulimentada y una tercera parte de un vasito disparatadamente agujereado, que pudiere servir de colador, y en un todo semejante al que publica Bonsor y al descubierto en Troya: objeto que parece servía para crematizar la leche.

Consigno aquí este yacimiento para asociarle á Arcóbriga, como una de las gentilidades que constituyeron la confederación de los arévacos Arcobricenses.

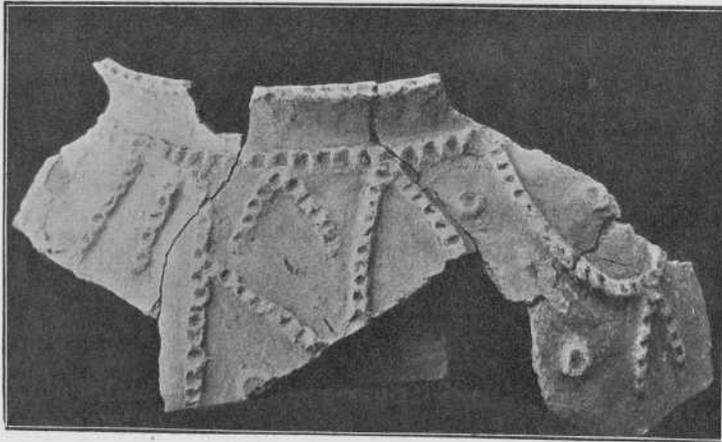
NECRÓPOLIS DEL SABINAR

Al describir la estación arqueológica de la tribu, tal vez kempica, que en el período neolítico habitase la cueva del monte hoy nombrado el Atalayo, dije qué punto fué aquél muy bien escogido para el asiento de una invasora tribu; el espacioso anfiteatro que allí formaban las altas montañas guareciéndole de los vientos, y sobre todo del Norte, en país tan frío, con la única abierta exposición al Mediodía; el hallarse junto á la ancha vega que cruza el inmediato Jalón, y la misma cañada empradecida donde dar pastoreo y abrigo á sus ganados; los frondosos bosques que desde las cumbres cubrieron aquel término, pues por tal condición y aun hoy descuajado, conserva el nombre del Sabinar; gigantadas alturas que vigilan, dominan y defendieran el país, circunstancias son todas que, como dije, explican la oportuna elección del sitio para morada de incipientes agricultores, copiosos ganaderos y gentes guerreras.

Al fondo de este gran anfiteatro, se encumbra casi exento un cónico monte de más que difícil subida por su lado Oeste, y de muy áspera por el viento contrario. La cima es plana y de breve extensión; cortábalas en sentido longitudinal de Norte á Sur una especie de tosquísimo cimientto, al que paralelamente seguían hasta tres, escalonando la bajada Este del monte, pero en la parte inmediata á la cumbre. Con sólo ver ese paralelismo de cimienttos longitudinales en las alturas de erguido y aislado cerro, y que las piedras de la incipiente y soterrada construcción muestren sus prominencias denunciadoras con los salpicados negruzcos

de la vetustez, comprendí que me hallaba en una necrópolis prehistórica de las más antiguas. Desde los primeros azadonazos salieron las negras cenizas que llevaban miles de años bajo tierra, y quedaron allí por testigos de los sangrientos funerales de algunos régulos, que en la fúnebre pira, al consumirse con su servidumbre, creyeron renovar su sér, con su poderío, en nueva vida. Y como seguí en más y más ahondar, fuí encontrando innumerables destrozos de cerámica negra, con aspecto de haberse elaborado en vacilante torno é imperfecta coción. Tuve la suerte de retirar hasta cinco piezas completas, aunque no enteras, todas lisas; y no me detuviese á detallar esta arqueológica estación, sino fuere por algunas de importancia y nada frecuentes, que interesa siempre hacer constar, como son, que entre tantos intencionados primitivos destrozos de cerámica lisa, logré retirar algunos de dos grandes *olla*, una negra, y la otra de color terroso, ambas con extraña y rarísima

MONTUENGA



Necrópolis del Sabinar.

ornamentación en relieve, apareciendo como imágenes de cadenas y, á pesar de ser muy rudos los objetos y de su tan primitiva época, arguye un buen gusto artístico en el prehistórico ceramista al fingir los pabellones y las guirnaldas que en el adjunto grabado se reproducen.

No conozco otras que se les parezcan, sino los pequeños trozos que se exponen en una vitrina del Museo Arqueológico Nacional, con el letreiro de haber sido hallados en Bechi, tal vez la antigua Etovisa, también de fúnebre, pero constante plañidero recuerdo, si allí la más horrible de las traiciones hundió su infame puñal en el heroico pecho de Sertorio.

No debo olvidar que hallé un catino lleno de ocre muy rojo formando fina pasta, lo que demuestra haber sido pulverizado para mezclarle con agua ó grasa y conseguir un color que, en aquel sitio y en aquel tiempo, sirviese tal vez para repintar cualquiera de los cadáveres que allí se incineraron ó de ellos mismos en vida.

Y por ser estudio muy nuevo, citaré el de las piedras redondas ó redondeadas, que suelen hallarse en gran número en las estaciones arqueológicas de la época cuaternaria, y, sobre todo, en la que se clasifica de Moustier; piedras de las que hay ejemplares, como el de la *Pierre Folle* en Commequiers (Vendée), que mide tan solamente de diámetro 0,035 metros, hasta la hallada por Mr. Ciraux, que pasa de 0,090; las hay muy pulimentadas y redondas, como apenas indicando su redondez, contándose bastantes ovoideas, y aun varias en cono truncado. De todas estas hallé crecido número en la Necrópolis del Sabinar, como en las demás prehistóricas, mezcladas con cenizas y pedazos de cerámica. Túvelas por discos para harinar granos, pero al encontrar varios trituradores junto á las losas arqueadas, con que se completaban estos iniciadores de los molinos, y no ver en aquellas bolas las necesarias oquedades para retener los granos al rodar sobre ellos para triturarlos, me inclinaba á creerlos pulidores de la cerámica, pues observé que aún entre la más bárbara, como es la anteriormente descrita de la Necrópolis del Castro megalítico, encuentro que algunos objetos están puli-

MONTUENGA



Necrópolis del Sabinar.

dos y brillantes en su parte interior, lo que no se podría conseguir entonces sino frotándolos, cuando estaban medio secos, con una esfera fuerte muy lisa; y yo todas las bolas que hallé, ó me llamaron la atención, eran calcáreas, durísimas como guijarros, tan pulidísimas, que parecían acusar el mucho roce. Pero atendiendo al nuevo y moderno estudio que sobre esos objetos ha publicado el sabio explorador y gran arqueólogo Mr. Gustave Chauvet, ya precisa fijarse en los hallazgos de esta clase, á los que no se dió importancia en nuestro país, creyéndolos generalmente piedras de honda, con lo que yo no estuve conforme respecto á las muy regulares y alisadas, por serlo, que no habían de emplear tan gran trabajo para arrojarle si no conseguía el ataque mayor ventaja.

Sobre estas piedras ya señaladas al estudio por el abate Audierne en 1851 con las descubiertas en yacimientos de Périgord, como las de M. Trémeau de Rochebrune en 1866, llamó la atención en 1870 Mr. Chauvet con la hallada por él en la gruta de Gavechou, y desde entonces fueron observadas y discutidas. Así, resumiendo, nos dice que por considerarlas piedras de honda se han decidido Mr. Ed. Fleury y el abate Parat respecto á varias y á otras, por bolas de juego Mr. Rochebrune y por piedras de caza, es decir, envueltas en piel y unidas á una cuerda, que se lanzaban contra la presa para que la bola hiciese arrollarse á una de las patas ó cuello del animal, ó aun del hombre enemigo, y así sujetarle y rendirle. Esta última cazadora suposición parece muy razonable y tiene notables defensores, como Mortillet, Pommerol, Lièvre, Delot y Cartailhac por las halladas en algunas grutas y el último para las piezas españolas: apoyándose más en esta clasificación desde el hallazgo de Mr. Henri Martín en La Quina de un esferoide calcáreo roto en dos pedazos y que se encontró con ambos juntos, lo que hizo pensar á Mortillet en que el hallarse de tal modo fué por haberse enterrado envuelto en una piel ó en cualquier clase de tejido. Pero cuantas bolas á que se refieren los sabios arqueólogos se hallan en estaciones y yacimientos del cuaternario medio, cuando aún distaba inmensamente de la invención de la cerámica, y las muchas bolas que yo hallé siempre salieron con aquélla reunidas.

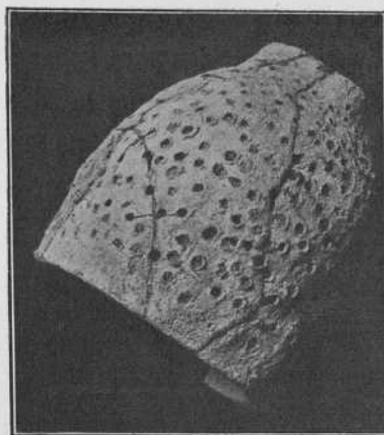
Quedando yo en la idea de que se emplearon para diferentes usos, que sin excluir el guerrero y cazador y aún el de juego llegara también á pulidor de la cerámica entre aquellas gentes tan dadas á pulimentar, que lo hacían de todas sus armas en durísimas piedras, y sus adornos en hueso.

He dejado para lo último, por lo más curioso, el hallazgo de un objeto cuyo uso es difícil precisar, refiriéndome á una especie de vaso cónico, rudísimo, que tiene abiertos ambos extremos y todo él atravesado por agujeritos tan toscamente clavados con un punzón cuando la masa estaba tierna, que si dejan con gran resalto al interior los hoyos, al empuje del palillo con que se taladraran, también al retirarle atrajo la arcilla, produciendo rebabas y demostrando la tosquedad del objeto con la torpeza del fabricante. El cacharro no fué torneado, pero sí mal cocido á fuego libre: su altura es de 0,12 m., su diámetro máximo de 0,10 m. en la boca inferior, y en la otra opuesta 0,05 m. Para dar mejor idea publico su fotografía. Ofrece el aspecto de un

rudimentario colador, y por tal le tuviera, como así lo juzgó Schliemann, el célebre arqueólogo explorador de Troya, al encontrar un trozo de vaso parecido, explicando que sirviera para formar una especie de cuajada, facilitando que el agua de la leche se deslizase por los agujeritos; y aún Schliemann añade y publica otro grabado en su espléndida obra *Mycènes* de un pequeñísimo fragmento de cerámica con agujeros, pero infinitamente mejor taladrados que halló en la necrópolis, y

gran importancia por lo curioso le concede cuando lo inserta entre los sorprendentes tesoros de sus doctas exploraciones; por de un vaso colador también le explica, y englobándole con los objetos que le acompañaron cálculales de antigüedad unos mil quinientos años antes de Jesucristo. Nada más moderno gradúo al mío, y éste sube de valer arqueo-

MONTUENGA



Necrópolis del Sabinar.

lógico al ser casi completo, y por su disposición y forma rarísima, sin fondo, pues, al contrario, tiene dos bocas, lo cual obliga á buscarle otro servicio, y como se sacó con la cerámica ya antes explicada y en una necrópolis de incineración de las más primitivas, y habiendo hallado un fragmento semejante en la ya descrita del Castro megalítico, me ocurre si esta tribu ibérica se habría originado de la que habitó desde más antigua fecha en el castillo antes citado, y tales gentes fueran rama desprendida ó alargada desde las montañas del Maestrazgo, de aquel pueblo de los más bárbaros y feroces, los agrestes Beribraces, que el poeta Rufo Festo Avieno descubrió al internar su descripción en Iberia frente á Vinaroz y Peñíscola por las montañas de Peñagolosa, Morella y Mosqueruela, y á los cuales llamándolos Estephano Bebrices los colocó junto á los iberos. Aquel célebre poeta geográfico nos da curiosas noticias de estos montaraces en sus versos desde el 485 al 489, presentándolos tan bárbaros como antes dije, y alimentándose de leche y sobre todo de quesos. Para la fabricación de los últimos únicamente pudo servir el cacharro que he detallado, y por tal circunstancia me alargué á estos recuerdos para llegar á alguna posible explicación.

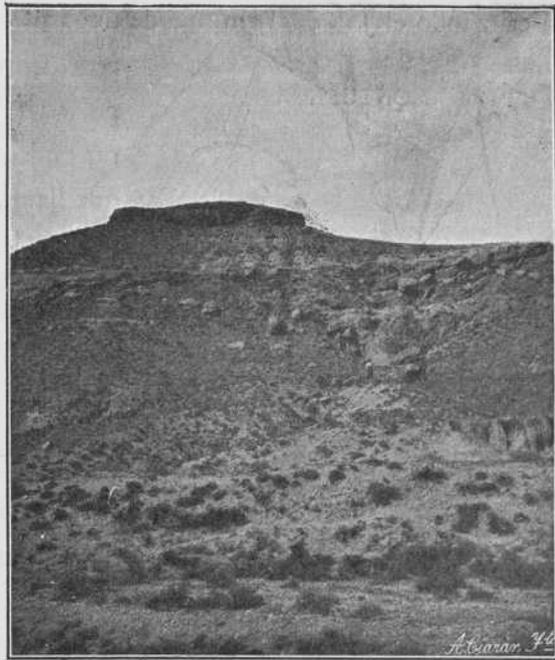
La necrópolis que he descrito pertenece al término municipal de Montuenga (provincia de Soria), y se halla algo distante, pero al frente del kilómetro 176 en la carretera de Madrid á Zaragoza.

POBLADO IBÉRICO DE MIRABUENO

Hallada la anterior necrópolis, es indudable que cerca se situaría el poblado á que correspondió, y fácilmente le encontré en el kilómetro 174, en la falda de otro monte también muy elevado y á cuyo sitio se denomina en el país Mirabueno, y aun allí es muy corriente asegurar que la aldea llegó á época no lejana de nosotros, y cierta resulta ser la tradición, pues hallé en la explanada algunos trozos de muro, de aparejo no muy antiguo y bastantes restos de loza árabe, pero documentos que certifiquen ó hablen de tal pueblo, no logré alguno.

Habiendo excavado en diferentes puntos de la cuesta, se descubrieron rastros de primitivas construcciones y no pocos fragmentos de cerámica ibérica muy ruda,

MONTUENGA



Mirabueno.

tanto definiendo su antigüedad como la pobreza de la tribu. No tuve tiempo de hacer más amplias y profundas excavaciones, que no dudo dieran resultado, pues si cito tal estación es para complementar la precedente y también para que no quede sin recuerdo el único hallazgo de pintura rupestre que he conseguido hasta ahora en aquel país.

Al frente de esta sección publico una vista, no tanto para que se conozca el emplazamiento de Mirabueno, sino para señalar el banco de arenisca que corona el monte y advertir que, en su fachada derecha, hay el indispensable ó como reglamentado paleolítico programa artístico, de que á toda pintura rupestre la proteja otro banco de roca más saliente, especie de alerón, que evite la lluvia y el roce de las denudaciones superiores. Eso acontece allí, y bajo ese natural y agreste pabellón, aún no borraron por completo los muchísimos siglos una pintura al ocre negro, que parece representar un hombre y una mujer en una barca cruzando el Jalón, al empuje de unos palos que se hincan en tierra,

MONTUENGA



Pintura rupestre
en el Peñón de Mirabueno

precursores de los remos. La barca, por su representada excesiva largura, pudo ser un ahuecado tronco, al que llamaban *monogila*, según refiere Estrabón, tratando de las costumbres de los primitivos pobladores de la Iberia, de navegar y aun para el cruce de los ríos, como en el caso á que aludo sucediera.

Sólo como noticia curiosa escribí este párrafo, y lo termino con su representación gráfica.

*
* *
*

En el kilómetro 174 descubrí un alfar romano, desenterrando de él multitud de trozos cerámicos, que por las bocas, asas y formas revelan pertenecer á los últimos tiempos del Imperio.

NECRÓPOLIS DEL VADO DE LA LÁMPARA Ó EL MOLINO DE BENJAMÍN

Casi en los límites del término de Montuenga con el de Santa María de Huerta, y frente al kilómetro 174 de la carretera siempre citada, pero algo distante de ella y al opuesto lado de la Vega del Jalón, se halla el molino del nombre de su dueño D. Benjamín Miguel Tarodo, persona tan simpática como aficionada á estas rebuscas arqueológicas por los contornos de su pueblo.

A muy pocos pasos del molino baja el monte frontero hasta la vega, que se abre allí como ancha ensenada para alcanzar á la villa de Montuenga, sobre la que enseñóranse las románticas ruinas de vetusto castillo, ya sólo habitado por las sombras de sus consejas.

En el último declive del monte se abrió desde muy antiguo la acequia de riego, y el pasar del agua á un metro de la necrópolis que voy á describir, es causa de que su mobiliario resulte tan descompuesto como destruído.

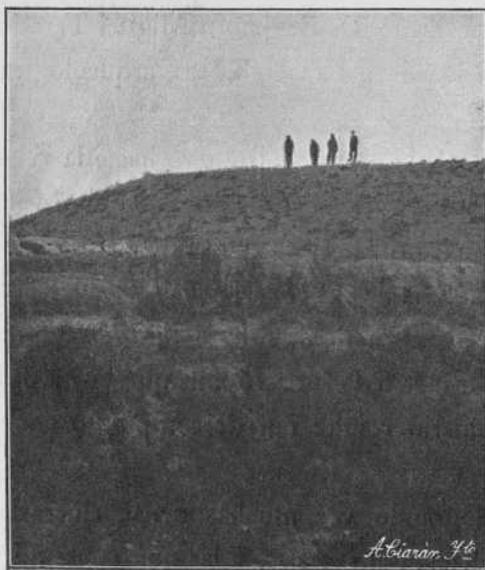
Larga excavación dispuse, logrando ver muchas urnas cinerarias enteras, pero que las más se deshacían al sacarlas, y las que conseguí y poseo, son de cerámica lisa, muy delgada, gris, de boca tan ancha como el círculo mayor de su cuerpo, que disminuye hasta el asiento, formando un cono truncado é invertido, con altura de unos 0,30 m. Suelen tener dos, tres y aun cuatro asas muy pequeñas en el borde superior; dentro de las urnas encontré cenizas mezcladas con tierra, pequeñas

esquirlas de huesos medio quemados; algunos brazaletes de bronce en aros no gruesos y lisos; fíbulas en pequeños trozos, y aun más reducidos los de infinitas planchuelas de bronce; minúsculas cuentas de collares, que deberían alternar con muchos colgantes abalaustrados, siendo su ondulada forma la única ornamentación de todo el mobiliario de bronce, al que han de añadirse varias puntas de *flagrum* contra los esclavos.

En dos urnas hallé el ya conocido pequeño disco plano de barro con agujero en su centro: llámenle fusaïola ó peso de red, yo más le tendría por amuleto al resultar único en cada urna, siendo tan pobre su materia al lado de objetos de bronce.

Aquéllas aparecen soterradas en fila á distancia como de un metro. Debieron colocarse en una zanja, y se las cubrió con numerosas piedras

MONTUENGA



Molino de Benjamín.

de no gran tamaño, cenizas y tierra, todo lo cual aparece abrasado, y así deja comprender el gran fuego que debió hacerse en aquel especie de *Ustrinum*. Existen varias ringleras de tales enterramientos.

Entre sepultura y sepultura hallo bastantes puntas de lanza en hierro tan corroído que apenas si tres he logrado reconstituir, aunque á casi todas enteras se las vió en la zanja, fuertes anillas y medio bocado para caballo de la forma primitiva en el mismo metal.

Muchos trozos de cerámica como los de las urnas se descubren esparcidos, ninguno de aspecto romano, y solamente recogí uno evidentemente celtíbero por su orla de rayas rojas onduladas perpendiculares

á las dos en círculo que debieron rodear la vasija. Por todo lo cual y por las formas de las corroídas armas de hierro y fíbulas de bronce, como las de las urnas cinerarias, debe corresponder esta necrópolis á la férrea edad Hallstania.

Cortos pasos separan á la anterior de otra en la gravera que sedimentó la cumbre del mismo monte, pero en nada resultan semejantes, pues en la última sólo se hallan cadáveres enterrados en los guijos, con los esqueletos en extensión, y presentando algunos la conocida rareza, aún misteriosa, de tener en los cráneos hincado un clavo de hierro, y éste de forma extraña, pues su cabeza no es sino un doblez de la barrilla en ángulo recto.

En otros puntos del país me dijeron haberse hallado cosa parecida, y tal vez á ellos se refiriera el curioso descubrimiento que en el Boletín de esta Academia describió el erudito D. Román Andrés de la Pastora, notable arqueólogo é investigador en Sigüenza, sin llegar á resolver nada sobre la representación de estos clavos, y así continúa la incógnita entre los sospechados de tortura en Carmona, y los que significasen poder ó cualidades del difunto, como el punzón de cobre con ruda cadenilla que atravesó el cráneo neolítico de Vilars en Gerona; pero sobre hechos tan singulares como inexplicados es de toda enseñanza el admirable informe que en el mismo Boletín, cuaderno iv del tomo xxxi publicó el sabio antropólogo D. Federico Olóriz.

LA ATALAYA CELTÍBERA DE VALLUNQUER

Sobre Vallunquer, al otro lado de la cañada Hermosa, y, por lo tanto, frontero á Arcóbriga, se eleva un monte bastante más alto, y en cuya no extensa planicie se ven algunos cimientos, manifestando haber sido una torre celtibérica que sirviese de guía á la ciudad, pues descubre mucho terreno, y, sobre todo, la curva con que la vega del Jalón da entrada á la del Nágima, que ya dije fué ésta y es el mejor camino para Numancia, Clunia y Uxama, la aliada de Arcóbriga, según lo proclaman sus argaelenses monedas ibéricas.

No hubo en tal monte más que una torre, sino también algunas pequeñas y antiquísimas construcciones que indican viviendas de las familias servidoras de aquella atalaya, ó á ellas acogidas; y en sus emplazamientos hallé muchísimos trozos de cerámica sencilla celtibérica, circundada por rayas rojas, con exclusión completa de restos romanos. Hoy aún permanecen en tal altura los muros de una deshecha ermita, dedicada á San Pedro en el siglo xvii.

LA CUEVA DE LAS CAZOLETAS

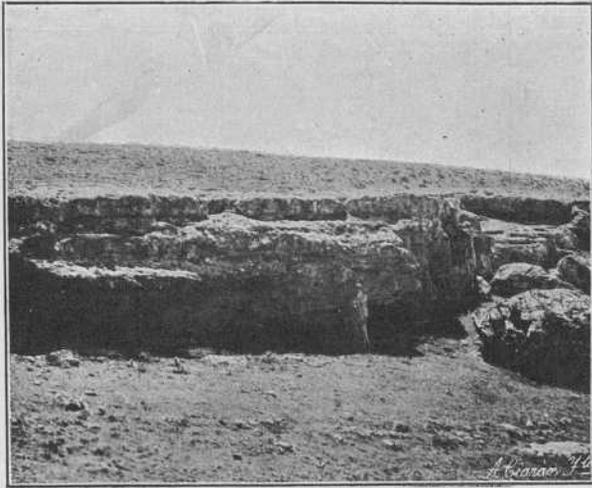
En la bajada de estos montes para ir á Arcóbriga se halla una cueva poco profunda formada por grandes peñones, y en el espacio central interior, y como en preparada y extensa hornacina, se descubren grabados en el banco de

arena, multitud de signos cupuliformes que entiendo ser de los más característicos. Hay muchas cazoletas de diversos tamaños, y en la mayor y central de esta indescifrada composición se descubren perfectamente bastantes líneas radiadas desde el centro á la circunferencia, que por repetirse esto en

otras más pequeñas da alguna idea de si este compuesto simbolismo lo fuere sideral.

Hállanse allí cuantas combinaciones enumeran los muchos autores de todos los países que estudiaron estos jeroglíficos: cazoletas aisladas y

MONREAL DE ARIZA



Cueva de las cazoletas.

unidas por rayas, signos como los de nuestra puntuación, líneas horizontales con otras que las alcanzan ó cruzan verticalmente, y ya junto al suelo, como fórmula de estos misteriosos emblemas, parecióme descubrir rayas produciendo diferentes ángulos que aspirasen á un carácter alfabético, sintiendo que por lo poco marcadas de estas últimas no las alcance á detallar la fotografía que para su leve idea publico.

No sólo porque de esta representación hemisférica en el centro de España hay tan escasísimos hallazgos y entiendo convenir señalar cuantos se descubran, sino por creer á los aquí descritos de los más singulares, y por si tal vez pudiesen fijar su emblema me animo á dedicarles estos cortos renglones.

MONREAL DE ARIZA



Piedra de las cazoletas.

No sé de otras cazoletas que figuren astros por las líneas que desde el centro parten á la circunferencia en múltiples radios, y como hay una sola cazoleta muy superior en tamaño á las otras y la más radial, pudiese considerársela la luna, hallando para esta atribución el detalle

verdaderamente determinativo de que los rayos son interiores, como la luz de su diosa Eaco aparecía á los iberos cerrando siempre aquélla sus resplandores con recortado círculo, lo que no ocurre al sol. Los diversos tamaños de las otras muchas cazoletas dibujarían el cielo, como le contemplaran en ocasión solemne los emigrantes de la Iberia Oriental (Georgia) acampados en la ribera del Alto Jalón.

Lástima que esta fotografía sacada en mala ocasión no pueda dar ni idea del curiosísimo aparato cupuliforme de la peña y menos de los detalles que expliqué.

No es que yo piense hayan de ser representaciones siderales todos los grupos hemisféricos labrados sobre las peñas, jeroglíficos que con tan noble alarde de sabiduría intentó descifrar el coronel Rivett-Carnac, pues á aquéllo tanto se oponen la distribución geométrica de la mayor parte de las cazoletas que descubrió en la India, como las de Cúmaon y Nagpur; ya las que describe de Extremadura en Abertura el docto Roso de Luna, y las que éste mismo publica con cierto orden numeral de Miajadas y bastantes piedras de tan notable estación con las cazoletas del mismo tamaño, lo que ocurre en la de Invernesshire, y menos pueden representar al cielo cuando se reducen á una cazoleta, como la regia y fantaseada de Scone bajo el trono de Inglaterra, ó ya cuando son todas idénticas é infinitas, dando en ornamentales, como las maltesas en el enorme, complicado y tan rudo como antiquísimo templo fúnebre de Mnaidra; ni aquellas tres por demás grandes y profundas que aparecen recargadas de lúgubres leyendas en Gavrinis, como si á tal isla se recogiesen todos los misterios que cantaban ó lloraron las olas del céltico mar de la Bretaña. Y ya que estamos entre los sortilegios druídicos del sagrado *Gui*, no debo olvidar otra piedra de cazoletas, la silla de la Bruja en Longh-Crevy, en Irlanda, ya también porque me parece de representación más sideral, pues sus múltiples hoyos cupuliformes son de diferentes tamaños, y hasta uno muestra tres líneas radiales exteriores, todo lo cual se combina con círculos que insertan otros concéntricos, ó solamente puntos, y hay diversas rayas quebrándose en ángulos como si fuesen resplandores; destacándose á otro extremo línea ligera-

mente curva á la que caen perpendicularmente varias más cortas y desiguales, pero casi paralelas, que pudieran ser el enlace del simbolismo hemisférico con el adelanto del alfabeto ógmico ú ogámico, como en la piedra hallada en Sajonia por el doctor Brecht, y leída ó mejor descifrada por Macalister. Concretándonos á España muchas y muy notables son las piedras con cazoletas que se hallaron, y cada día más se descubren, ya en Extremadura, como dijimos, y en Galicia, según su célebre historiador Murguía, con los trabajos de Maciñeira, Prado, Villa-Amil y las tan curiosas halladas en Numancia por el Sr. Catalina García y las muchas que en la provincia de Teruel descubrió el Sr. Cabré, como los siempre eminentes trabajos del sabio arqueólogo Leite de Vasconcellos para Portugal.

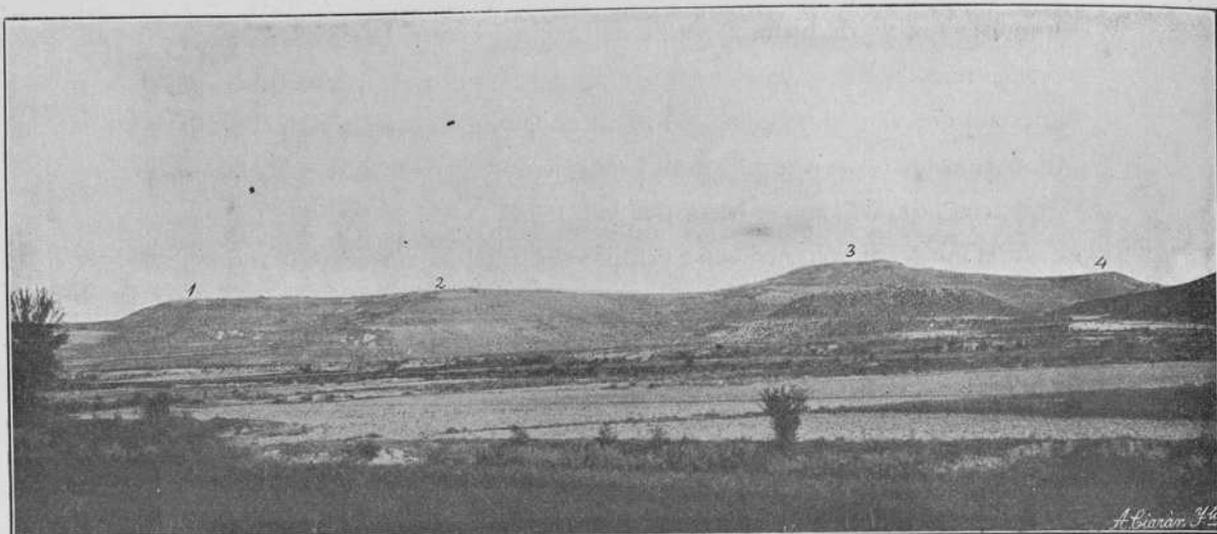
Pero no deben alargarse estos apuntes de signos cupuliformes, pues sobre ellos tanto hasta el día va estudiado como escrito, que para admirarlo basta con leer su numerosísima bibliografía en el notable informe que el sabio académico R. P. Fidel Fita publicó en nuestro Boletín.

Resumo mis indicaciones en la creencia de que todos los primitivos pueblos concordaron, como es natural, en la elaboración y forma espontáneas de las armas y útiles indispensables, mejor que necesarios, como en los procedimientos alboreadores del arte, y no había de sustraerse á tal regla la más subjetiva, la figuración de la idea. El hombre primitivo, al apoyar y remover sus inseparables palo ó arma sobre una peña en la que algo se detiene, esperando en lugar escogido, ahonda un hoyo que puntualiza un recuerdo ó una advertencia, originando la gráfica de la idea; como el hoyo que imprimen las yemas de los dedos sobre la blanda arcilla inventó las ornamentaciones de la cerámica, y el pedazo de ocre rodado por las lluvias sobre la blanca plataforma caliza de la caverna, descubrió al salvaje troglodita los encantos de la pintura, que si la lleva hasta las admirables rupestres paleolíticas, otros hombres la extendieron hasta el horror de que con los mismos ocre pintarrajeasen los descarnados esqueletos de sus personas más queridas.

Pensando, pues, que el punto representase un signo, es evidente que la escritura hemisférica, si lo fué, expresó en cada piedra un pensamien-

to diferente, pero tan reducidos como sus ideas, ya de límite, ya de numeración, ya de historia, ya de desgracia, ya de triunfo, ya de muerte: las más de las veces el innato afán del hombre de perpetuarse por el recuerdo, vanagloriándose de un hecho, y ¿cómo fecharle? Los días todos son iguales, ó lo más desiguales; siempre sale el sol y se pone por idénticos puntos, aunque corre por la inmensa variación de las nubes ó las diafanidades: sólo la noche cambia reglamentadamente su divino y maravilloso manto, que suspende Dios desde el cielo por los chatones fulgurantes de sus estrellas de oro: procurar copiarle una determinada noche les fuere sugestión para perpetuar un recuerdo: ¿así pudiere interpretarse la piedra de las cazoletas junto á Arcóbriga?, ¿sería así la primera noche que cobijó á los iberos, al asentarse en aquel punto de la feraz vega donde la enamorada corriente del Nágima se reclina en los robustos brazos del Alto Jalón?

MONREAL DE ARIZA



Vista Noroeste de Arcóbriga.

Del 1 al 2, ciudad civil.—Del 2 al 3, la Patricia.—Del 3 al 4, la Acrópolis.

1, primer baluarte Norte.—2, torre sobre la segunda entrada.—3, gran muro de la Acrópolis.—4, castillo montano.

ARCÓBRIGA ?

Di los primeros pasos de este discurso por un tenebroso camino, que de tal sólo tenía el nombre, y pretendiendo yo asentar con alguna firmeza la planta, y distinguir entre las sombras puntos salientes, que, hermanándose, me tejieran nuevo hilo conductor para guiarme á clara salida, como el mitológico de la hija de Minos; así á tientas, con la práctica de los parajes; al relampaguear de no pocos hechos; por las cuestas abajo de las inducciones, y siempre apoyándome en el báculo de la historia, pretendí caminar sin grandes tropiezos por la senda, aun hoy ideal, que tracé á la vía romana de Segontia á Arcóbriga; pero vi con sorpresa que me alejaba bastante de Arcos de Medinaceli, y temiendo

perder la segura ruta, fuíme á esta villa, recorrí su actual emplazamiento y sus contornos, escudriñando con redoblado afán su inmediato monte denominado de las Viñas, en el cual se sostuvo, y aun prosigue la idea de haberse asentado Arcóbriga, pero sin conseguir de sus cuevas y sus explanadas ni el menor resto de cerámica antigua, ni el más leve indicio de muros que constituyesen los fundamentos de un poblado que, durante la dominación romana, mereciese la importancia de Mansión itineraria militar, adquiriendo la convicción ocular como de estudio y reflexión, de que Arcóbriga no estuvo en Arcos. Es evidente que siempre se ha sostenido lo contrario á mi afirmación, pero veamos los apoyos deleznable de este fantástico monumento, al que ya apliqué redoblados golpes, pareciéndome le tambaleaban cuando formulé suficientes reparos á la Vía romana en el repetido trayecto.

Tal atribución ha nacido de publicar Ambrosio de Morales una lápida, que dijeron hallada en Arcos, y de la que tan gran sabio hizo la siguiente traducción: «Los habitantes antiguos y modernos del municipio Arcobricense levantaron una estatua en la plaza á Publio Sextio, hijo de Publio Sextio, que merecía esto y mucho más de este pueblo por haber negociado y alcanzado con el emperador Nerva Trajano, César Augusto, para este municipio, donde Sextio era natural, y para toda la tierra, franquicia de pechos y tributos por cinco años.» Copióla Cean Bermúdez en su notable *Sumario de las Antigüedades romanas*, con el aditamento de que Arcos *mantiene los vestigios de su antigua población*. Si tan seguro como esto resultase el hallazgo allí de la trascrita lápida, no tuviese necesidad de aducir más pruebas en su contra; pero aun dejando en improbable el encuentro, y siempre negándome á lo de tales vestigios, no es razón indiscutible aquél para evidenciar la determinación de un pueblo. Así el mismo Cean se equivoca al pretender fijar en la villa de Pruna la astigitana Callet, por hallarse allí la lápida de ésta con dedicación á Trajano y Cean bien reconoce que se trasladó de Constantina á Alanis otra inscripción con dedicatoria de estatua, y de tal cambio se vale para fijar á Iporci en el último punto. Así Morales puso á Lancia en Oviedo, por la inscripción de San Miguel de

Naranco, y la preciosa del municipio Ipscense á la sacerdotisa Licinia, bien supo que se halló en Castro del Río, á una legua de su verdadero asiento; como la de Maxilva en Valdepeñas, la de Acinippo en Setenil, y, alargándose infinitamente, la de Segóbriga en Narbona, y hasta la dedicada á la hermosa fuente de la celtíbera Sermo, aseguró Traggia haberse hallado en Roma; y aun de la aliada de Arcóbriga, la también arévaca Uxama, tres inscripciones suyas hállanse en lugares muy distanciados de ella. Interminable fuera la enumeración de lápidas geográficas, que, desde muy antiguo, se trasladaron del punto donde se erigieron tales monumentos; que siempre fué atractivo y hasta beneficioso para los aldeanos recoger y utilizar mármoles y losas labradas en países donde el arte de la cantería es tan difícil como de estimación. De la misma Arcóbriga conozco tazas de fuentes y aun sillares en pueblos comarcanos. Pero aún hay más, pues bien sabido es, y Estrabón lo indica, cómo las antiguas ciudades matrices abarcaban extensísimos términos, cuyos ópidos, vicos y castillos tuvieron un nombre común, como, entre infinitos, los Arévacos, los Cluniacenses, Uxamenses y los mismos Arcobricenses, y desde que se entraba en su término, por el nombre de la capital se titulaba. Para que Arcos lograra el privilegio imperial que se menciona en la lápida, y ser nada menos que Mansión militar, fué preciso que la urbe reuniese las condiciones que determinan Plinio, y, sobre todo, Flavio Vegecio en su *De re militari*, exigiendo tuviese grandes murallas ó robustas fortificaciones naturales, que á las legiones pusieran á cubierto de cualquier sorpresa, condiciones indispensables á la Mansión, de que carece en absoluto Arcos, mientras que le sobran con exceso á la Arcóbriga que yo pretendo haber desenterrado, pues los inmensos y quebradísimos montes que se escalonan hasta Medinaceli desde Arcos, le exponían á fáciles sorpresas, primer temor que rehuían las Mansiones.

Aun pudiera objetarse que en la remota antigüedad celtíbera y romana hubieran existido dos ciudades fuertes, una en Arcos y la otra que yo indico. Lo de haber sido de fortaleza Arcos, queda ya negado rotundamente; y, además, dos pueblos de importancia, tan inmediatos,

no fué costumbre; que esta razón de proximidad la encontraba decisiva el P. Henao en sus *Averiguaciones de las Antigüedades de la Cantabria*, para negar la existencia de la ciudad Cantabria Civitas, que presumió el P. Flórez, y que aún oponiéndose Moret, no llegaba á tanto el gran historiador Ocampo, pues de colocarla en un monte inmediato á Logroño, resultarían muy inmediatas dos ciudades fuertes y populosas, detalle que ya dije vale al P. Henao para negar la existencia de aquélla. Y no olvido á la *Diospolis* ya *Emporiæ*, ya *Didgma*, ya la *Colenda* de Mario, pues sus circunstancias refuerzan mi argumento; que no le destruyen ni las fantásticas trescientas ciudades celtíberas, que casi en burla refiere Polibio haber sujetado Tiberio Graco, ni las cuatrocientas que el sanguinario Catón se vanagloriaba de haber destruído, pues ya Estrabón detalla las diferentes clases de hasta míseros poblados que los conquistadores, para más honorarse llamaron ciudades.

Las ningunas fortaleza y posición militar de Arcos, bien se comprueban por no haber edificado allí los Medinaceli, en la Edad Media, sino un torreón en pequeño castillo, cuando en aquél su inmenso y señorial Ducado construyeron muchos y poderosos.

Mas si á pesar de todas estas observaciones se insistiera en emplazar á Arcóbriga en Arcos por la prueba de la lápida que publicó Morales, daremos por última y decisiva razón en contra la de que Hübner, con su indiscutible autoridad, la incluye entre las falsas ó dudosas en su Apéndice al tomo II de su monumental obra *Corpus inscriptionum latinarum*, volumen II.

Al comienzo de este discurso, ocupándome en el trozo de la Vía romana de *Segontia* á *Aquæ Bilbitanorum*, hice muchos otros razonamientos que refuerzan los anteriores, y atento á todo ello y á no pocas más razones, me decidí á considerar Arcóbriga á la fortísima y militar ciudad que descubrí en un monte llamado Villar, perteneciente al término municipal de Ariza, partido judicial de Ateca, en la provincia de Zaragoza. Hállase sobre la vega del Jalón, como avanzada península que, casi por el Norte, da frente á aquélla; por el Este á la gran cañada que denominan Hermosa; por el Oeste á la de Poyatos ó Mari-

taja, y por el Sur la aisla el foso ibérico que socavaron entre la estribación de su monte y el que va subiendo hasta gran altura con denominación de Gonzalo.

Hállase Arcóbriga frente al Castro megalítico que ya describí, y al kilómetro 185 de la carretera de Madrid á Zaragoza.

La situación es tan estratégica como militarmente escogida: en la vega que abrió camino á las ciudades más fuertes arévacas; en el punto de confluencia del Jalón con el río Nágima, que conduce por la mejor y más fácil ruta á la épica Numancia y á Uxama, la aliada oficial de Arcóbriga.

En país sano, fértil, rodeado hasta hace poco de abundantísimas leñas, de aguas corrientes por todos lados, en prominente altura, con muy amplia extensión y rodeada de robustísimas, dobles y aun, por varios sitios, triples murallas, reunía con exceso todas las condiciones que Vegecio asegura eran precisas á las Mansiones itinerarias; y Arcóbriga lo fué con el número veinticuatro en el camino de *Emérita á Augusta*, y con el diez en otro ramal desde los mismos comienzo y fin, pasando por *Toletum*, según el Itinerario de Antonino Caracalla.

Plinio Secundo enumera á Arcóbriga entre las ciudades del Convento Cesaraugustano, colocándola entre las estipendiarias; como Ptolomeo entre las celtíberas del Oriente Estival á los grados 13,20 de longitud y 41,40 de latitud, todo lo cual concuerda con mi descubierta Arcóbriga, á la que el Ravenate llama Arcóbrica.

Desde el comienzo en la descripción de esta ciudad he debido advertir que al monte Villar llamo y en este discurso llamaré Arcóbriga, como manifestando mis creencias por tantas y aun tan infinitas consideraciones que tengo por reflexivas y autorizadas, pero sin pretender afirmarlo rotunda y menos tenazmente, pues aún no logré en mis ya extensas excavaciones sacar á luz prueba que evidencie mis sospechas ó que las destruya, quién sabe si para apadrinar otro nombre, que no son pocos los de ciudades celtíberas sin aún fijo ni siquiera sospechado asiento; así el concienzudo investigador Mariana dice que *averiguar la historia de los lugares no es menos dificultad que la de los hechos*. Dejo,

pues, advertido que al leer en este discurso Arcóbriga póngasele siempre una interrogación; pero también repito que ésta, para mí al menos, me la suprimen mis convicciones, y no por ese amor entusiasta que se despierta hacia todo lo que uno descubre, sentimiento bien natural que tan admirablemente explica Estrabón, diciendo: «grande es el placer del alma cuando después de muchos siglos logra uno descubrir restos de famosas ciudades que desaparecieron hasta el olvido, y hallamos entre sus ruinas los sepulcros y cenizas de sus claros varones».

De este gran placer verdaderamente he gozado, y persisto en tanta satisfacción con el solo recuerdo de aquel día en que recorriendo á caballo los montes en rebusca de la romana vía militar di sobre uno, cuyas extendidas explanadas hallé las salpicaron infinitos trozos de cerámica evidentemente romana muchos, y tal vez los más de los típicos celtibéricos; no menor número aún de piedras ennegrecidas por la vetustez, y en tan diversos tamaños y formas, dificultaban el paso, ó cubren ahora las ásperas laderas como inmensas cascadas que despeñase un infernal cataclismo. De tanto en tanto con repetido asomo sobre el entomillado suelo parecían pugnar otras, aún soterradas, por advertir al caminante que bajo la tierra se hermanaban con algunas, y muchas y tantas que constituían muros y ángulos, y viviendas y hasta palacios, pero siempre apareciendo preferir entrelazarse para formar torres, baluartes y murallas, como cuerpo gigante y grandioso de un alma militar. Nadie hasta que yo llegué, le vi y le he descubierto, paró mientes en tal monte por tales señales, nadie habló de semejante ciudad, pero todos los sabios historiadores y geógrafos hablaron de ella, si resultase ser Arcóbriga.

Muy de extrañar es el absoluto silencio sobre estas ruinas aún para mí que estudiando el aldeaño célebre monasterio cisterciense de Santa María de Huerta rebusqué y he publicado los muchos antecedentes y conmovedora historia de aquellos pleitos centenarios y aquellas enconadas sangrientas persecuciones con que los señores feudales de Monreal y Ariza acometieron á los monjes por la propiedad de aquellas cañadas, sin que en los siglos del xv al xvii se nombre ni indique jamás la

existencia del poblado ni de ruinas en el monte, que por nombrarse Villar anuncia todo esto. Desde el primer instante comprendí que en esa altura existió una ciudad, más y más asegurándome al recorrer todo su extenso espacio, y decidiéndome á esclarecerlo emprendí las excavaciones que ya cuentan dos campañas, consiguiendo exponer á la pública contemplación cómo allí de un mísero castro ibérico se desarrolló una gran ciudad celtíbera que prosiguió romana, hasta que en el siglo v los salvajes alanos la encuentran al medio de su marcha devastadora, y envidiosos de su hermosura truecan aquel paraíso en el infierno de sus maldades, avivando los fuegos con cuanto alcanzaron sus fuerzas, sin que á la inmensa y destructora hoguera pudieran apagar los torrentes de sangre que los bárbaros invasores desbordaron en las segadas gargantas de los vencidos arcobricenses.

Esta ciudad ya dije que se emplazó en alto monte ocupándole por entero, pues construído y poblado estuvo todo él, ya en las cuestas, ya en las hondonadas, ya en las cumbres. Así, por cuantos son sus espacios puse al descubierto variadas edificaciones, aunque muchas se reduzcan á cimientos, y el todo desenterrado de espesa y general capa de cenizas, y un nivelador manto de tierra, sin duda ésta proviniendo de los *paries formacei* de Plinio, pues de tapiales fueran los muros del mayor número de casas que destechó el fuego y los muchos siglos, derrumbándoles los desmoronaron, y los aires y lluvias extendieron.

Para indicación publico una vista del monte con varias noticias al pie, ampliándolas ahora diciendo que por la hondonada comprendida entre los números 1 y 2 se halla el segundo ingreso á la ciudad, defendido por una torre á cada lado en los avances del cerro. Entre el 2 y el 3, en la ancha cavidad que se advierte, estuvo el gran aljibe alimentado por las aguas llovedizas que conducen robustísimos encañados de piedra, ya hoy descubiertos.

Con excepción de la mitad del lado Este, por el que el monte estuvo naturalmente cortado á tajo, en los demás vientos le defienden dobles murallas, una de ella robustísima, de tres metros de espesor por varios puntos de la que corre la parte baja; y la otra menos gruesa circunva-

lando toda la altura hasta por el lado Este. Hay algunos trozos, como en la especie de ensenada donde se fija el aljibe, en que he descubierto un tercero y fuerte muro, sin duda para mejor custodia de tan indispensable y defendido depósito de una ciudad militar, lo que más determina fuese Mansión itineraria. La muralla baja mide unos 1.600 metros de longitud, y las planicies desde el número 1 al 4 llegarán al medio kilómetro, lo que produce un desarrollo de ciudad extensísimo para las de aquel tiempo. Así Tito Livio no da á Cartago Nova sino 2.500 pasos; á Numancia, Appiano, 2.000, aunque nada menos que á 3.000 la extienden Lucio Floro y Orosio. Tres entradas parece tuvo esta ciudad: una ya la dejó apuntada; otra subía por la cuesta bajo el núm. 4 y debió servir al castillo montano, y la principal se abrió al Noroeste, conservando aún muy visibles las interesantes rampas de ascenso para los carros y las máquinas de guerra. A evitar los rodeos de aquéllos construyeron unas escalas en piedra que las cortan y ya desenterré.

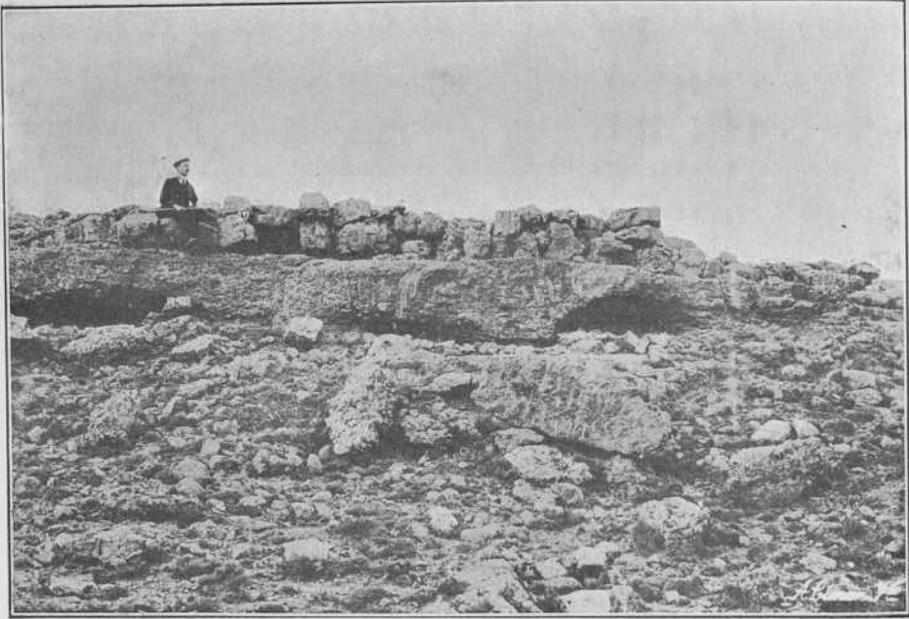
Se advierte en el grabado cómo la parte principal de Arcóbriga la constituyen tres grandes explanadas que van ascendiendo hasta la última, donde fué la Acrópolis con su término en la máxima altura para el castillo.

Corta el paso de una meseta á la siguiente fuerte muro con sus respectivas puertas, pero el que se halla en la altura del núm. 3, defendiendo la Acrópolis, es de robustez extraordinaria, pues mide de espesor unos cuatro metros, y á su comienzo en la cuesta llega á seis, lo que excede en mucho á las medidas de doce palmos asignados por Vitruvio para las murallas romanas, pero es verdad que todas las de Arcóbriga son exclusivamente celtíberas, de bárbara construcción, sin esmero en horizontalizar las hiladas, ni cuidarse de las trabazones, pues las juntas de las piedras suelen caer perpendiculares. Por muchos puntos va en estilo *cæmenticius*, sin argamasa nunca y á lo más sentaríanse con barro. Para sola indicación se reproduce un trozo de muro sobre bancales de arenisca.

Describiendo ligeramente las mesetas diré haber hallado en la primera infinidad de casas que por sus proporciones debieron formar un modesto

poblado, en las que hacen excepción una inmediata al baluarte Norte mucho más grande, y un reducido templo con su pétrea ara de modesta cornisa. En bastantes casas se encontraron los *foci* compuestos por baldosones en el centro de las cámaras, pues no solían tener salidas de

ARCÓBRIGA



Restos de muro ibérico.

humos estos hogares tan antiguos. Varias son las calles ya descubiertas, las más con su fuerte empedrado y alguna de ellas engravada.

Cruzado el muro por ancha puerta central se pasa á segunda meseta, la única puesta en labor, y aprovechando hallarse de barbecho este año abrí grandes zanjas exploradoras que me dejaron ver infinidad de cimientos mejor contruídos y con formas más regularizadas, y los solares de proporciones superiores, por lo que me afirmé en mi primera sospecha de haber existido allí los edificios públicos el Foro, la Basílica y las Termas, corroborándome en estas últimas, el que á un extremo, donde se pudo excavar más ampliamente, encontré una pila con cuadra-

do poyo en hueco al lado y algunos trozos de ladrillos agujereados que podrán denunciar el *caldarium*.

Termina esta meseta alargándose en bancale estrecho por la derecha contorneando la hondonada del gran aljibe, y todo ello se limita al Sur por la rápida cuesta que cerrando el espacio levanta en su cumbre la robustísima muralla que ya dije y se entra en el extenso campo de la Acrópolis. Era todo él un yermo al que apenas alegraban y divertían su fúnebre aridez, el salpicar de las armadas amarillentas aliagas y las modestas blancas flores de los tomillos; pero el azadón fué desenterrando calles con su rudo empedrado, las muy gastadas pasaderas y los altos *crepidines*. Muchos son los cimientos de edificios que en ellas se alinean; y por sobresalir extraordinariamente describiré el ya hoy visible *Prætorium*. Fué este un hermoso y artístico palacio en donde residiese el gobernador y aún el propretor cuando en paz se hallaba el territorio, ó el procónsul en las infinitas ocasiones de guerra del tenaz en las luchas por su independencia y valerosísimo país de los arévacos. Éntrase al edificio, como á todos los de su época y clase, por un pasillo ó *Prothyrum*, para desembocar en el *porticus* que rodea un patio cuadrilongo en cuyo aro de sillería se ven aún las señales de las columnas que sostuvo, constituyendo ornamentado *compluvium*. Abrense á éste el *tabularium*, el *triclinium*, el *æcus*, las *cubricula*; y todo un frente del claustro da á hermosa escalinata de piedra que desciende á terrazas sucediéndose en descenso. A la derecha hay una espaciosa cámara ó *contubernia* para hospedaje de los esclavos, y al lado izquierdo existe una inmensa y profunda habitación que fuese quizá el *carnarium* donde se conservasen los comestibles. Volviendo al pasillo de ingreso se hallan á la izquierda, como fué costumbre, la cocina y la panadería, en donde aún se encontró el molino de mano. Todas las principales habitaciones estuvieron lujosamente ornamentadas, pues retiré de entre los escombros infinidad de pedazos de cornisas, capiteles y escocias artísticamente esculpidas que hacen honor al *albarius* que las modelase, así como al pintor que decoró los muros con preciosas *encarpæ*, donde las flores y las frutas se reprodujeron con delicados matices en artísticas guirnaldas, y aún hallé

un trozo en el que se figuran perfectamente la pierna y el brazo de un discobolo; hasta las habitaciones del interior ornamentadas estuvieron con el pompeyano *dealbatus*, ya en tendido color rojo, ya azul, como imitando á mármoles los zócalos.

En la escalinata existió un hermoso pórtico, encontrándose el capitel

ARCÓBRIGA



Capitel del Pretorio.

que se reproduce, y éste, como toda la decoración, corresponden al comienzo del segundo siglo.

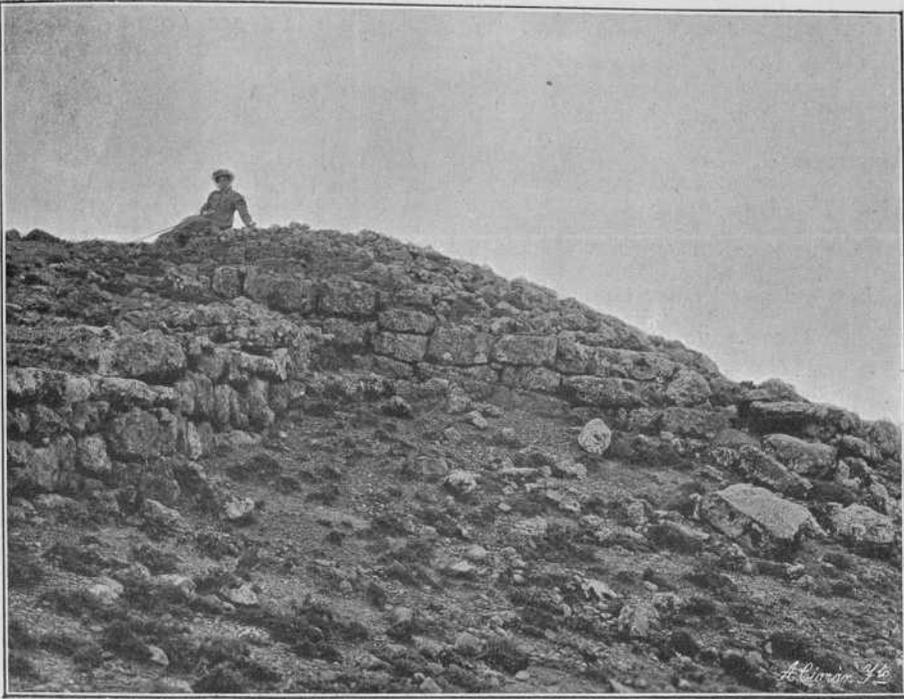
Al otro lado de la calle, y frente á la puerta de servicio en el palacio, hay espaciosa construcción, que calculo fuere la *pratoria cohors*, dándole guardia. Con la anterior calle, se cruza otra, sobre la que da fachada el edificio, y á su frente se forman otros para telares, de donde se recogieron muchos *pondere*, y á su continuación de-

bieron estar el *baphium*, ó tintorería, con la *creta fullonica*, por lo encontrado en ellos.

Termina la meseta de la *Acrópolis* en un cerrete, donde estuvo la última torre del castillo, de la cual se ven, en la fotografía, sus fundamentos y los de la muralla en que aquél se encierra, de cuya parte interior sacáronse muchas balas de catapulta, sin duda arrojadas desde un montículo frontero, que llaman de la Medrana, único punto desde donde, por hallarse á unos doscientos metros, pudiera atacarse la ciudad, pues que la catapulta alcanzaba algo más. De las balas hay algunas excepcionales, llegando á pesar veintiocho kilos, y éstas, como otras de diferentes tamaños, se figuran aquí.

Hacia el medio de la gran explanada de la *Acrópolis*, descubrí un gran muro, que aún más defiende el castillo montano, y en el centro de

ARCÓBRIGA

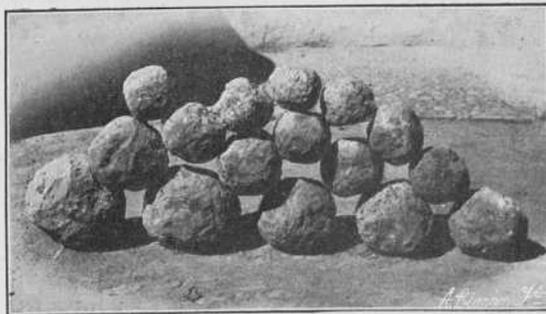


Ruinas del Castillo montano.

aquél se halla la particularidad de una enorme poterna de casi seis metros de anchura, con su piedra central para el robusto pasador que afianzase y uniera las dos hojas de la puerta, y á los tres metros de ésta se abre otra de bastante menos anchura, con que la primera sirviese para dar paso á las máquinas de guerra, y la segunda para las gentes.

La grande y profunda hondonada que existe entre la Acrópolis y la meseta de los edificios pú-

ARCÓBRIGA



Balas de catapulta.

blicos, debió reformarse algún tanto, para darla una forma de medio círculo, en el que se estableció el teatro siguiendo la costumbre griega de aprovechar la conformación del terreno para la *cavea*, como las indicaciones de las colinas circundantes para labrar en ellas, ó establecer los escalonados *gradi*. Aún se descubre todo esto bien en Arcóbriga, como los seccionados *cunei*, las descendentes *scalæ*, destacándose más el gran *præcinctum*, ó corredor que terminaba el medio círculo del teatro; quedando aún del *proscenium* el ciclópeo muro que le cimentó.

De grandes proporciones debía ser este teatro, aunque ya muy destruído por su vetustez, y hallarse tan en cuesta la parte Sur, como haber aprovechado para labores agrícolas la del Norte, en la que acarrearón las lluvias mucha tierra; pero, no por verse inmensamente más destruído el célebre de Megalópolis, se le niega haber sido uno de los más hermosos y grandes teatros de la Grecia, ni por justos los elogios que le dedica Pausanias.

Subiendo del teatro al pretorio, ya se ven á media cuesta las ruinas de un templo prostylo; forma nada común en Grecia, aunque sí en Roma, pero menos frecuente con un solo rango de columnas. Este debió tener seis enormes, de las que aún permanecen cuatro trozos de los asentados sobre los cimientos pelásgicos. Las columnas fueron de piezas ó *colurie*, pues al rodar á la vega las deshiciesen los siglos y las humedades, ó mejor, destruídas por los labradores, á quienes entorpecieran sus tierras y trabajos.

Hacia el medio de la *cella*, hay dos rústicas piedras, una sobre otra, que formarían el ara recubierta de moldeados estucos de los cuales recogí algunos fragmentos, y al pie de aquéllas descubrimos una zanja profunda, que cruza todo el templo, y de unos 0,80 m. de ancha, formando ángulo obtuso central, dividido por una piedra, y de esta arenisca se construyeron también los muros de la zanja, en la que había restos de dos esqueletos.

En el *pronaos* existe una singularidad, á la que luego volveré, tratando de otra que ofrecen las murallas, y en relación ambas curiosidades con un vaso de gran extrañeza: pero sí anticiparé que en el prominen-

te pórtico avanza por su lado derecho un fuerte muro añadido, y como continuado la fachada hasta la columna de esquina para seguir aquél por detrás de ésta y de la inmediata, volviendo desde allí á dar junto á la puerta, formando una cámara en cuadro y metida en el pórtico, lo que desgraciaría su efecto, y se advierte, como dije, ser un añadido. Dentro de esa inusitada habitación, hay arrimado al muro de la fachada del templo, un trozo de gruesa columna redonda, que no debió ser más alta y parece un ara.

MONREAL DE ARIZA



Vista Nordeste de Arcóbriga.

Número 1, Teatro.—Número 2, Templo.—Número 3, Pretorio.

Aunque la fotografía no es buena y es mucha la distancia á que debió tomarse, para obtener toda la vista del costado Norte de Arcóbriga, resultando de escasa idea, la publico para indicar los puntos en que se hallan el teatro, el templo y el pretorio.

En toda la extensión de Arcóbriga se halla infinita cantidad de teselas y de trozos de cerámica llamada saguntina, con variadísimos resaltados y artísticos dibujos, no pocos con estampillas de alfareros y otros con graffiti; varios fragmentos de barros emporitanos; innumerables de los

ibéricos con ornamentaciones coloreadas en rojo y algunos en negro, desde la geométrica á las estilizaciones de aves y símbolos. Para indicación, publico uno; bastantes barros tan toscos y negros que se creerían prehistóricos, ya que de allí obtuve algunas hachas de piedra pulimentada y varios útiles de silex; trozos de mármoles preciados que por su

ARCÓBRIGA



Jarro ibérico.

espesor y labra fueran tableros de muebles; muchos pequeños bronces ibéricos y romanos, y un centenar de monedas, en su mayor parte ibéricas, predominando las de la Celtiberia y las demás romanas de los dos primeros siglos, con la sola excepción de un Constantino II.

Gran lástima y perjuicio es que en las ya tan extensas excavaciones no se haya sacado una inscripción determinativa del lugar, por la que supiéramos su nombre seguro, pero del propósito de continuar aquéllas prosigue mi esperanza de conseguirla, y de ella resulte ser la que por tantas razones titulo Arcóbriga.

En el pretorio se encontraron dos trozos de una lápida orlada de sencilla moldura, encerrando escasas letras del siglo II, que en el primer renglón se lee EBIVS, y en el segundo MENIS, palabras que resultan rotas, pero en las que el sabio Académico M. R. P. F. Fita, cree descifrar un BÆBIVS y el nombre de la tribu celtibérica (*co*)*menis* [*ciq*(*um*)] que se recuerda por una inscripción de Segovia (Hübner 2729).

También se encontraron dos muy pequeñas aras de tosca labor en cemento, con tan rudas inscripciones incisas en sus frentes, que solas la extraordinaria práctica y mayor sabiduría del P. Fita pudo intentar leer en una: *Mercurio Ocnioroco*, y en la otra: *A(pollini) Cuman(us) ex voto fecit*; ó sea: Cumano (esta árula) por exvoto ha hecho á Apolo. Una y otra, halladas en diferentes puntos de Arcóbriga, entiende el eminente Académico anticuario que son ofrendas á los Dioses de la salud y del camino.

Al describir, aunque ligeramente, las murallas, dije presentaban una

singularidad que, por relacionarse con otros descubrimientos de parecido carácter, les dedicaría unos párrafos á los que llego ahora.

Ofrecen las murallas baja y alta de Arcóbriga la extrañeza de unos rangos de muros cayendo perpendiculares á aquéllas, y separados entre sí por espacios que varían de tres á cuatro metros, siendo casi iguales de largos, y las estancias que forman aparecen abiertas al interior; sin duda serían compartimientos para los defensores ó las caballerías, pertrechos y hasta algunos para elefantes, si resultara mi suposición de que esta ciudad tan fortificada, en sitio tan estratégico, en país tan guerreador, al que llamaba el Senado romano *natio rebellatrix*; poblados y ejércitos que si en un principio lucharon contra los cartagineses, favoreciendo mucho á los hermanos Escipiones, como refiere Tito Livio, se cambiaron radicalmente en Anitorgis causando la ruina de aquéllos y de su conquista, y aun después de las victorias de Escipión el numantino, prosiguieron por largos años su heroica guerra contra Roma. Hallándose Arcóbriga como retaguardia en los campos de batalla púnico-romanos y cerca del Ebro, límite del concertado imperio cartaginés, y apoyando la línea tanto defensiva como de origen de ataque, que fundaron Amílcar y Asdrúbal en sus plazas militares de *Cartago vetus*, *Libana*, *Anitorgis* y *Osicerda*, nada más natural que esos dos grandes generales redoblaran las fortificaciones de los celtíberos á su táctica y castrametación; y siendo típico de las murallas cartaginesas tener esos muros interiores tan repetidos como inmediatos, perpendiculares á las murallas, explicándose así las de Thapsus, Andrometa, Byrsa y la misma Cartago, por supuesto reduciendo inmensamente su grandiosidad y fortaleza, pero no las medidas de estas divisiones que aparecen iguales ó muy aproximadas á las de Byrsa, y como tales y su distribución resultan las características, me hicieron pensar si lo que á los púnicos era tan conveniente, y por la situación tan oportuno, y en los que se creen superiores tan natural, y en cada ejército su arte de guerra hasta obligatorio, todo esto reformase las defensas celtíberas de Arcóbriga, dando á sus murallas la disposición cartaginesa: que tanto influyeron sobre nuestra patria los que llegaron á darnos representación material para el

pensamiento y la palabra inventando el alfabeto; los que nos abrieron camino por los mares con sus explotadoras naves aventureras; los que redoblaron el esfuerzo de los guerreadores brazos al descubrirnos el tesoro de nuestro estaño, que armase de cobre las puntas de las *falaricas*, los que, según Silio Itálico, tanto influyeron en las costumbres de Iberia, que en su tiempo conservaba muchas; los que hasta enseñaron á forjar los muros *formacei*: desde entonces siendo característicos para nuestra Patria construyeron casi todo el poblado de Arcóbriga, que hoy derrumbados y deshechos se extienden como el inmenso sudario de sus ruinas: los celtíberos de marcha guerrera por las ciudades se alojaban en las casas: las legiones de Roma sólo lo hicieron dentro de las Mansiones, cuando su estancia era de paso, pues de ser larga la parada, al estarles prohibido vivir en las poblaciones, armaban sus campamentos junto á éstas en lugares estratégicos: solos los cartagineses no acamparían con tal facilidad, y cultivadores de la alianza con los celtíberos, no se hospedarían en las casas para evitar serles gravosos, y en los puntos fortificados de residencia constante ó muy frecuente habrían de constituir su aposentamiento conforme al propio estilo y á sus necesidades: otro de los caracteres de las murallas fenicias y cartaginesas es, á la verdad bien torpe é inseguro, cual el de que coincidan superponiéndose las uniones perpendiculares de las piedras, según anotan Perrot y Chipiez, lo que se advierte por varias partes de los grabados que publico; pero á tal imperfección en Arcóbriga la tengo por ibérica que construían tan bárbaramente, preocupándose sólo de que los muros resultasen robustísimos, aunque toscos y pobres, ellos que costearon las prodigiosas murallas de Fócea.

Cuanto llevo dicho sobre las de Arcóbriga, es como una impresión que tiende á explicar detalles, y se consignan para que los sabios, si leyesen esto ó las vieran, nos ilustren y me enseñen.

No creo necesario advierta que los indicados pequeños muros de Arcóbriga no podían servir á las murallas de *anterides* ó contrafuertes, para su mayor solidez, como si se hallasen al exterior, yendo en cuesta el terreno; pero casualmente son interiores esos muros, con solos 0,60

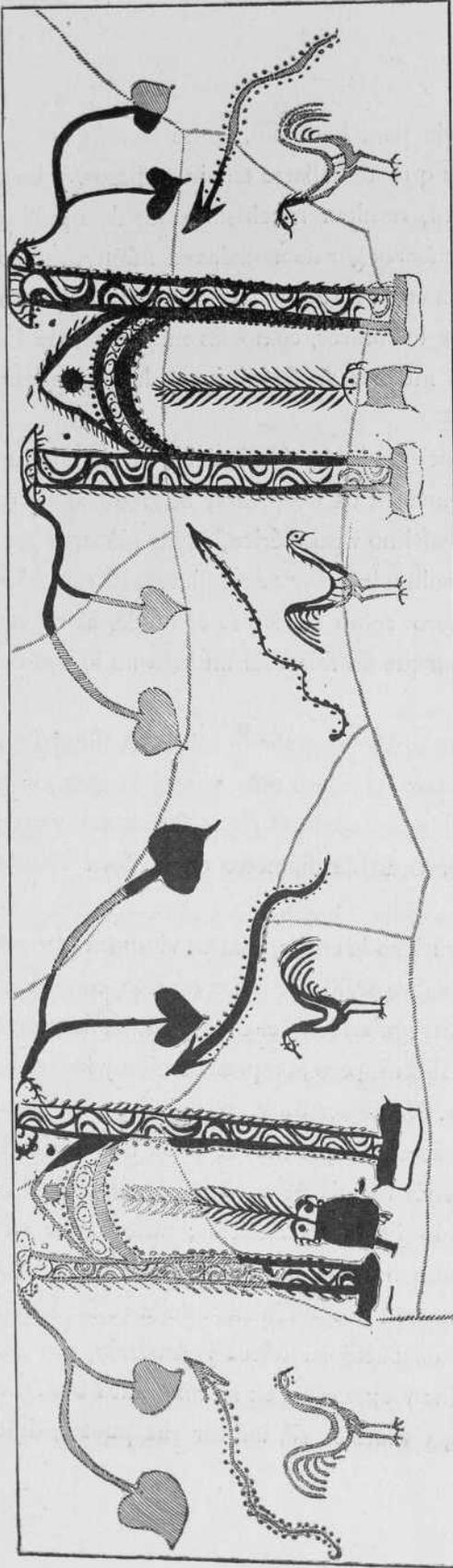
de espesor, escasísima medida para botareles, como la más apropiada á las habitaciones, y cuéntese que al hallarse tan inmediatos, y las murallas con tan gran longitud, resultan muchísimos los de aquéllos ya desenterrados. No podían ser torres por demasiadas en número, y, sobre todo, que éstas las construían en la forma universal y práctica de todos los pueblos, avanzándolas de los muros, como las numerosas de Eryx, las infinitas de Megara, las muchas de Segóbriga y las no pocas de Arcóbriga.

En la gran muralla que encierra la Acrópolis del resto de tal ciudad, descubrí á su parte interior una escala de piedra, hallando al extremo de uno de sus escalones curiosísimo vaso ibérico, cuyas pinturas proclaman la más terminante y absoluta influencia cartaginesa. Es sensible que le falten algunos trozos, pero como el asunto es doble, al repetirse, fácilmente se reconstituye, porque las faltas de un lado no lo son en las del opuesto.

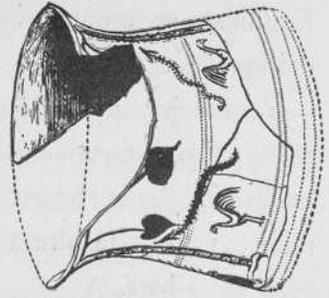
Para mejor explicación acompaño el grabado sobre un dibujo hecho sobre calco, determinándose por las líneas más negras lo que existe, y por las débiles la reconstitución, así como al pie la forma del vaso, que mide 0,15 m. de altura por 0,20 de diámetro en la boca circular y 0,22 en la base.

Por extraordinariamente curioso le tengo, que no vi nunca otro semejante. Está pintado en negro sobre arcilla de color terroso, en pasta fina, torneada. La imperfección é irregularidad del dibujo es manifiesta; toda la factura y coloridos son celtíberos, pero la representación y las tradiciones téngolas por cartaginesas. Debió ser un vaso sagrado, pues los símbolos se encierran en este carácter, lo que más se le da de fenicio donde la cerámica fué simbólica. Es indudable que representa á *Baal-Thamar*, el Dios Palmera, el genio de la fecundación; muéstrasele en un templo con rudísimas columnas ornamentadas por multiplicaciones de medias lunas contrapuestas; no son los ondulados de la cerámica celtíbera que Mr. Pierre Paris encontró en Meca y Amarejo, tan docta como artísticamente explicados y expuestos en su magnífica obra ya citada; como con medias lunas, y también sin indicar sus puntas, figura-

MONREAL DE ARIZA



Desarrollo del vaso ibero-púnico.



Aspecto del vaso.

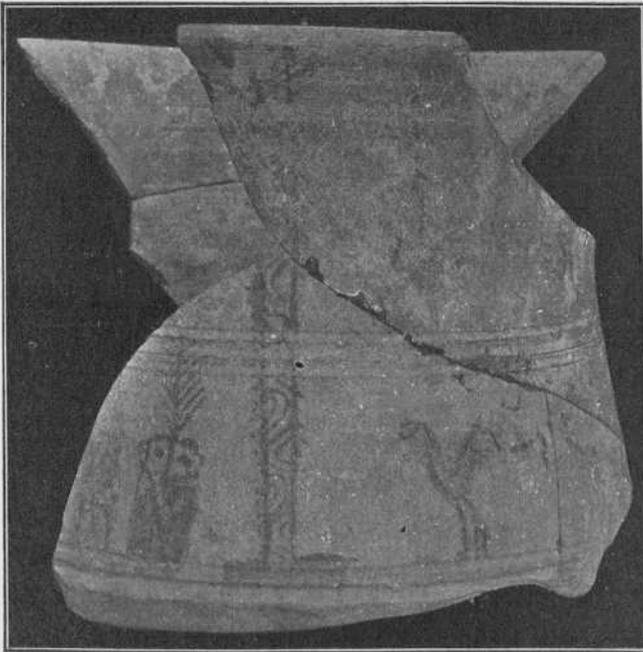
ARCÓBRIGA

ARCÓBRIGA



Vaso ibero-púnico,

ARCÓBRIGA



Vaso ibero-púnico,

ron á Tanit en la jamba ó columna de una puerta en Ebba al Sur de Kef. Las figuraciones del vaso de Arcóbriga son medias lunas, pues no forman dibujo seguido; son la representación de la Tanit cartaginesa, la gran diosa Astarté á la que tenían como sostenedora del mundo, porque no cesaba de crear y destruir para más crear. Por eso aquí se la representase como columnas en templo ó del templo de la vida; así las medias lunas van alternadas en creciente y en menguante, es decir, lo que nace y lo que muere encerrado en la voluntad divina de la Rabbat Astarté, y estas dos columnas reúnen, que no sostienen, en un triángulo, simplificado y rudo símbolo de aquélla, como en la estela de Cartago y en la de Lilybea, el triángulo de la maternidad; y como el gran reproductor, el Dios generador de la vida en toda la naturaleza les era el sol, así figuran, coronando el templo, al Dios soberano y del cielo el *Baal Samáin*. De los capiteles en las columnas de ese edificio prolífico salen unas ramas con hojas ó frutos tendiendo á la tierra sus gérmenes retoñadores; y al lado del templo se ven dos gallos, como ofrendas al Dios Palmera, el Dios de la fecundación, que así como en Fenicia las palomas, por ser los animales más prolíficos, las ofrecían á Astarté, la soberana del mundo, la que por el amor y la generación presidía la renovación perpetua de la vida, así al Dios Palmera, el fecundador, le acompañaban ó le resultasen las más adecuadas ofrendas los gallos, como símbolo de la mayor fecundación. Las flechas ondulantes que surcando los aires se dirigen á la coronación del templo pueden simbolizar el perpetuo renovarse la vida, porque la flecha representa la fuerza transmisible creada por el hombre, y de este modo la dirige al sol generador que desde el triángulo femenino la cobija bajo el amparo del Dios Palmera. Que ésta fuese la interpretación no lo sostengo, pero sí que sobre costumbres, religión y arte de los fenicios y púnicos tracé este cuadro, debo afirmarlo; como que el simbolismo en la cerámica sea típico en la cartaginesa lo creo seguro; que el vaso en cuestión sigue esas tradiciones, paréceme evidente, y que el rudo artista pretendió representar con bárbaro arte misterios divinizados de la generación, no lo dudo; ni que por aventurarme á las interpretaciones expuestas me dedicasen sus son-

risas los sabios interpretadores de la Fenicia, Perrot y Chipiez, pues ya las adelantan cuando refiriendo el grandioso y rudo templo de Hagiari Kim, en Malta, y los hallazgos en él, citan, encomian y dibujan un altar de piedra al que conceden singular aprecio por su rarísima representación, declarando ser obra de un inculto primitivo marmolista de aldea para añadir que algún día no se cederá á la tentación de buscar allí el mito de un árbol sagrado. Yo caí en ésta, pero voy en buena compañía, pues sabio y extenso estudio acaba de publicar casualmente sobre mitos semejantes el eminente arqueólogo Mr. Luis Siret con el título *Les Cassiterides et l'Empire Colonial des Phéniciens* en la autorizada revista *L'Anthropologie*. Y para comparación de mis atribuciones cartaginesas al vaso que hallé en Arcóbriga reproduzco el grabado á que antes aludí de la notable obra *La Phénicie-Cypre*, por Perrot y Chipiez.

El tomar yo por representación del sol al disco con rayos que luce en el centro del frontón no es fantasía, que así personificado le halla en la palmera mística Mr. Luis Siret, figurándola en su grabado núm. 53, y algún más esfuerzo hay que hacer para descubrirle en las antropomorfizaciones de las neolíticas placas de esquisto que halló tan notable arqueólogo en la necrópolis de Los Millares y reproduce con el núm. 43.

En el vaso de Arcóbriga, el arco del templo bien pudo ser tradición fenicia, como se halla en los que reproducen las monedas de Byblos y Eryx, el de una estela de Cartago, la poterna de Eryx y la arqueada imposta en la admirable cisterna de Hadrumeta.

Pero en el pintado templo del vaso Arcóbriga aún podría más acentuarse el culto fenicio si las columnas no se limitaran á serlo, pues pudiera creerse que no sostienen el frontón al no cargar sobre ellas, y en tal caso figuran las dos altas columnas que solían poner en las facha-

MALTA



Altar en Hagiari-Kim, según Perrot y Chipiez.

das de los templos en Fenicia ó sus dependencias, como se ven en una moneda chipriota, representando el famoso templo de Paphos, que publican Perrot y Chipiez con las dos grandes de bronce que Estrabón describe en el templo de Melkart, de Cádiz, y Herodoto las otras dos riquísimas en Tiro; y como la representación que á esas columnas da el autor *De la Déesse Syrienne* es la de la imagen convencional de la fuerza creadora, emblematizada por el órgano masculino de la generación, viene á concordar y robustecer la interpretación que pretendo dar al simbolismo del vaso de Arcóbriga que evidentemente representa la triple divinidad á la que dedicaron su preferente culto, sus voluptuosas fiestas y sus grandes romerías religiosas los cartagineses. Y de todos modos resulta ser el vaso arcobricense uno de los más interesantes y de mayor importancia de entre los ibéricos hallados hasta ahora en España.

Y prosiguiendo con la enumeración de objetos y casos que pudieran indicar el asiento de los cartagineses en Arcóbriga imprimiéndola carácter, me detendré en uno ya antes señalado, cual es la cámara añadida dentro del pronaos en el templo exástilo que describí.

Dije que un fuerte muro de sillería se ve adicionado, prosiguiendo la fachada Sur, y que vuelve en ángulo por dentro y al lado de las dos primeras columnas, para revolver nuevamente, también en ángulo recto, hasta dar junto á la puerta de entrada á la *cella*, formando así una habitación cuadrada de unos tres metros de lado. Tan extraña construcción que desgracia el efecto del que fuera hermoso edificio jamás se vió en los templos ibéricos ni romanos. En la larga guerra de éstos con los cartagineses en la Celtiberia, fuere Arcóbriga unas veces de los unos y otras de sus contrarios, y el templo se elevase en un paréntesis favorable á Roma, y cuando fué ibero-púnica y se reformaron las murallas según arte militar de Cartago, nada más natural que el templo sufriera del mismo espíritu de reforma, ó que, respetando á los arcobricenses el suyo, hicieran en él los dominadores la incrustación indicada.

De los templos griegos y romanos se diferencian extraordinariamente los fenicios por una circunstancia tan importante y la característica de los últimos, cual es que éstos no dan importancia á la cámara en que

se coloca al Dios; así, destinaban en el templo un rincón, un punto cualquiera en donde edificaban una habitacioncita para tabernáculo en donde colocar el símbolo místico de la Potencia divina, dejando la *cella* para la multitud piadosa, cuya costumbre y rito fueron y se prosiguen como caracteres de las construcciones religiosas de la raza semita.

Era también práctica cartaginesa la de dar poca importancia á la colocación de sus ídolos, casi siempre pequeñas imágenes; por eso aparecerá de poco valer la piedra, como trozo de columna que dije considero el ara dentro de la camarita y adosada al muro del templo.

La circunstancia de la habitación pequeña en el atrio del templo de Arcóbriga, por ser tan inusitada, no he podido explicármela sino por la intervención cartaginesa, cuyo pueblo, además, emplazaba sus templos en lugares despejados para las muchedumbres que acudían á sus romerías, y siempre cerca de aguas limpias.

Así los grandes espacios que aparecen sin cimentaciones frente al templo de Arcóbriga, y el situar á éste en la media ladera, inmediato al claro arroyo que corre al pie, en lugar de establecerse en las explanadas de la altura de la población: para apoyar mis suposiciones no he desatendido ni aún estos pequeños detalles, y los prosigo con el de haber hallado en Arcóbriga una *antefixa*, y trozos de dos parecidas, representando una cara bárbara de hombre con la barba y el pelo rizadísimo, cayendo éste en largos bucles hasta el cuello; es, sin duda, representación de un personaje ibérico, uno de aquellos Dioses ó régulos *cirratu*s de las monedas ibéricas.

Publica Mr. Pierre Paris en el tomo II de su citada obra, cuatro antefixas del mismo arte, aspecto y tamaño que las mías, aunque éstas tienen mayor semejanza con la de su número 219, hallada en Cabeza de Griego; pero encuentro que es más orientalizada la mía; sin que pueda dudarse fué antefixa, por tener en el reverso un avance del barro en forma redondeada, para ajustarse perfectamente al *imbrex*.

Repito que las halladas en Arcóbriga apoyarían más á Mr. Pierre Paris en la influencia cartaginesa que descubre y expone en la nota, al explicar las de Uclés, Cabeza de Griego y Cartagena.

Tal vez hayan dado en largas estas explicaciones, pero tanto hay que ver y tantísimo representa Arcóbriga, que en este discurso resulta desmedrada y sobre todo imperfecta, la que sin duda fué soberana metrópoli de esta histórica ribera del Alto Jalón. Creo y dije que los iberos fincaron su soberanía y la capitalidad de aquel país en el castillo ciclópeo cuando los emigrantes, en tribus dispersas, no abarcaron con su imperio más territorio que el cerco de su horizonte; pero, asentándose de hecho, entraron en relación con otras tribus sus hermanas, que al desparramarse por la Iberia ya no las vieron hasta entonces, pero que desplomadas sobre países no lejanos podían servirles ó amenazarles, y sobre todo mandaban fuerza, que era la ley soberana, y ya para estas relaciones, ya para su defensa precisaba otro lugar más adecuado que el castillo ciclópeo, y como el punto de intersección en los caminos, que lo eran las cañadas de los ríos, resultaba el más conveniente, transformaron la *vest cum* de la tribu que primera residió en el cerro Villar en la capitalidad de todos los clanes que he descrito. Al situarla en una altura fuerte la llamaron los iberos Ark ó Arc, que lo indica, si no buscaron ese nombre por la dedicación que hiciesen á su diosa la Luna, que veneraban los *Arquios*. Establecida allí la *urbs* Arkailika, ya elevada á capitalidad, se la añadiese esta significación al nombre primitivo con el céltico *brig*, y desde entonces Arcóbriga, que tanto y tanto se extendió, y tanta fuera su importancia para que sus clanes desmembrándose marcharan á originar el Arcos de la Turdetania, el de la Beturia céltica y Caurum; y de sus gentes esparcidas por toda España dejaron memoria los arcobricenses Emilio Marcelo en Coria, Margilino en Santo Domingo de la Calzada, Cornelia en Cáceres, y la estatua de Fronto en Braga.

Las grandes capitalidades de tribus dice Tito Livio que tenían hasta tres órdenes de murallas, circunstancia excepcional é importantísima que tuvo y aún se ve en Arcóbriga.

Don Joaquín Costa añade que la urbe-jefe habría de medir tal extensión dentro de sus muros que pudieran acogerse á la capitalidad para refugio ó defensa unos diez mil hombres; y por las medidas que al comienzo hemos dado bien se ve reúne tal condición, como todas las que

exigíanse para las Mansiones militares romanas, según ya expliqué por Vegecio, Plinio y Suetonio, y aún sospecho que por la larga jornada que llevaban las legiones desde Segontia á Arcóbriga ésta fuese nada menos que Mansión estativa, que no para el descanso de una sola noche.

Siempre se la reconoce como Municipio, y su alto valer social se atestigua con haber acuñado moneda, que hasta D. Jacobo Zobel se atribuyó á Ocili (Medinaceli), restituyéndola este sabio numismata á Arcóbriga, pues de sus gentes Arkailikas se lee el nombre



Moneda de Arcóbriga.

en las que inserto tomadas de Heis, y que aún proclaman más y más su importancia al grabar en sus anversos los dos caracteres ibéricos que comienzan el de la capital arévaca Uxama-Argelae, demostrando que cuando ésta hizo esa *Omonia* ó alianza monetaria fué muy grande el poder de Arcóbriga. De sus rarísimas monedas publica Zobel dos ases y un sextante, á las que adiciona D. Celestino Pujol otras tres con variantes.

La importancia de la ciudad Arcóbriga es tanta que para relatar cuánto fué, lo que valió, cómo se halla, y lo que espero sea después de más extensas excavaciones, precisaría un libro y á este trabajo me voy

ARCÓBRIGA



Alianza monetaria con Uxama.

dedicando, pues son indispensables planos que se están haciendo; muchas más fotografías de lugares y objetos que continúanse sacando; análisis crítico, descripciones extensas que procuro escribir y un completo estudio de la época que abarcó, desde el difumado origen de

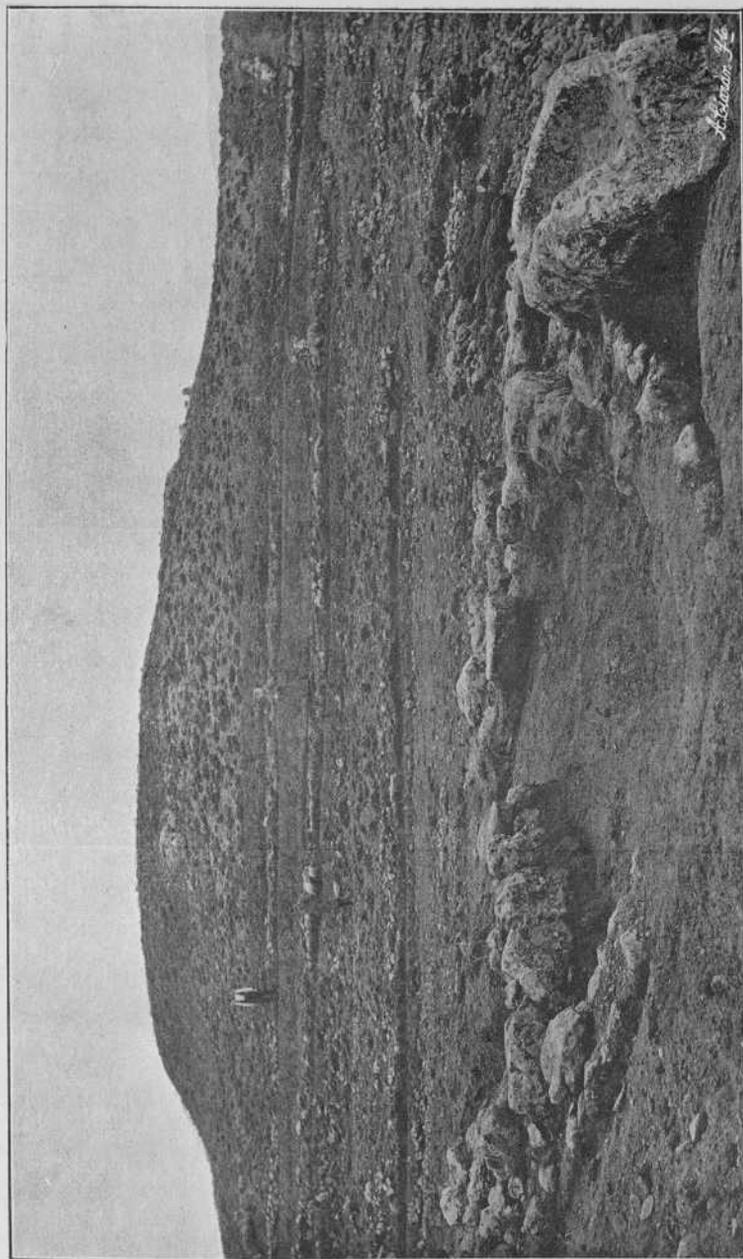
Arcóbriga, arrancándola de entre los misterios y las fábulas primitivas, hasta otros misterios y la horrenda verdad que como único resplandor de vivísima luz esclarece su peculiar historia entre las llamas de la inmensa hoguera que tan perseguidoramente la incineró, sepultando en-

tre sus cenizas aun el recuerdo, salvándose tan solo el nombre que como fantasma de la desgracia va errando por los libros de pueblo en pueblo, de monte en monte y aun de peñasco en peñasco, sin dejarle retiro verdadero en que descansar sobre propia tierra, y yo he pretendido descubrir su sepultura y he llegado á ella, no para encontrar el panteón vacío, sino para hallarle, reconocer su grandiosa figura, y con el hábito vivificador del trabajo alzar de nuevo en pie el cadáver Arkailiko, vestirle con el sayo ibérico, tender sobre sus hombros la clámide purpúrea, ornar las sienes con la diadema mural, y poniendo en su heroica mano la férrea baccata, animar sus tristes ojos con los resplandores de su diosa la Luna, y oyendo de sus labios el idioma de la arqueología, escucharle y más escucharle para aprender y escribir su historia.

Todo esto está por hacer, todo esto hay que hacer, todo eso quisiera hacer, pero esto no puede alcanzar sino á iniciarlo un discurso, sobre todo siendo un modesto discurso mío.



MONREAL DE ARIZA



Ara del fuego sagrado.

Muros de las terrazas para los espectadores.

Cárcel de las víctimas.

Pila de sacrificios humanos.

ASAMBLEA IBÉRICA Y PILA DE SACRIFICIOS HUMANOS

Á poca distancia de Arcóbriga, pues de un kilómetro apenas pasando á cruce de la vega, que único camino fuere para los celtíberos, se llega á muy grande explanada en la izquierda de su río *Salo* ó *Jalón*. Á uno y otro lado de aquélla van levantándose gradualmente los cerros, hasta formar unos montes que, estrechando mucho la explanada, la encierran en una especie de anfiteatro cara al Poniente, con hermosa vista sobre la ya ancha vega y la ciudad de Arcóbriga. Punto es, acertadamente escogido, para establecer en él un lugar de reunión de los clanes arevacos que no pudieren llegar fácilmente sino por la vega del Nágima, viniendo desde Uxama y Voluce, como por la del Jalón casa-raugustano Confloenta ó Complega, y Ocili y Huerneces casi desde el triásico origen del río.

No quiero suponer con esto que tuviesen á Arcóbriga por cabeza ciudades lejanas y más históricas, sino que siendo frecuentísimas las reuniones de las gentilidades que componían la república Arcobricense, y hasta la grande y poderosa confederación celtibérica, pues en doscientos años de guerra tan varia en la suerte y no menos variada en las banderas, se ocurrían con facilidad ocasiones en que decidir sobre alianzas, ya con penos ó romanos, ya con aquel genio del batallar español, el invencible Viriato; ya con el general de los generales, el insuperable Sertorio. Y como el resolver actitudes era inevitable, y á la decisión se la obligaba con la rapidez, por lo cerca que sonasen ya las trompas del

ejército al que unirse ó guerrearle, las asambleas se celebraban en las inmediaciones de las ciudades, pues que en éstas no solía haber emplazamiento para aquellos millares de gentes que á ellas acudían á enterarse de los relatos expositivos de los Régulos, las razones de los ancianos y la suprema decisión del más viejo, ó la del jefe proclamado por los muchedumbres, según cuentan Estrabón, César y Livio, llegando á más detalles Fernández Guerra, Costa Berlanga y Philipon, entre muchos otros á los que me refiero frecuentemente. Por el mismo Estrabón sabemos que los celtíberos celebraban sus fiestas y sus banquetes de familia fuera de las casas, lo que arguye su pobreza, como la de los templos y los ningunos edificios públicos de aquella ruda y antiquísima época sin capacidad las casas para otra cosa que la de cobijarse la familia, tanto que César en el libro sexto de sus famosos Comentarios, al reseñar las costumbres de rudos pueblos de su época, asegura estábales prohibido edificar casas muy grandes y cómodas para repararse contra los fríos y los calores, porque no se hiciesen á comodidades los pueblos nacidos y criados para la guerra. Por estas costumbres, y quizás por tales propósitos, resultan tan reducidas las viviendas de Arcóbriga, y las que también van tan acertadamente descubriéndose en Numancia, que si no se planearon en aquellas razones, dieron el más maravilloso resultado del patriotismo y la virilidad.

De lugares sagrados para reuniones religiosas, que también eran políticas, cita aquel gran conquistador el celeberrimo de cerca de Chartres, que León Fallue, en su notable análisis de los Comentarios, cree se hallaba situado en Alluyes, sobre el Loira, y le llama Campo de Asambleas, las que se reunían una vez al año, según el que exuberante de glorias propias, dejaba sostener la vanagloria de que su familia Julia descendiese nada menos que de Venus y Eneas. Asambleas político-religiosas fueron para los celtas de la Armórica los campos de Carnac, y por el mismo destino se tienen los cromlechs de todo el mundo, y no otra cosa fué el Ager *Sedetanus*, adonde congregó el genio indomable de la independencia española, Indíbil, á sus ilergetes y á los lacetanos contra aquella cruel Roma, que acababa de pasarles á cuchillo en tantos

miles, con la perfidia de Cneo Escipión; y allá reunidos en el lugar que Tito Livio llama Campo Sedetano, celebraron la heroica Asamblea, en la que Indíbil pronunció aquella arenga tan maravillosa, que ni en espíritu, ni en elevación, ni en arrogancia y grandeza ha sido sobrepasada, y el mismo Livio la recuerda, transcribe y admira.

No en otra cosa que en lugar de reuniones político-religiosas empezaría el *Lucus Asturum* de Ptolomeo, adonde acudían diferentes pueblos, entre los que los *Arronidecos* y los *Coliacinos* nombrados por la lápida que se encontró en aquel lugar.

Bien de recordar es la solemne Asamblea que los volcianos ó velucianos reunieron de todo su país, en un punto que Loperráez sitúa á casi una legua de su capital Voluce (Calatañazor), para tratar de los ofrecimientos de unión con que Roma les brindaba en contra de Cartago, y atentos los jefes de las gentilidades y aun sus muchedumbres á las propuestas de los embajadores romanos, al ir á resolver, se levantó el más viejo del concilio, y Tito Livio recuerda sus solemnes palabras, negándose á la alianza, para terminar su arenga diciéndoles: «*Id, id á buscar aliados al país en que no se haya sabido la horrible ruina de Sagunto, abandonada por Roma.*»

No en la ciudad *Castra Ælia*, sino en campo inmediato, reunió Sertorio frecuentemente Asambleas de los representantes y jefes de sus fieles territorios edetanos, ilergavones y contestanos, para tratar de la prosecución de la guerra, una vez conquistada por él la capital militar de la Celtiberia.

Así Plinio nos habla de las Asambleas de los Turdetanos en el lugar Astense, donde tantos años después se reunieron otra vez los de Asta para decidirse por César, abandonando á Pompeyo: concilios político-religiosos y nundinas ó ferias que también nos cuenta Apiano, celebraban los celtíberos en *Axenia*; y el mismo autor nos refiere la nefanda traición, la horrible matanza que el sanguinario T. Didio hizo en la celtíbera Colenda, después de la Asamblea que celebró en un campo de su cercanía, atrayendo con pérfido engaño á los soldados españoles de la Lusitania, que á las inmediaciones de tan desgraciada ciudad se acogie-

ron. Y demos al olvido aquella incomprendible, por traidora y cruenta, en que resolvieron los Segedanos entregar al enemigo, para que bárbaramente le supliciera, á su heroico jefe, el valerosísimo Mandonio.

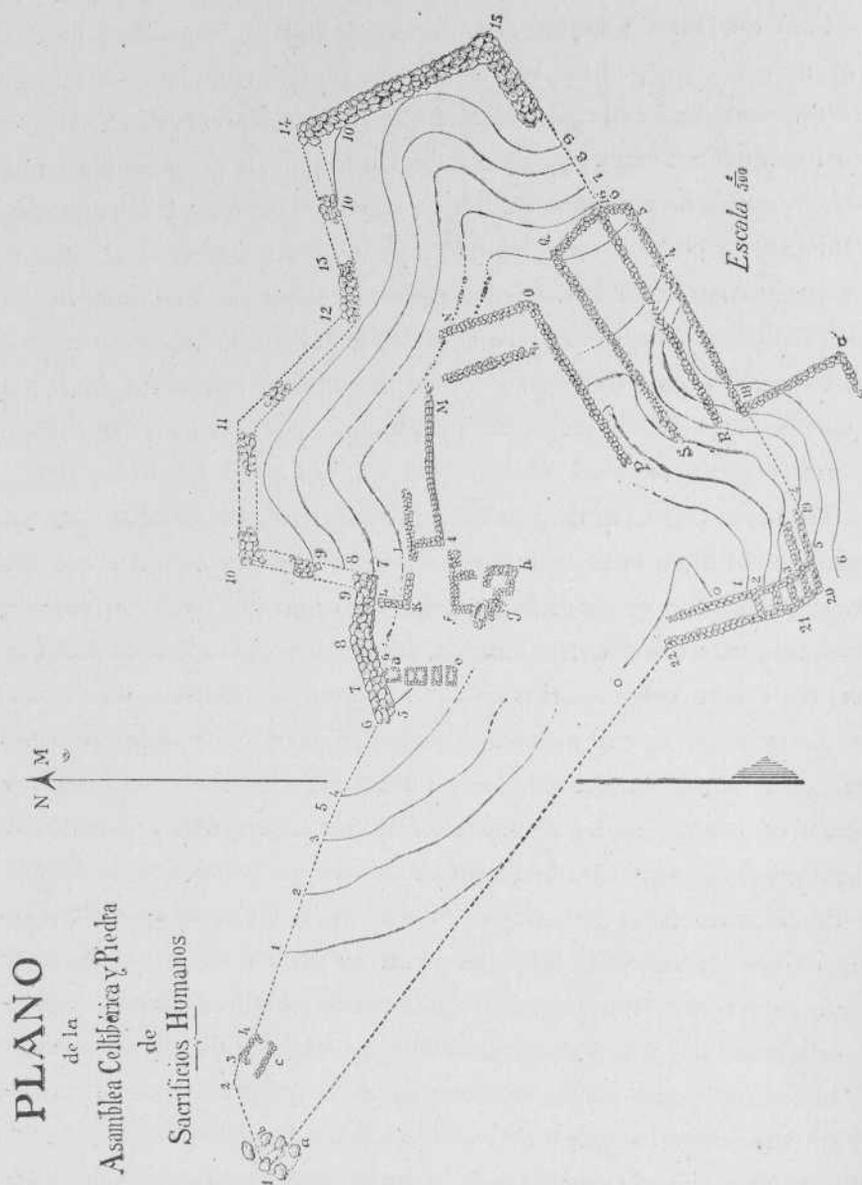
Pero de tantas y tantas Asambleas en lugares hispánicos, ninguna con mayor detalle, ni tan adecuada á mi posterior explicación sobre el *Drunémeton* de Arcóbriga, como la que el sabio inolvidable D. Aureliano Fernández Guerra nos refiere de Vellica, en su precioso libro *Cantabria*, donde un siglo antes de J. C. se ve deliberando á los diputados cántabros; y como á tal Asamblea asistían los pueblos, al oír que no declaraban la guerra á Roma, se abalanzó sobre los senadores la muchedumbre, y los quemó vivos en el lugar del concilio.

Y ya de unos en otros recuerdos llegamos al inmediato de Rigas, que por lugar de reuniones públicas en las inmediaciones de Bilibilis, famosa por su rico metal temible, canta el gran poeta jaloniano, que no olvida la consagración del celtíbero bosque Baradón, nombre que con tantos otros de su bilbilitana tierra suenan dulcísimos á su corazón hispano, pero como groseros en los delicados oídos del rival de Catulo, y no comprendo cómo entre Peterón, Boterdes y otros le dionase Platéa, tan clásico como glorioso, dando con esto sobrada disculpa á Plinio y Estrabón, que se negaban á seguir enumerando nombres españoles por desagradables; el segundo rehuyendo á *pletauros*, *allótrigas* y *bardyetas*, aunque se les alterase de *Pættiros*, *Autrígones* y *Bárdulos*, y el primero los veintidós que designa *barbaræ apellationis*.

Por el rodeo de tantos campos de Asambleas llegamos al que los arcobricenses tenían en la intermediación de su capital, al que se puede ir por la carretera de Madrid á Zaragoza hasta el kilómetro 187, en donde se bifurca con la que conduce al Burgo de Osma; de allí aún queda un kilómetro escaso por andar hasta la cuenca que ya dije se forma entre un altozano al Norte, y un monte al Sur.

Sabiendo, como ya varias veces he dicho, que las ciudades de capitalidad en la Celtiberia tenían en su contorno castros, ópidos y vicos, esta indicación de Murguía me sirvió para descubrir varias de las estaciones arqueológicas descritas; así buscando y así hallé ésta tan curio-

sísima que la tengo por excepcional, y tal vez la única conservada en España, y sobre la que puede formarse idea de lo que fueron los cam-



pos político religiosos de espectáculos, fiestas y su horrible correlación de sacrificios humanos en la Iberia si es que estas atribuciones y mi ex-

plicación satisficieran á los sabios, á cuyo juicio me someto, aceptándole anticipadamente; y pues yo lo descubrí por estudio lo presento como consulta, y es natural lo revista con las modestas galas á que alcanzan mi gran deseo de acertar y los escasos recursos de mi propia Minerva.

Hice levantar un plano del espacio que comprende, dentro de la demarcación de sus muros, el campo de reuniones celtíberas de Arcóbriga, y á sus indicaciones, letras y números me referiré para mayor claridad al describirle.

Caminando desde la carretera por campos ligeramente ondulados se llega á la explanada que al principio indiqué, y contorneando el montículo que se desenvuelve en arco de círculo, junto á la línea que marca el Norte en el plano, se entra á la cuenca por el espacio que media entre los números 4 y 6.

Hállanse á la izquierda cinco sepulturas ibéricas constituídas por piedras rudas hincadas en el suelo, no con la regularidad que aparecen en el plano; excavé varias sin obtener absolutamente nada, lo que ocurrió en Numancia con otras semejantes investigadas allí por la doctísima Junta que dirige aquellas fecundísimas excavaciones.

Ya en aquel punto se atrae la vista á un peñasco de singular aspecto, y que al hallarme ante él, de tal modo impresiona y tan característicamente se me representó que desde el primer instante le reconocí por una piedra de sacrificios humanos, aunque de éstas no se conozca ninguna como evidente en Europa, y de los horribles castigos, ofrendas ó expiaciones se sepa tan poco por lo escasísimamente que se ha escrito sobre detalles de la bárbara historia que consideraba no poder lograrse de sus innominados, pero sanguinarios dioses, triunfos en las guerras, éxitos en las expediciones, beneficios en los trabajos y absolución en las faltas, sino derramando sangre, tanto más afecta á la Divinidad, cuanto aquella más se aproximaba á la del hombre. Por eso, sin duda, los sacrificios de todos los tiempos y en todos los países se hicieron de animales domésticos, y jamás de los salvajes y menos de las fieras. De aquella preocupación se llegaba al sacrificio humano, como el más redentor, ó el

más grato á los horrendos dioses como Siwa, Moloc y otros, ya inventase la horrible ofrenda Saturno, ó si á Licaón la atribuye Pausanias, que con Plutarco, Eurípides y otros tan severamente vituperan estas barbaries, que Plinio asegura duraron hasta el año 95 de J. C.; entre estas diversas divinidades aparece la Diosa Belona, que tan venerada fué por los arevacos, según se atestigua con la lápida que se la dedicó en Sigüenza, citada por el P. Fita en su magistral estudio sobre la declinación céltica y celtibérica. Pero si tantos son los autores que trataron de aquellas inhumanas prácticas de la antigüedad, y entre todos el que reúne más casos es Maury en su obra *Religions de la Grèce*, no hay para la Iberia quién como Estrabón suministre más y estimadísimas particulares noticias con aquel saber, exactitud, crítica y acierto en que no fué superado por ningún otro geógrafo é historiador antiguo describiendo nuestra patria.

Como al final de este capítulo presentaré un cuadro de las fiestas celtíberas con su espantoso epílogo de sacrificios humanos, será entonces ocasión propicia para explicar el ritual con que se empleara el peñasco que por pila de tales suplicios tengo, y pasaré á describir su forma y detalles.

Entre la variedad extraordinaria de sacrificios humanos los hubo que más y más horrorizan, como los que á palos sacrificaban niñas ante el altar de Baco en Arcadia, y niños en el de Diana Osthia, como los que arrojaban al fuego entre los brazos de la colosal estatua de Baal-Hamón en Cartago, y también los hubo en la Iberia de esclavos, y sobre todo de prisioneros, según refieren Estrabón, Tito Livio y Apiano; y para impetrar los beneficios de los Dioses, y muy frecuentemente para vaticinar el porvenir por los actos, circunstancias y detalles de la víctima en su agonía y muerte, á estos nefandos sacrificios sirviese la pila que hallé en el *Drunémeton* ibérico. Para esas investigaciones era de rito que la víctima y el arúspice se hallasen en contacto con la madre Tierra, tradición que se fué propalando por todo el mundo y que aún hoy se conserva en la India, donde la tribu de los *Jondos* en término de Calcuta ofrecen á la diosa Tierra el espantoso sacrificio de un hombre

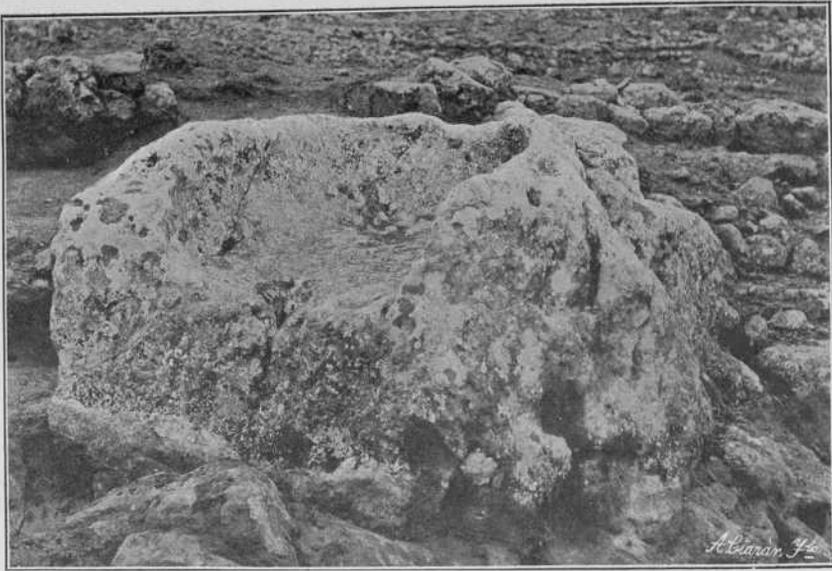
inocente, martirizándole por tres días, y no ha de recibir el hachazo final sino en el sitio donde más se hunda un palo para que en el mayor contacto se halle con la tierra.

Escogíanse en la antigüedad peñas nativas ó rocas sin labra para el altar ó pila de estos sacrificios, y aunque á tantas se pretendió clasificarlas como tales en los dólmenes de las Galias, ya en las regiones Hiperbóreas, ya en Inglaterra como en España, y así Bertrand se lo niega á todos los primeros, Montelius á los segundos, Fergusson á los terceros, á pesar de las afirmaciones del doctor Thurnam, que demostró haber sido muertos de golpes violentos dos de los cadáveres hallados bajo el *long-barrow* de Kennet, sobre el que se conservaba el dolmen presumido sacrificador. Y para la Iberia no hay ninguno reconocido, pues que Bonsor no tiene por piedra de sacrificios humanos la curiosa que describe y hubo descubierto en Acebuchal. No siendo más que un dolmen, como infinitos, el que D. Juan Avilés descubrió en Espolla de la provincia de Gerona y que dibuja y explica en su curioso libro sobre las antigüedades protohistóricas de Espolla y Colera.

Entiendo, pues, que la de Arcóbriga es la única y la más evidente. Para convenir en lo último no hay sino verla, pues el vetustísimo color de la roca, á la que ennegrecen los musgos muertos por viejísimos, lo rudo de la labor, sobre la que pasaron tantos y tantos siglos, que no tienen sus saltados ni la más mínima diferencia en coloración general del peñasco; el figurar como un gran sillón con un reborde que le rodea en sus tres cuartas partes de óvalo, menos por el frente, que se halla cortado perpendicularmente, para dejar la caída natural á las piernas de la víctima, que sentaran en la pila; el tener el lecho ó asiento inclinado con vertiente al lado que se halla sin reborde, lo que excluye toda idea de pila para agua ó piensos; lo primero torpe, estando el río tan cerca, y lo segundo, con lo primero, tampoco, porque la inclinación pronunciada vertería cuanto en ella se echase. En cambio, esa inclinación presentaba al público, en exposición más visible, la víctima, y ya para que el arúspice, contemplando perfectamente á aquélla, cuando, abriéndole con el cuchillo de silex el vientre, el estómago y el pecho, por

el brotar de la sangre y el avanzarse, desprenderse y caer de las vísceras, y del mismo cadáver, interpretara con mayor seguridad el porvenir; como en los sacrificios el recoger la sangre les dió origen, por creer que con ella se lavaban las faltas y se atraían los bienes, y se ahuyentaban los males, fué por siempre primera preocupación el recogerla para

MONREAL DE ARIZA



Pila de sacrificios humanos.

rociar con ella las aras y á las gentes. Para tal propósito, se labró á rudos golpes una oquedad en el asiento, y justamente en el punto adonde descendiera el vientre de la víctima; y para otra comprobación se ve una ranura que desde la oquedad baja perpendicular hasta el levante que á la roca se dejó para colocarse el sacrificador, y por detrás excavaron la peña, dejando dos regaderitas que corren en descenso hasta dos agujeros labrados á propósito para que en el de la izquierda, como más espacioso, cayese la sangre, según explica Pausanias, y tales agujeros se hallaron también al pie de las tumbas con cúpula en Micenas y de ellos el *victimarius* recogiera la sangre con el *simpulum*: queda por citar un

punto importantísimo que determina con evidencia haber servido, la pila del *Drunémeton* de Arcóbriga, para tales sacrificios porque Estrabón detalla cómo el arúspice vaticinaba también por el modo de caer muerta la víctima; acto que no pudo realizarse en las piedras horizontales que hasta ahora pretendieron haber sido lechos de aquel tormento, y en cambio en la que describo por tener su asiento en declive y dejar las piernas colgando era natural que en dolorosa y convulsiva agonía se deslizase el cuerpo al morir.

Detalles son todos éstos que comprueban mi atribución de no haber podido ser otra cosa el peñasco que descubrí, sino una pila para sacrificios humanos, y pues que las medidas más y más lo aseguran, por corresponder justamente con las del hombre, voy á detallarlas. El que llamo asiento ó lecho de la víctima, tiene de largo 1,40 m. y es de ancho 0,78 m. en su centro y 0,75 m. en la línea sin reborde. Como la parte opuesta es torpemente circular, no se mide sino con un arco de 0,80 metros; el frente para caída de las piernas, da una línea casi perpendicular de 0,45 m. El reborde ó aro tosquísimo, se levanta del asiento por el lado izquierdo del lector, en el punto medio 0,39 m. y en el derecho 0,27 m., teniendo ese reborde en su frente izquierdo anchura de 0,25 m., y va por 0,15 en el centro á 0,13, donde empieza á dar la vuelta, para reducirse á 0,05 m. junto á la depresión ó desgaste que manifiesta por afirmarse en aquel punto el ayudante del Régulo ó pontífice sacrificador, que sostendría por los hombros y la cabeza á la víctima, y detrás se advierte un trozo de roca, al que se hizo un labrado como para asiento del ayudante del verdugo.

Las fotografías que se acompañan darán perfecta idea de la forma en que se hicieron en la Celtiberia esos horrendos sacrificios humanos, lo que ningún escritor había puntualizado, y ha de comprenderse todo ello, como que el peñasco no pudo servir para otro uso y la época bárbara á que correspondió, y ya también para ajustarse á la tradición del contacto con la madre Tierra, para recoger y refluir la esencia sobrenatural de la Trinidad actora en un punto, el de la inspiración divina por el oráculo del Pontífice.

Claramente se ve en el suelo y delante de la piedra un trozo de roca que se destaca, y que al no saltarle los que labraron detrás de él las regaritas para la sangre, es prueba de que dejarían el peñoncillo con deliberado propósito, que creo sirviese para que el sacrificador, colocado en él pudiera, no sólo dar mejor las cuchilladas en el abdomen y pecho del supliciado, sino también dominar mejor su cuerpo para examinarle, como antes explicamos, y pronunciar sus vaticinios.

En el aro se ven dos agujeros, uno á cada lado, que pudieron servir para que en ellos entrasen unas estaquillas á las que se atasen cuerdas que, terminando en anzuelos de hueso, agarrasen los dos bordes de la cruel herida que rajase á la víctima, y por las cuerdas la sostuviese inmensamente abierta para dejar ancho espacio en el que se vieran y reconociesen por el arúspice las entrañas.

A este bárbaro último detalle se hacen varias referencias en el tomo II de las *Inscripciones Griegas* = Michel.

La pila de sacrificios se halla indicada en el plano entre las letras *f* y *g*. Detrás de la pila y á su izquierda se determinan los cimientos de una cámara de 2,70 m. de larga por 2,25 de ancha, con una puerta grande dando al *Stadium*, y otra muy estrecha abriéndose al muro que baja junto á la pila. Por esta puertecilla creo que sacasen á las víctimas una á una para el sacrificio, y por la grande las metieran en grupo á la cárcel de espera, que juzgo lo fuese la dicha habitación. Junto á la esquina *i* hay un gran ingreso de 3,20 m. al *Stadium* y para el banco de los jefes de los clanes, los senadores, los sacerdotes y los patricios, banco que corre á lo largo del muro *i-M* en línea de 18 metros.

Junto á la puerta *i* se ve un fuerte cimiento aislado con espesor de 1,60 m. y de largo 2,45. Por estas medidas, su posición aislada y junto al asiento de los jefes y sacerdotes, como también por hallarse en el punto más prominente de la Asamblea-templo, dominando y presidiendo á la pila de los sacrificios y á todo el *Stadium*, tengo tal construcción por el ara del fuego sagrado y tal vez la pira de incineración de las víctimas, siendo para esto último acertadas las medidas que ya di, no ser el ara un cuadrado, sino la adecuada al cuerpo de un hombre

sobre la hacinada leña en que se purificase, no sólo el fuego, sino el *piaculum* del sacrificio.

Sabido es que todos los años en el solsticio de verano celebraban los celtíberos con toda solemnidad la gran fiesta de la purificación del fuego con danzas, carreras, luchas y sacrificios, todo lo cual se hacía en el campo apartado de la ciudad, detalle que consigna Costa y que más comprueba las atribuciones dadas por mí al ara, á la cárcel, á la pila de sacrificios y á todo el campo de Asamblea ibérica, que en su extremo á la parte de la vega contemplara alzárse erguido, grandioso y balanceante, como mensajero de la tierra al cielo, el sagrado abedul, extendiendo sobre la muchedumbre de las tribus congregadas, como brazos de bendición, los espléndidos pabellones de sus sombrosas ramas.

Si el culto del fuego se importó del Asia á la Celtiberia hace miles de años, aún en el siglo IV Rufo Festo le halla establecido como municipal, y hasta hoy deja vislumbrar su primitiva tradición á los resplandores de las bulliciosas hogueras en la víspera de San Juan. Así, aún por junto al Jalón, crecen ogaño y de siempre, aunque ya como sombras de fantasmas, las balanceantes y altas copas de los ibéricos sagrados abedules. En cambio los montes que rodean el campo del *Stadium* se ven yermos como sudarios de la naturaleza á la que allí arrancasen de luen-gos siglos el bosque de las patronales celtibéricas encinas que atrajeron y cobijaron al Drunémeton arcobricense.

Volviendo hasta la piedra de sacrificios para ingresar al *Stadium* desde su puerta central hallamos que se subió por una escala hecha con grandes piedras toscas, pero algo careadas naturalmente, entre las que á dos tan solo se las ve labradas y adosándose á la pila. La escala, ya muy destruída, aún se advierte en el grabado que la representa como en el de la piedra de sacrificios con un hombre colocado para mejor idea de proporciones y de la anterior lectura. Por tal escalera de 3,70 m. de larga por unos 2,20 de ancha éntrase al *Stadium* ó campo de fiestas político-religiosas, representaciones y ejercicios. Éste se halla limitado por tres muros bárbaramente construídos, que cierran en trapecio *i-M-O-N-P*;

la línea IM mide 37,30 m., la que es perpendicular M hasta su fin unos 19, y la P á dar al frente de la M 30 metros. El espacio interior comprendido entre $h-i-M-N-O-P$ y volver á h es igual á 840 metros cuadrados de terreno completamente plano. Solamente el comprendido entre M y N es un gran acarreo de piedras y tierra arrastradas por las aguas de lluvia que corren desde los cerros por el declive entre 11 y 12 .

Todos los costados del *Stadium* se forman por los montes ya dichos, en los que se constituyeron otros tres muros longitudinales rudísimos $S-Q$ y $R-16$, y $16-18$, constituyendo terrazas para los espectadores como enfrente se repetían, pero el más rápido terreno y la corriente de las aguas llovedizas que se precipitan por el punto antes dicho arrancó los muros, no quedando sino la mitad del designado por \mathcal{J} , y algunas piedras de otros dos detrás; pero con sólo ver el terreno se convence uno de que existieron.

El espacio comprendido entre los números $9-10-11$ y 12 es un montículo que se cierra dentro del gran muro de circunvalación de todo el Drunémeton; el segundo trapecio, formado por los números $12-14-15$ y 16 , son dos explanadas, que la primera se eleva sobre el suelo del *Stadium* dos metros, y la que le sigue, poco más de medio. Entre h y P existió un muro fuerte de contención para sostener á nivel el suelo del *Stadium*, valiéndose también de algunos peñascos nativos que allí aún permanecen, y por cierto que uno con varias curiosidades, que más comprueban mis atribuciones á los sacrificios humanos allí realizados; pero no se determinaron en el plano esas y otras particularidades por no haber estado yo cuando se tomaron las medidas, como por hacerse el dibujo en punto distante de mi residencia, y recibirle cuando la premura de plazo fijo é inmediato para la lectura de este discurso no me permitió tiempo para que se rehiciera, ni más de un mes para escribir todo este trabajo. Pero las fotografías que se grabaron y acompañan á este libro darán más segura idea y fácil comprensión á las explicaciones.

En resumen, entre dos montes, uno al Norte y otro al Sur, y una breve y suave cuesta ascendente al Este y otra al Oeste, que da á gran

explanada, bajando hasta la vega, hay un *Stadium* cercado casi trapezoidalmente, por rudísimo muro; en el lado Sudeste vense otros tres formando terrazas para espectadores; lo mismo se repetía al lado opuesto, y al fondo, como no existió monte sino algún desnivel, se hizo una terraza *M-N-O* y al frente de *M*, dejando detrás dos explanadas.

Todo estuvo cerrado por fuerte muro de ninguna manera tan regular, como aparece en el plano, pero sí describiendo esas vueltas que figura, por ser las de los montes.

Este campo de Asamblea tenía dos grandes ingresos: uno al Norte, entre los números 4 y 6, y otro al Sur, entre el 18 y 19.

El muro *i-M* ha ofrecido la particularidad determinativa para mi explicación, de que, al excavarle, haya salido un banco en piedra, careada naturalmente, con un respaldo megalítico, cuyas deformidades de extremos se hallan punta arriba, lo que más comprueba fuese el banco de los Régulos, senadores y patricios que gobernaban las Asambleas, según explica César.

Las terrazas destinaríanse á las personas escogidas, y la inmensa explanada, desde el *Stadium* al río, para las muchedumbres, unas veces frenéticas de goce en las fiestas, como las de Cartago Nova; otras, patrióticas y arrogantes, como la de Voluce; y otras, vengadoras y terribles, como en Vellica.

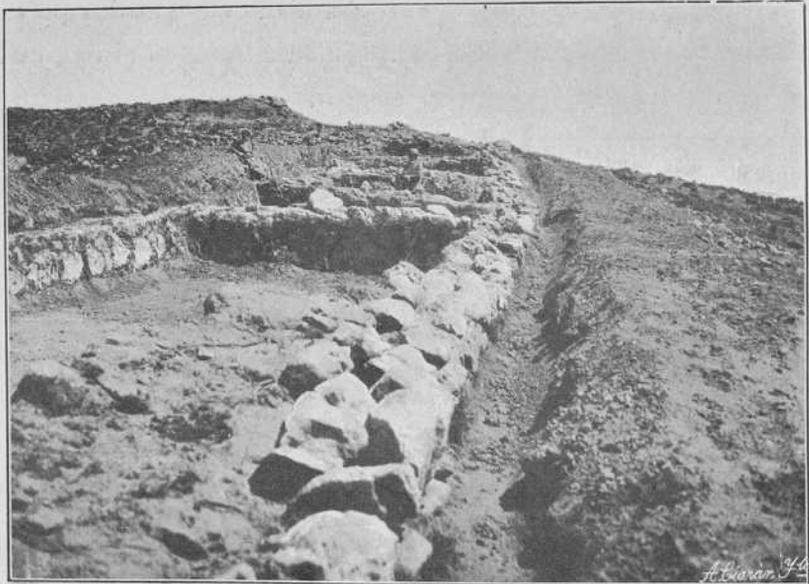
Ninguno de los muros de la Asamblea estaba al descubierto; por rara excepción en algún que otro sitio salpicaban sus puntas, ennegrecidas por el tiempo, escasas piedras. Desde el momento en que vi la pila de sacrificios humanos, y por tal la juzgué, comprendí que aislada no podía estar, y advirtiéndome en los montes las ya deformadas graderías, llevé cuadrillas de trabajadores que, excavando junto á las pocas piedras indicadoras, y siguiendo los eimientos que se descubrían, he logrado presentar la interesantísima Asamblea Ibérica, sin recomponer nada, para que se vea y conserve su respetable y clasificador aspecto primitivo.

Varias son las personas doctas, y algunas hasta sabias, que he llevado á visitar monumento tan único, y todas sin excepción, al verle, como hoy ya está, han convenido en que era, y no podía ser otra cosa, que

un lugar de Asamblea político-religiosa y de fiestas de los iberos, con la pila para los sacrificios humanos.

Cerrando toda la construcción por la parte Oeste, desenterré unos cimientos que bajan desde el número 20 al 22, formando, con otro paralelo, cinco apartamientos independientes: los cuatro primeros con puertas dando al *Stadium*, y el más grande, el último, con anchísimo ingreso en rampa, empedrada con grandes peñas. La bárbara construcción de estas habitaciones bien se advierte por la fotografía que las reproduce.

ASAMBLEA IBÉRICA



Gran cámara para los luchadores y apartamientos para los de las fiestas.

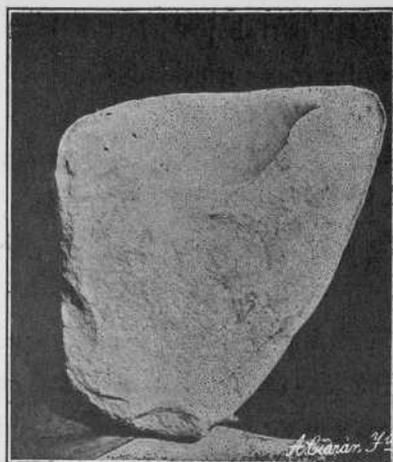
Sabiendo que en estas Asambleas se celebraron fiestas gimnásticas, de atletas, de simulados combates, luchas á brazo, carreras á pie y á caballo, danzas, y al contar todo esto Strabón añade que hasta escaramuzas guerreras en pelotones, tengo yo á estos apartamientos por lugares de espera y preparación para los que tomaran parte en tales ejercicios y festejos, dejando la cámara más grande con destino á los muchos luchadores que allí se reunieran, afirmándome en ello

haber encontrado hincada justamente en el centro del largo apartamento, un tazón de piedra en labra tosca, pero que, por lo gastado, denuncia el mucho uso, y que sirviera para contener la *ceroma* ó unguento, que con aceite y cera hacían únicamente para untarse el cuerpo los luchadores antes de frotarse con arena fina, según indica Marcial en su epigrama á Ático; Marcial, el casi vecino de Arcóbriga.

Que los muros de ambos lados del Drunémeton han sido terrazas, no se puede dudar, al ver el terreno y no hallarse ni una insignificante construcción que los corte ó divida, como se encuentran, según hemos visto, en las cámaras de los que tomaban parte en los espectáculos.

Que todo aquel espacio lo fué de reuniones de variado estilo, pero al fin reuniones, en cuyo terreno no moraba de continuo nadie, se comprueba también porque en tan grandes excavaciones como hice, no hallé ni un insignificante fragmento de cerámica; solos dos saltadas esquirlas de silex. Y como tampoco se encontró nada en los cinco apartamentos descritos, me afirmo más en creerlos que servían solamente para aquellas ocasiones de breves horas, y así ni techumbres tuvieran, ó se cubrieron con ramaje.

Volviendo desde la gran cámara, la *ceroma* de Plinio, hasta la pila, marchando por cima del muro de contención del *Stadium*, que por estar tan destruído no lo figuraron en el plano, y lo siento, hállanse, como ya dije, algunos peñones naturales, que tal vez determinarían el trazar por ellos el muro en cuestión. Una de esas grandes rocas ofrece la particularidad, que también atestigua la certidumbre de cuanto dejo explicado, y es destacarse perfectamente sobre la cara más redondeada y lisa de la piedra, unas alargadas ranuras que en la arenisca dejaron con bastante huella los cuchillos de silex frecuentemente allí afilados para abrir

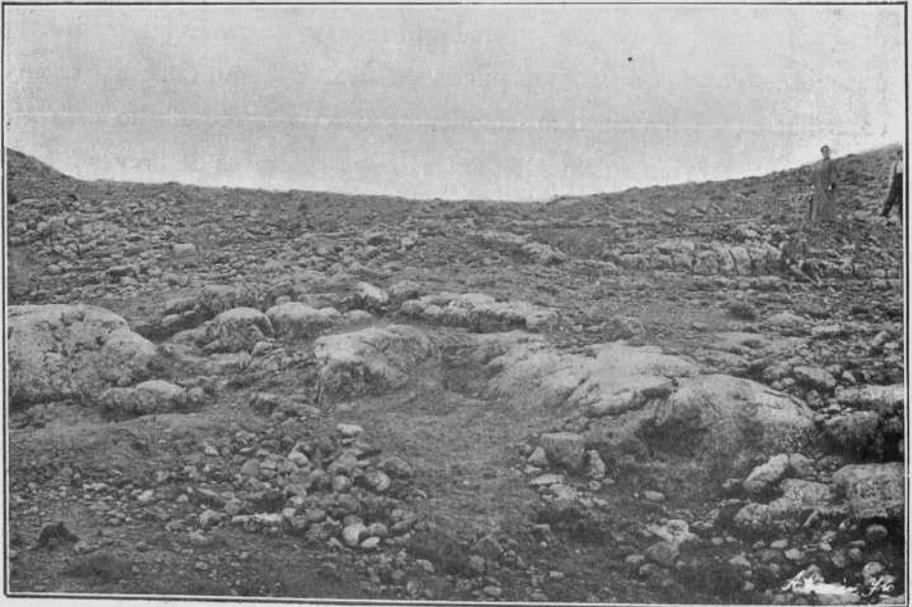


Pila unguentaria ibérica.

á las víctimas. No pudo ser otra su causa, y en aquel sitio, pues sabido es que cerca de los puntos de ceremonias ó viviendas, se hallan esos prehistóricos afladores en las peñas, como tantos semejantes se describen de Seine-et-Marne, Aube y otros puntos, contándose hasta cincuenta y ocho en los alrededores de Troyes y Nogent-sur-Seine, sobre los que hizo notables trabajos Marcel-Baudouin, y en España no fueron aún rebuscadas esas curiosidades.

Las dichas ranuras se hallan á un metro ó poco más del suelo, que es la altura cómoda para el hombre; y como no es probable quisieran al sacrificio inhumanizarle más, suspendiéndole por afilar el cuchillo, el *culter* de pedernal; y vese en la misma roca, labrado bárbaramente, un planito tal vez para colocar las cuchillas de sílex en preparación de afilarse ó ya dispuestos para aquellos numerosísimos sacrificios humanos ibéricos de que hablan todos los historiadores antiguos. Que tales ranuras son de la más remota antigüedad, es indudable, con sólo ver su color, ya en la parte honda, ya en la alta, tan igualmente negruzco como toda la peña, sombreadísima por los siglos.

ASAMBLEA IBÉRICA



Ingreso al *Stadium*.

Peña donde afilasen los cuchillos de sílex.

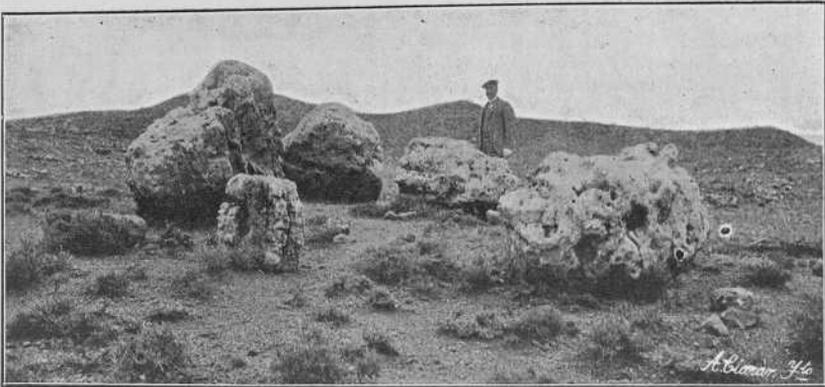
A la derecha del lector, en el grabado que representa la escala al *Stadium*, se ve, abajo, la cabeza de la roca, con las señales de afilar los cuchillos.

A todo lo largo entre *8* y *P*, y en el ancho de *f* á *e*, ya expliqué se producía un declive del terreno, bajando hasta las tumbas celtibéricas descritas entre *d* y *e*; pues junto á *e*, y, por consiguiente, debajo de la pila de sacrificios humanos y del ara para el fuego sagrado y pira de incineración, hay un gran espacio de terreno, en el que, bajo capa de arcillas rodadas de los cerros, descubrí inmensa cantidad de cenizas, con más de un metro de espesor y bastantes de anchura y largo. Algunos hombres, cavando allí varios días, no lograron dar fin á aquel extraordinario depósito de cenizas, y tuve que suspender el trabajo, por ver que no se lograba hallar, entre ellas, otra cosa sino algunos pedazos de carbón; todo lo cual me asegura en que los iberos á cada fiesta, y por muchos y bastantes siglos, arrojaban, á lo que fuere entonces hondonada, las cenizas de los sacrificados; y las cinco tumbas celtibéricas que allí junto se ven, no sería extraño que encerrasen los restos á media incineración de algunos jefes de gentilidades, que apresaran al enemigo, y en la gran fiesta los sacrificasen á su innominado Dios.

Bajando por las curvas de nivel, figuradas en el plano, desde el número 4 al 1 y prosiguiendo, se sube á un montículo aislado, en el que se hallan seis grandes peñas formando un círculo megalítico, que se designa con las letras *a*, *b* y núm. 1. El espacio central es de unos cuatro metros, no logrando hallar nada, aunque se excavó, pero bien poco, por encontrar inmediato el suelo firme, lo que demuestra no haber sido tumba el pequeño *cromlech*, sino una especie de *sacellum*, ó templo primitivo al aire libre, ó un monumento conmemorativo; hallándose allí, es nuevo dato para reconocer aquel sitio como consagrado y dedicado á recuerdos, asambleas, solemnidades y fiestas político-religiosas de los iberos que, como dijimos, se celebraban en varias ocasiones y con la mayor solemnidad cada año en el solsticio de verano. A ella acudía el Régulo Arkailiko, con diadema de delgada plancha áurea del Tajo, sobre los rizadísimos bucles de su cabeza; robusto torque del mismo precia-

do metal al cuello; y pareciera que todo él iba vestido de oro, según le cubría un manto de lana coraxa; el sayo tradicional era de cuero, sobre el que planchas de preciadísimo cobre dábanle singularidad y extraordinaria riqueza, no quedando en menos la *pelta*, con el simulado oso de los arcobricenses, por inciertas rayas grabadas sobre el cuero. En la

MONREAL DE ARIZA



Cromlech junto á la Asamblea ibérica.

falcata lucía unos chatones afligranados en la equina empuñadura. Todo el mundo se postraba á su paso, que Rey era, y Pontífice, y cobrador de tributos, y tirano, y el mejor guerrero; seguía el gran Sacerdote con la cabeza tonsurada, que cubría alta y cónica mitra, llevando pintado, con el coco de púrpura emeritense, el sol del Dios Neton: lengua era su barba blanca; venerable el aspecto del inspirado *arúspice*, él, quien sabía absolutamente todas las lecciones de su teología que, según César, jamás se escribieron, y los adscritos empleaban veinte años en aprenderlas de memoria. Marchaba descalzo, envolvíase en larga túnica de finísimo y el más blanco lino carboso tarraconense, luciendo en el pecho una brillante media luna, representando á su Diosa patronímica Eaco, recortada en planchuela de la famosa piedra especular de Plinio, que también se encuentra en los inmediatos montes de Almaluez.

En la corte de ambos seguían los Jefes de las gentilidades, el colegio

sacerdotal y los más triunfadores guerreros, sentándose en el preferente banco de piedra; y lealísimos soldurios, los ambactos, los adoptados y los parientes de los Jefes y sacerdotes, con las mujeres de todos éstos, llenaban las terrazas, mientras bullían con ensordecedor murmullo las muchedumbres de las tribus agolpadas en los explanados terrenos del frente.

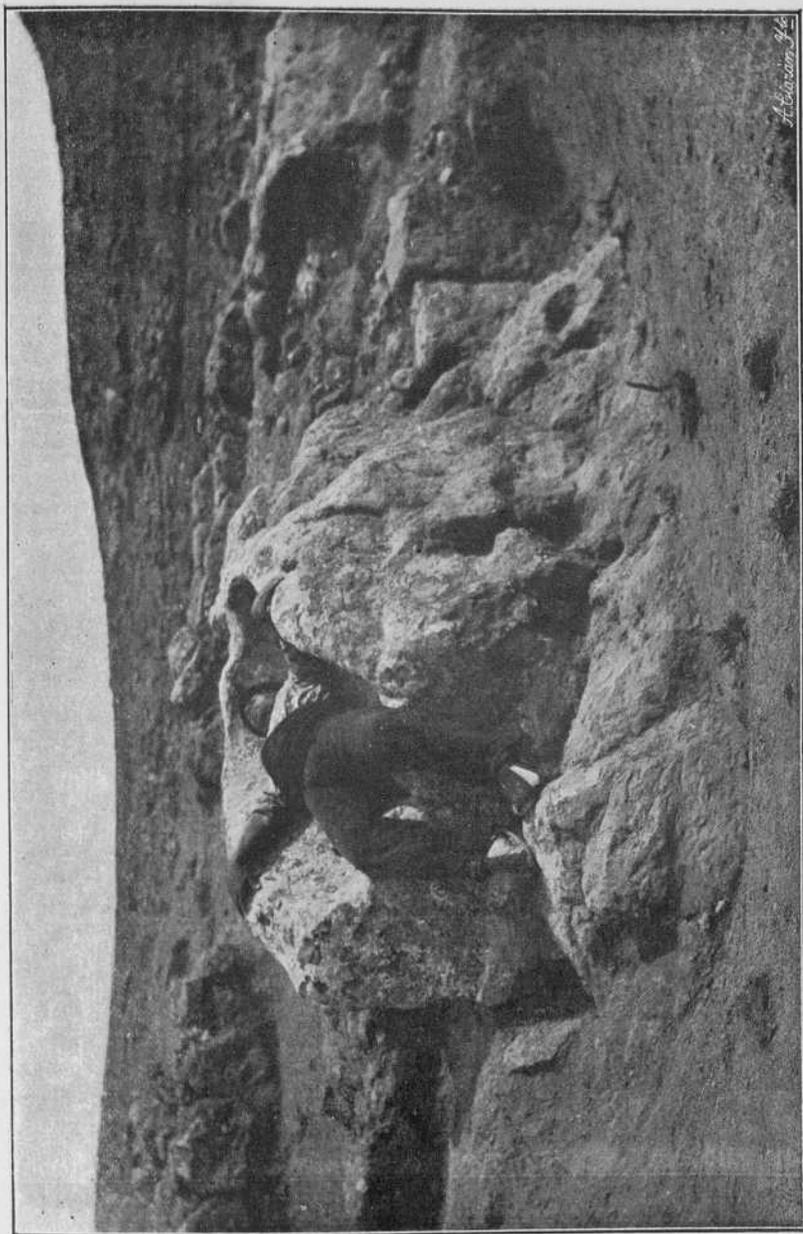
Comenzaron la fiesta por colocar con grandes solemnidades y entre canciones y signos las brasas traídas al ara desde el templo de la ciudad, como fuego sagrado que no debía extinguirse jamás, y si esto ocurría era inmensa desgracia, y lo fué en todos los pueblos primitivos y gentiles, que si se apagó alguna vez como en Atenas y Delfos no les fué permitido encenderle sino con los rayos del sol, como refiere Plutarco en la Vida de Numa.

Alumbraron, pues, con las brasas la robusta pira; siguiéronse carreras á pie, que vinieron á disputar los montañeses de Huerneces y los indescansables *vettones*; hubo luchas de atletas, á que acudieron mozos de Sisamón y de Aregrat; maniobras guerreras en los moteados caballos celtibéricos, terminando con las habilidades que describe Strabón; ejercicios de armas de los plateanos, sobresaliendo por su maravillosa puntería los flecheros silenses, y en la destreza de arrojar el venablo los de Silas de Marcial. Llegó el turno á las danzas, en las que lucieron las parejas de Rixama su maravillosa agilidad y el sorprendente juego de sus pies, sin duda originadores de nuestra noble, graciosísima y patriótica jota aragonesa, que también Marcial nos dice cómo acompañaban con canciones á sus danzas los mozos de Rixamaro. Diéronse á las jóvenes bailarinas coronas de encendidas, perfumadas y espléndidas rosas de Peterón, y acompañando á todos estos divertimientos y espectáculos la música de gaitas célticas, tibias vascas y las trompas de barro numantinas: fiestas, en fin, en las que sólo intervinieron casi exclusivamente los pueblos arevacos y los convecinos, desde los bilbilitanos á los de *Segontia*.

Y llegó el solemne y terrible momento del sacrificio humano. Adelantóse hasta la piedra cruenta el Pontífice con la cabeza velada, según la tradición griega de la Eneida; y por aislarse del mundo, según lo en-

tendía Plutarco; hace aquellas inalterables invocaciones en las que no podía equivocarse una sola palabra; y entre bárbaros guerreros traen desnudo y medio cubierto por ramos de olivo á la víctima, joven de tan hermosa y varonil figura, á la que honraban extensas cicatrices por blasones de sus temerarios heroísmos, hasta que en la última batalla ni tuvo fuerzas para vencer de muchos, ni le dejaron ocasión para tomarse la pócima del tejo que llevara en una ampula saguntina para librarse, por la muerte, de caer prisionero, mas la desgracia le trajo al sacrificio. Tendieronle en la pila, se hizo un silencio profundo que sólo a tristaban los quejidos que en la flauta ritual entonaban el *tibicen*, y, sujetando por la cabeza y hombros el *cultrarius* al prisionero, en tanto que éste, admirable y grandioso, entonaba un Pean guerrero, le abrió el pecho el *victimarius* con terrible tajo de su cuchilla de silex. Un grito horrible rasgó de todas las bocas; el latido de todos los corazones es más horrendo de interpretar; en las últimas nerviosidades, con que la vida se agolpa á la agonía, rodó á tierra el cadáver después de que en su martirio examinó el arúspice las entrañas, estudiando su cruento modo de desprenderse. Corría y corría la sangre, cogió en el hoyo rebosante de ella todo un *simpulum*, y arrojándola por varias veces sobre los jefes y la multitud cantó la profecía, que era de fortuna y gloria. Entonaron los coros el Pean religioso, y entre danzas y estrépitos se alejaron jefes, sacerdotes, patricios y muchedumbre. Quedó el campo solitario y triste á la luz de la lámpara de la noche que pendía del cielo; la Naturaleza, no sé si por hollada con tanta gente ó por dolorida, negó el brotar á las plantas, cubriéndose con la aridez del duelo; la piedra del sacrificio brillaba con la púrpura de la sangre, que recogióndola para su manto de imperio la muerte, hizo de la pila su trono; lamentáronse con atronadores rugidos los huracanes; lloraron por sus nubes los cielos, y aquéllas y éstos despeñaron las infecundas arcillas sobre el campo del Drunémeton arcobricense para sepultarle por siglos de siglos, hasta que un poeta y arqueólogo amantísimo de su patria y del romántico Jalón, llegando á sus orillas descubre el peñasco, le analiza con algunos estudios para presentárselo, y termina sus impresiones con los doloridos ecos de una elegía.

ASAMBLEA IBÉRICA

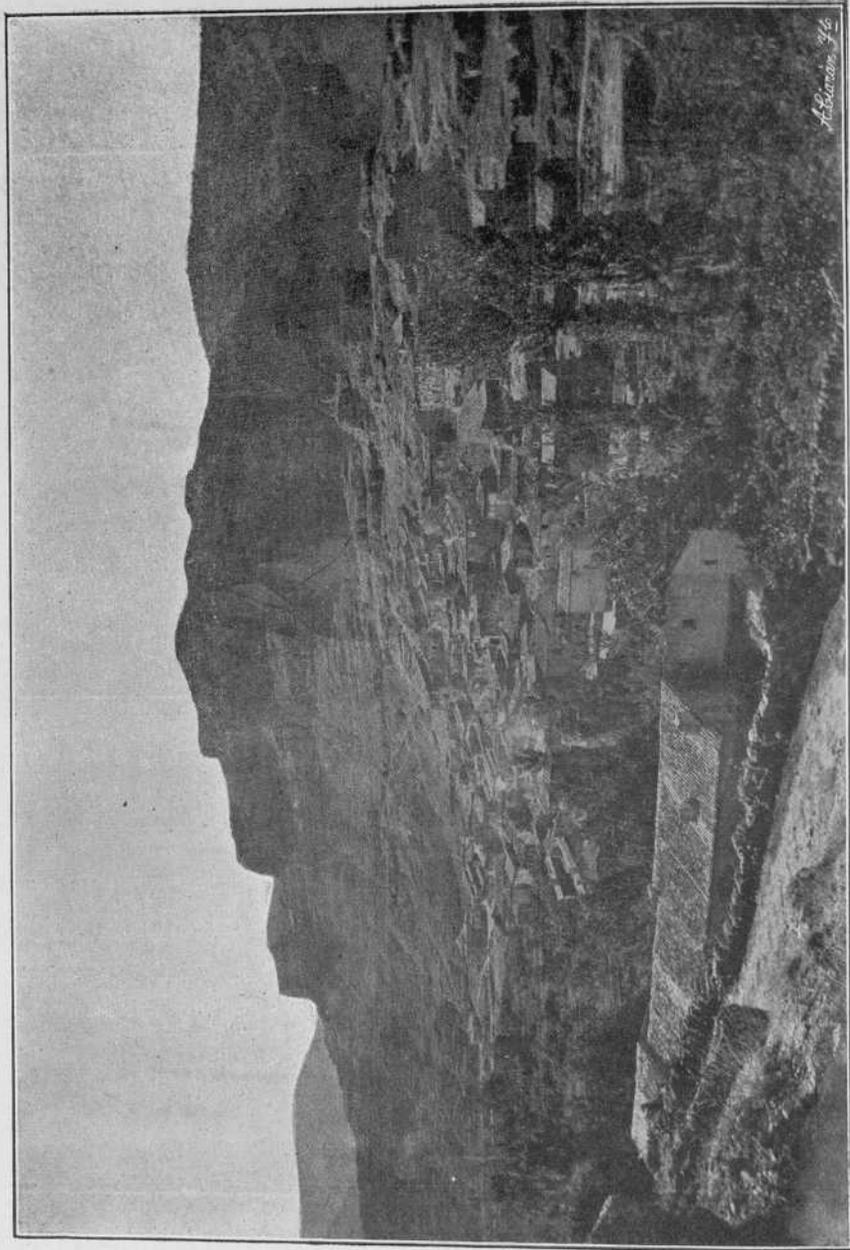


Fila de sacrificios humanos con indicación de la víctima.

Escala de ingreso al *Stadium*.

Ara del fuego sagrado.

SOMAÉN



Vista de la villa y, á la derecha, comienzo del monte de la Necrópolis de Galiana.

NECRÓPOLIS DE GALIANA

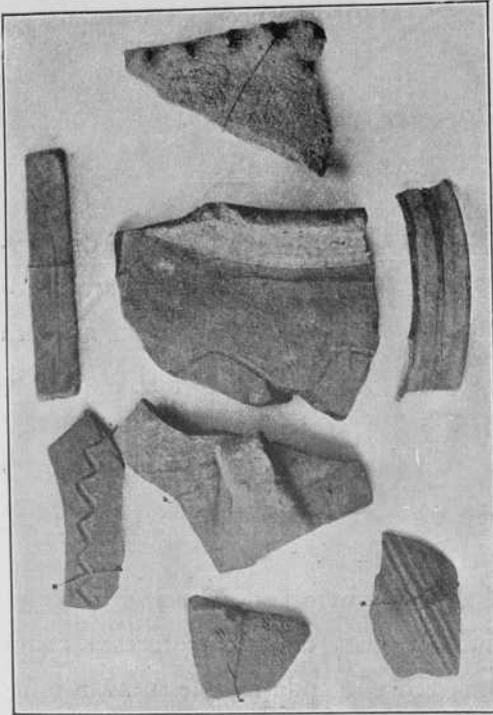
Quise en este viaje arqueológico por el Alto Jalón seguir un derrotero que hermanase en cuanto más pudiera lo geográfico con lo arqueológico. Pero llegué á dos temas que, por no verlos con relación artística ni histórica con los ya tratados, precisan separarme de aquel propósito, para dirigirme á un capítulo aparte, que más parezca un paréntesis; pero no debo suprimirle, pues se exponen en el uno singularidades cerámicas, y en el otro misterios de antiguas y rupestres inscripciones árabes.

Habremos de volver á Somaén, de la provincia de Soria, y al frente publico un grabado que reproduce la vista de tan pintoresca como arqueológica villa, en país tan escabroso y legendario, que socavan múltiples cavernas de su triásica formación. Como ya tanto ha recorrido el lector esas montañas, para llegar á las viviendas que los neolíticos pobladores de Iberia tallaron en los peñones de Valladares, Jubera y Vellilla, como para subir á la caverna de Somaén, paréceme no huelga el publicar la vista del poblado que adueña su término curiosísimo, y para señalar el monte de más á la derecha, donde se halla la necrópolis de Galiana, que voy á describir.

La montaña en que se abre la caverna, ampliamente explicada en este libro, levántase á gran altura, y en la cumbre, dando cara al saliente, hallé los tantas veces anotados restos de cimientos, en el prehistórico paralelismo de breve separación que, descendiendo por la cuesta, denuncian las primitivas necrópolis. Excavados estos inter-espacios, no dieron

sino abundantes cenizas, entremezclándolas muchos fragmentos de lisa y tosca cerámica, algún raspador de silex, dos alisadores en esquisto y escasos trozos de vasijas en barro negro, con simple y ruda ornamentación incisa, singularizándose

NECRÓPOLIS DE GALIANA



Cerámica negra y tosca.

uno, al tenerla formada por imprimación de sello, todo lo cual se ve en la lámina adjunta. Mas también salieron pedazos de torpe labor grabada, y otros que, con mayor finura y gusto se ornamentan en relieve, unos y otros exponiendo dibujos que tengo por muy extraños y especiales, pues jamás encontré cosa parecida en la inmensidad de cerámica que llevo descubierta en tantas excavaciones que ya hice, y bastantes diferentes puntos que exploré.

Gran lástima ha sido que, aun por mucho trabajar, no consiguiéramos descubrir ni

otros trozos compañeros, ni en mejor estado, y estoy en la convicción de no haber más allí, pues no quedó terreno por excavar entre los muros soterrados, que constituyeron el *ustrinum*, los espacios donde las piras á gran fuego consumieran los cadáveres, de los que se encontraban algunos huesos á medio quemar. Tal vez, recordando estas incineraciones, guarda la tradición para la vertiente de la montaña por aquel lado, el nombre de «El Hornillo».

Sin duda los muchos siglos y la rápida pendiente del monte hicieron que las aguas y los huracanes rodasen al arroyo que corre al pie los demás fragmentos de tan curiosas cerámicas.

No sólo pocos son éstos, sino en malísimo estado, que aún empeoran las no buenas fotografías; así que, examinándolos sobre ellos mismos, aún pueden apreciarse algunos más detalles que voy á indicar, sin que me aventure á clasificaciones.

Los fragmentos números 1 y 2 son de un mismo vaso. Junto al cordón inciso que contorneara el cuello y, por bajo de aquél, corre una orla compuesta por medios círculos, que insertan otros, formando entre ambos una de serpenteadas líneas incisas. Dentro de la fimbria parece que hay una media estrella, pero tal vez no sea así, pues más asemeja á una flor

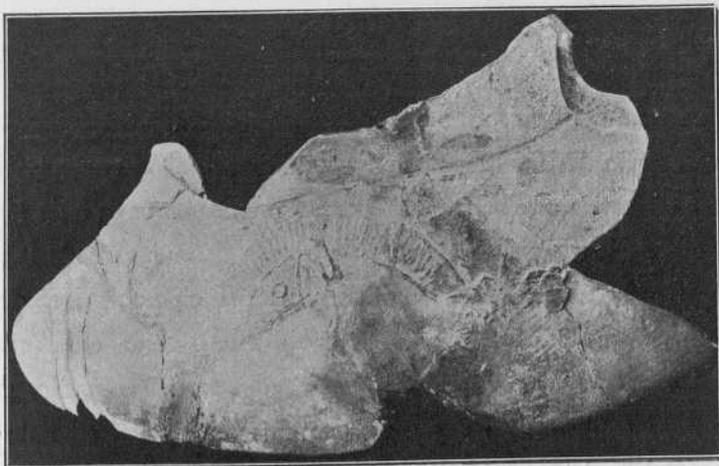
NECRÓPOLIS DE GALIANA



Fragmento número 1.

del loto, y entre cada dos hojas sale una línea terminando en minúsculo círculo, que recuerda los vástagos de las semillas; todo algo convencio-

NECRÓPOLIS DE GALIANA



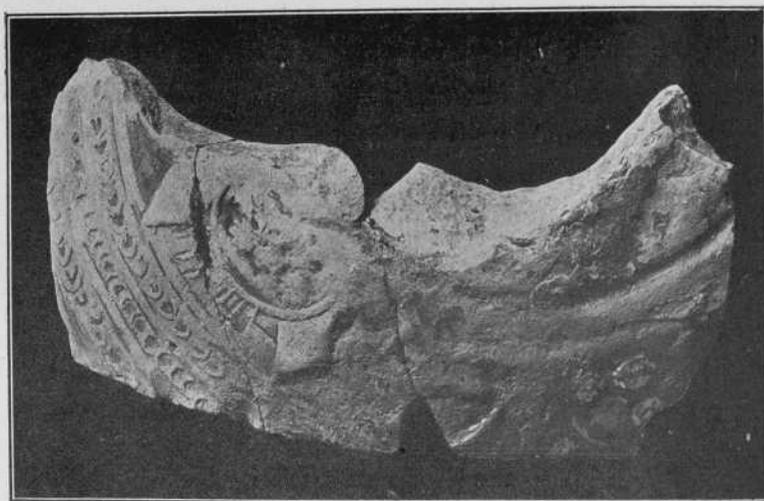
Fragmento número 2.

nal, como dicen Perrot y Chipiez, que los cartagineses representaban á esta flor; ó tal vez figurase la que refero, la del papiro, como se ve en

la espléndida copa de Cœré. El barro es de color terroso, ordinario, bien cocido y torneado.

El fragmento núm. 3 es de otro arte más adelantado, es como cuando los púnicos en sus imitaciones de los griegos acertaban algo en el dibujo, pero menos en la ejecución. Hay tres rangos de orlas que encie-

NECRÓPOLIS DEL GALIANA



Fragmento número 3.

rran crecidísimo número de medias lunas en marcha diferente, como el caminar eterno de Tanit; ornamentación principal la constituyen unas palmetas como las que se repiten extraordinariamente en toda la de Fenicia y sus derivadas, y en tan gran número reunidas desde la plancha de alabastro de Arad hasta los collares del príncipe chipriota de Athenieu. No son menos frecuentes los rayos que se ven en el trozo de cerámica de Galiana, como si la palmeta, al estilo de aquellos pueblos, representase estilizadas las ramas retorcidas del árbol sagrado asirio. Dentro de la palmeta se descubren varias flores á semejanza también de la margarita asiria, que apenas si falta algunas veces en las ornamentaciones fenicias, alcanzando á todas las materias, desde la curiosa cerámica en el vaso de Ormidia al hermoso entablamento de Byblos, y

del áureo brazalete de Curium á la diadema de príncipes chipriotas, y alguna de éstas luce orla de lanceolados rombos, como los que se ven entre las palmetas de la cerámica de Galiana, y tan rudos son los de la estela de Cartago que publican Perrot y Chipiez, y éstos con el número 554 representan una copa de plata, en la que también entre las palmetas se repujan lanceolados relieves al modo y proporción de los que yo describo.

Es indudable que el fragmento núm. 3 logra una ornamentación algo más clásica, pero el arte chipriota no es sino una derivación del ascaísmo griego sin perder las tradiciones asiáticas.

El barro es asimismo particular, grueso, de espesores muy desiguales, de color raro ceniciento y cohesión cual si fuera de pasta hidráulica; la factura torpe, debió estamparse con pequeñísimos moldes, pues hasta las rudísimas medias lunas no aparecen colocadas ni á iguales distancias y alturas.

NECRÓPOLIS DE GALIANA



Fragmento número 4.

El fragmento núm. 4, por su rango de medias lunas en orlas que debieron ser como las del núm. 1, semicirculares, y las estrelladas puntas de su ornamentación interior, y también por la técnica y la pasta se hermanan con los dos primeros fragmentos. Pero hay un detalle extraordi-

nariamente singular, y es una especie de cruz, terminando en un círculo los tres brazos que se conservan. Nada más común en el arte fenicio y sus derivados que los dientes de sierra ó estrella dentro de un círculo, como la grabada en la jamba de una puerta en Ebba, pero la cruz, si lo fuere, no sé que la representaran.

El aspecto de este trozo como el de los dos primeros llevarían á pensar en unos ladrillos visigóticos que existen en el Museo Arqueológico de Madrid, y en la cerámica del de Narbona, correspondiente al pueblo que asentado en esta ciudad la hizo su corte.

Pero aún su arte era más rudo y de ninguna manera les correspondiese al núm. 3 hallado junto á los otros y en sepulturas á incineración.

Desde el principio dije que no pensaba en clasificar los fragmentos de la cerámica de Galiana, sino presentarlos para que se llegue á su determinación, que juzgo interese al creer que son ejemplares de rareza ornamental en el punto que se hallaron y resultar diferentes entre sí, como si los hubieran llevado á tierra de Somaén corredores de alfarería que á la costa la trajesen, como productos exóticos, navegantes explotadores.

Alta es la cumbre del monte Galiana, encantador y pintoresco el país, sólo rico en admirables paisajes, pues que allí alborotadamente parece lucharon en el período triásico los colosales bancos de calizas compactas y cavernosas, entre cuyos descoyuntados buzamientos abre despeñado cauce el Alto Jalón. Pero á esa gigantesca batalla de la Naturaleza vino á tranquilizar la invasión miocena, cerrándolos en algunos puntos bajo sus conglomerados que forman montes como el de Galiana, nombre tan difícil de descifrar cuales los de sus ya descritas cerámicas, pues vía para las Galias no pudo correr entre tantas sinuosidades, peligrosos despeñaderos, titánicos montes y angosturas imposibles para los caminos de la antigüedad.

Pues que tal necrópolis existió en Galiana era caso de intentar descubrir el poblado á que correspondiese, y descendiendo desde la cumbre por escarpes de los montes sin detenerme más que á mirar al paso las impresiones que en altísimas rocas dejaron los fosilizados peces del mar

cretáceo, fuimos descendiendo hasta una gran explanada que aún á respetable altura domina el ángulo de vegas en que se entrega al Jalón el río Blanco. Encantador es el sitio, pero su gran soledad, las tristes samitas pizarreñas con sus negros vegetales carbonizados, las rocas muertas del muschelkalk y los peñones de toba, de las más notables, con sus curiosísimas inscrustaciones de seres muertos, todo allí era solemne, grandioso y triste pareciendo que se presentía el hallazgo fúnebre que tuve al acercarme á los bordes de la explanada, y allí fuí descubriendo una extensa necrópolis que en la amplitud de doscientos metros no tendrá menos de treinta sepulturas olerdolitanas, por consiguiente talladas en la roca, afectando la forma de los cuerpos muertos, más estrechas para los pies, y siguen ensanchando hasta los hombros para terminar en el excavado círculo de la cabeza. Las tumbas son de muy diversos tamaños, desde pequeñas para niños hasta enormes que sirvieran para gigantes. En medio de aquel campo de duelo había frases neolíticas de entrañable amor; ese divino sentimiento que todo lo alegra, todo lo encanta y todo lo idealiza, como hálito maravilloso de la felicidad: allí vi, con la satisfacción del consuelo, las cifras de tal cariño al encontrar por varias veces dos tumbas tan inmediatas que casi se confunden, y la una es grande y fuerte, como si me retratase al hombre robusto, valiente y enamorado que allí descansaba contento por hallarse tan cerca, todo lo más cerca posible, de la mujer amada y hermosa que le acompañó por el derrotero de la vida, haciéndole creer que recorría un paraíso; así, pequeña, más reducida y más estrecha por esbelta es la tumba inmediata: creí que todo hubo pasado de esta manera, y que todo aquello representaba; excavé con el sensible afán de conocer á los enamorados de los tiempos primitivos, pero no había en las tumbas sino tierra, ¡que así somos!, y sobre aquéllas unas aliagas, como si con sus punzas quisieran defenderlas de la profanación, y algunas florecillas blancas de los tomillos, como si el perfume del amor no hubiera de extinguirse jamás.

Ninguna tumba tiene losa que la cubra, pero debieron taparse con lanchas de piedras.

Casi al frente, al otro lado de la estrecha vega del río Blanco, se halla la habitación rupestre de dos pisos, denominada hoy de Valdelacasa, que correspondiendo á la época neolítica, describí extensamente en capítulo algo anterior, con grabado que la representa.

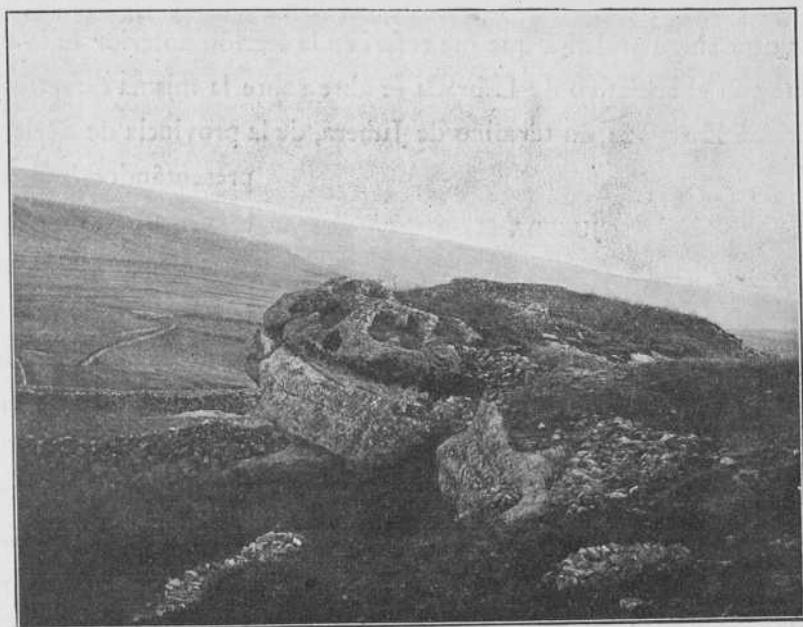
De la grandiosa caverna de Somaén también hice amplias explicaciones en este discurso, sosteniendo que sus trogloditas corresponden á la época neolítica en su primer período. En el uno como en el otro caso no hay muestras de incineración. La caverna de Somaén casi se halla en el mismo monte que las dichas sepulturas olerdolitanas, sino que éstas se emplazan detrás del boquete, por donde la caverna tuvo y tiene entrada.

La necrópolis del río Blanco entiendo corresponda á las familias de la época de la piedra pulimentada, que habitaron en la caverna de Somaén, ó en la rupestre excavada vivienda de Valdelacasa. Y estas sepulturas me traen el recuerdo de otras que vi este año, cuando iba á visitar y dirigir mis largas excavaciones en Torralba, con cuya descripción comencé, en este discurso, la de cuantas hago por la cuenca del Alto Jalón.

A unos siete kilómetros de Torralba, en la línea férrea á Soria, la primera estación es Miño, encantador país por lo extraordinariamente pintoresco que se presenta con gigantescos montes, peñascos areniscos de formas caprichosísimas y fantásticas; tan pronto hay cuencas cerradas por murallones inmensos en la que álzanse como obeliscos y fantasmas caprichosísimas rocas con sus cabelleras de ramaje y troncos que en ellas parecen brazos; á seguida ábrense los peñascales, y la vista corre por extensos prados y bien dispuestos cultivos, hasta perderse en la lejanía, entre las sombras de verdes bosques. Por estas solemnidades y maravillas de la naturaleza, se descubren los desquiciamientos más caprichosos y fantásticos de la acción transformadora triásica en aquel país; y sobre tanta roca, en la más alta cumbre, edificaron fuerte y hermoso castillo los egregios Duques de Medinaceli, que fueron señores de la histórica y simpática villa acogida á su flanco, como la familia se congrega al hogar, que así fueron los señores y los pueblos en la antigua heroica y

crisiana época. Del castillo apenas si queda más que el recuerdo y dos magníficos aljibes tallados en la roca. Por uno de los extremos de ésta, en que se asentó el postrer baluarte, avanza un peñón todo socavado para sepulturas, pero rara es la que afecta indicios de la forma olerdolitana. Tengo á las de Miño por de la Edad Media, desde á poco tiempo de asegurarse cristiano, contra los moros, aquel país. Por ser de notable curiosidad, inserto el grabado que las representa.

MIÑO



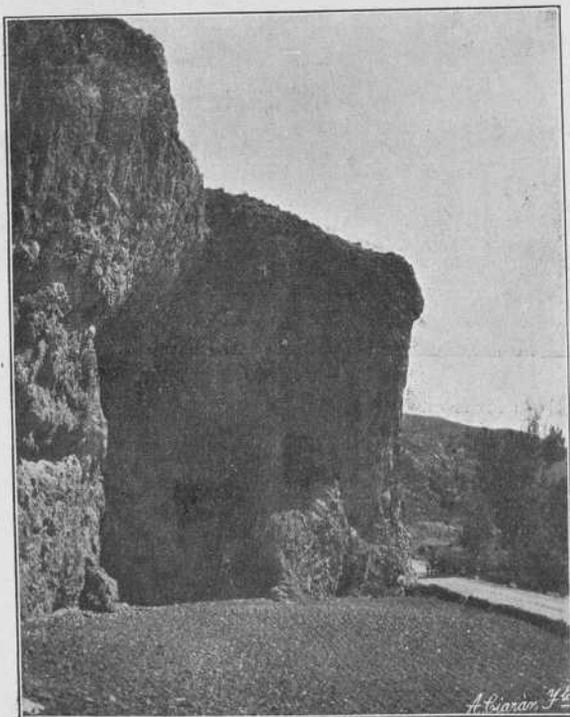
Sepulturas en la roca.

LA CUEVA LABRADA

La otra singularidad á que me referí en la sección anterior es la cueva que con el apelativo de Labrada se abre sobre la misma carretera de Madrid á Zaragoza, en término de Jubera, de la provincia de Soria, re-

presentándose al frente de estos renglones.

JUBERA



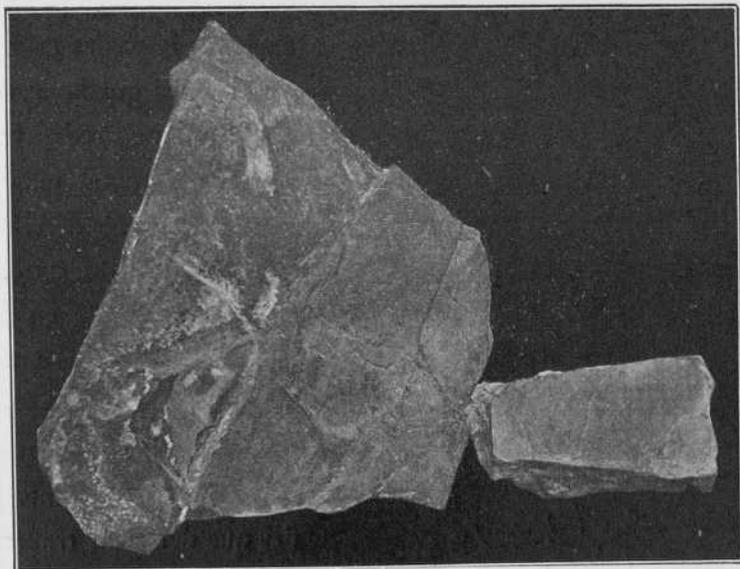
Un poco antes de llegar á la estación de Jubera, en el ferrocarril de aquella línea y en la margen izquierda del Jalón avanza casi hasta el río un alto peñasco que descende de formidable monte, ahondándose en aquél una cueva bastante elevada, pero ni de gran anchura ni profundidad, mas buen sitio para esconderse quien huyera por aquel escabrosísimo y solitario país en el alborar del siglo XI.

La cueva labrada de las inscripciones árabes.

El pueblo la llama «Cueva Labrada», porque, sin duda, desde tan distante época la distinguirían algunas más pinturas rupestres de las que hallé, tanto en ella, como en su entrada, representando círculos concéntricos que irradian interiormente algunas líneas, todo coloreado con el abundante ocre del país, y en gusto arábigo, pero rudo.

En el interior de la cueva y en la inmediación de la entrada había dos pequeñísimos planos naturales de la roca, que toda ella es abrupta en la formación de la triásica cueva. Algunos otros pequeñísimos trozos planos se descubren aún, ya en su fondo, ya en la especie de abovedada techumbre. En los dos primeros hallé unas inscripciones en buen estado, y otra gastadísima por las humedades. Todas tres se logró arrancarlas, y de las primeras doy las fotografías para idea de su

JUBERA



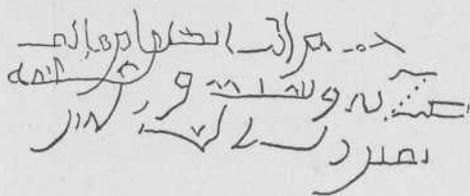
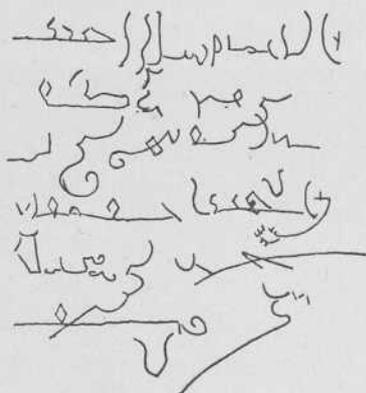
Piedras de las inscripciones arábicas.

forma, pero el objetivo no consiguió estampar las inscripciones, por ser tan leve su grabado y tan pequeños los caracteres, que aun en la mano precisa práctica para verlas bien y copiarlas. Esto he conseguido con

trabajo y extremada atención, y al trasladarlas al grabado respondo de que tales rayas se ven en las piedras, más sin aventurarme á creerlas todas signos, pues no conociendo yo el árabe, pude tomar por algunos de ellos lo que fueran líneas fortuitas de arenas frotadas por los huracanes, ó propias de la misma piedra; pero creo serán rarísimas las no trazadas por el moro que grabó la inscripción, pues el colorido uniforme y tostado de toda la piedra asegura haber corrido por cima de cuantas son las rayas un mismo lapso de tiempo.

El trozo de piedra pequeño estaba por bajo del mayor. Éste mide tal como se halla 0,24 m. en la línea superior, 0,27 en la de la izquierda, 0,17 en la derecha, y 0,24 la de abajo. Pero como la inscripción se halla sólo en el trocito

JUBERA



Inscripciones rupestres árabes.

que se ve liso, como incrustado más á la derecha, resulta éste con 0,15 de largo por 0,07 de ancho, y la piedra más pequeña de la segunda inscripción ésta la abarca toda, y en su centro horizontal mide 0,15, en su ancho de la derecha 0,08, y en el izquierdo, 0,05.

Resultan, pues, en el grabado casi reducidas á una mitad de su tamaño.

Las inscripciones están ligera y tan finísimamente grabadas que debieron trazarse con un puñal, mas por persona de gran costumbre de escribir, pues ni se advierte la más in-

significante incertidumbre en los trazos y una soltura inmensa hasta en rasguitarlos, como denunciando en su autor á algún literato moro, que nada menos precisara para tal caligrafía en los siglos medios.

¿Qué puede decirse en tales inscripciones? Fuera el saberlo curiosa relación si es que no ascendía á importante, ya por descubrir algún suceso histórico desconocido, ya por comprobar cualquiera de los que desde remota época fueron anotados en la Historia. ¿Será el epitafio de algún caudillo, al que sepultaron allí en la obscuridad de su derrota? ¿Quién pudo escribir tales lecturas en sitio tan olvidado y recóndito? Pues que desconozco el árabe, no puedo descifrar las leyendas de los caracteres citados, ni por su forma colegir la fecha: permítaseme recuerde la gran proximidad de la cueva con Medinaceli, la importantísima fortaleza de la Edad Media que mereció el dictado de Frontera Central. Medinaceli y Almanzor son dos nombres que siempre se agolpan á la memoria reunidos, ya que no hermanados, y ante ésta desfilan en derrota los musulimes de Mohammed Ibnabiamer, llevando á hombros, en la litera que fué del Rey Bermudo de León, al conquistador de su capital y de Barcelona y Compostela. Va enfermo, si no herido, desde que sobre las mesnadas que trajo de Algarbe Farhon-ben-Abdalá, y los walíes de Mérida y Badajoz, con toda Andalucía, cayeron los Sanchos de Castilla y Navarra, el conde Mendo por Alfonso de León, y todos reunidos junto al solar del más temerario heroísmo patriótico, en la tierra de Numancia, pareció como si se desplomase nuevo ejército de Megara sobre los buitres mahometanos de Almanzor, que se alimentaban desde veinticinco años de presas cristianas; y á esos buitres les hallaron en su castillo de Calatañazor, desde donde, haciéndoles levantar el vuelo, les llevaron á herirlos de muerte y salvar á la cristianidad, sucumbiendo Almanzor en Bordecorex, justamente en el valle por donde se salvó para siempre á formar parte de la tierra del mundo la vieja Castilla, rompiendo por aquel desfiladero el desagüe del último mar, el cretáceo, que se llevó definitivamente de aquel país las aguas oceánicas.

Si Almanzor, desde Canales de la Sierra, cumplía su plan, volviéndose por el puerto de Santa Inés sobre Medinaceli, si ó llegó á esta villa en derrota desde Catalañazor, son dos versiones, la primera muy sabia, la segunda muy tradicional y de todos los libros; por la fuerza de la

última y la costumbre de éstos permítaseme que en el presente caso me acoja á la general versión, y pensando que al enterrar á su caudillo en un cerro frente á Medinaceli, no se creería el ejército árabe con toda seguridad para conducir el cadáver de su efectivo soberano, hasta donde, entre juegos y placeres, gozaba de la paz, sin advertir su cautiverio de Córdoba, el imbécil califa Hichen II; luego más pareciera que á Medinaceli llegaron en derrota los moros, que en estratégica y prevista vuelta á sus dominios. Y si en derrota fueron, ¡cuántos en todo el país soriano quedasen errantes, por descarriados en la huida!; ¡cuántos buscaran en los complicados laberintos de los peñascos y cavernas terciarias de Miño, Blocona, Yuba, Somaén y Jubera, asilo oculto para los primeros días, en tanto que sintieran galopar los caballos de los escuadrones cristianos en rebusca de fugitivos!, ¿no pudo llegar á la cueva de las inscripciones de Jubera, alguno de éstos? ¿No pudo ser alguien, como el wazir de Córdoba, Ahmed ben Bordí, el erudito poeta? ¿No engalanaban la Corte de Almanzor en Córdoba, los sabios y los trovadores? ¿No le acompañaron en sus guerras? ¿No iba en su penúltima campaña el Said-ben-Alhassan Abulola, que, entre Alcocer y Langa, la víspera de la sangrienta y para los cristianos triste batalla, recitaba versos á Almanzor, con aspiraciones de profeta? Y el versificador elegante, Hasan ben Melic, y el académico Gehuar el Tegebi, ¿no pudo alguno de éstos, ó como éstos, ó de sus discípulos, vagar errante por entre los tajos y precipicios de Jubera, y llegar á su gruta, y allí esconderse, y en su angustiosa situación, por peligrosa, y en su devoción á Almanzor, por muerto, y en su amor á la Patria, por vencida, trazar en la peña con la punta de su ensangrentado puñal, su última elegía, ó seguros detalles y olvidados heroicos nombres musulimes de la sangrienta y por ellos llorada batalla de Calatañazor? Pues ha de recordarse que las inscripciones están tan perfectamente escritas que parecen obra de un literato.

Muchas son las preguntas, y el sólo hacerlas comprueba mi ignorancia en el árabe.

¿Son muchas mis preguntas? Pues es el modo mejor de terminar un discurso expositivo, que narra el viaje arqueológico de quien no aspira

á enseñar, sino á aprender, y nada más justo que termine con general interrogación.

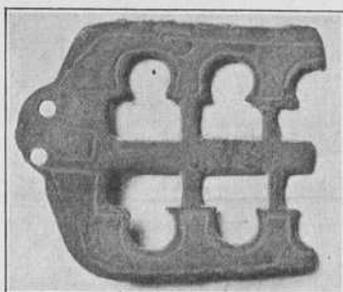
¿Cómo se evidencia que sea *elephas meridionalis* el que descubrí en el yacimiento cuaternario de Torralba? ¿Quién pone nombres y fechas á los trogloditas de la caverna de Somaén? ¿En qué época segura se construyeron los muros del castillo ciclópeo de Santa María de Huerta? ¿Dónde se hallan los caracteres traductores de las rayas y cazoletas de la megalítica muralla de la Granja de San Pedro y de la cueva de Vallunquer? ¿Qué nombre seguro tuvo la importantísima ciudad desenterrada por mí en Monreal de Ariza? ¿Aceptan todos que sea pila para sacrificios humanos la misteriosa piedra que encontré en la por mí llamada Asamblea Ibérica? ¿Qué dicen las arábigas rupestres inscripciones de Jubera? Todo ello expuse y describí en este discurso. ¿Habré acertado con las explicaciones? Quédeme al menos la satisfacción de haber hecho cuanto pude para acertar.

Llegué al final de mi discurso; pero, no he de cerrarle, sin complacerme en hacer pública mi gratitud á los dignos Ayuntamientos de las villas de Monreal de Ariza, Montuenga, Arcos, Somaén, Velilla, Jubera, Fuencaliente, Torralba y Santa María de Huerta, que con toda generosidad facilitaron mis excavaciones en sus términos, dándome toda suerte de facilidades para realizarlas, en cuya protección moral tanto asistieron sus vecindarios, por mí de largo tiempo tratados y queridos. Como, ramificándose mis rebuscas arqueológicas en seguimiento de las primitivas razas que poblaron aquel país, pienso continuar mis excavaciones por otros puntos, y me consta lo bien dispuestos que están á consentirlas los Ayuntamientos y vecindarios de Monteagudo, Almaluez, Utrilla y Aguaviva, recuérdoles en mi gratitud, así también á mi sabio Prelado y respetable amigo, el Excmo. Sr. Obispo de Sigüenza, Fray Toribio Minguella, tan amante como protector de los estudios arqueológicos, y al ejemplar é ilustrado clero del país, y á las autoridades de la provincia de Soria, distinguiendo especialmente á su docta y celosísima Comisión provincial de Monumentos históricos.

Por demás se ha extendido este discurso, al no limitarme á escueta

relación de los descubrimientos arqueológicos que logré por mis estudios y mis excavaciones: mejor correspondiese al Magisterio de la Real Academia de la Historia, una exposición ceñida á los hallazgos, con determinación concreta de los hechos, clasificación científica de los resultados y razonamiento de las deducciones. Excusadme, pues, de que, rebasando estos mejores moldes, me haya desceñido de ellos en varios puntos, al trazar algunos cuadros y fingir varias escenas, arrebatado por las impresiones que me produjeron los objetos ó los lugares, consintiendo que la fantasía volase, pero siempre por los espacios de la conocida como verdad ó mejor suposición histórica y arqueológica; fantasías á que di lugar en este trabajo, atendiendo á ser un discurso para leerse en público, al siempre poético, sensible y patriótico pueblo español; pero dedicado en primer término á la Academia, á cuya sabiduría ruego perdone el holgar de muchos párrafos: y pues venía consignando nombres de Cor-

JUBERA



Trozo de broche de bronce hallado cerca de la Cueva labrada.

poraciones y de personas que facilitaron mis trabajos, me es oportuno aprovechar esta ocasión para dar las gracias al Sr. D. Martín de las Heras, Cura Ecnomo de Monreal de Ariza, que con tanto acierto, solicitud y desprendimiento ayudó mis negociaciones para emprender y proseguir los trabajos arqueológicos en Arcóbriga como en la Asamblea ibérica, y al notable investigador arqueológico D. Juan Cabré, que ha hecho tan acertada como graciosamente

los dos planos de las habitaciones rupestres de Val de Herreros y el de la tumba de la necrópolis del castro megalítico, con los dibujos del vaso ibérico-púnico, que se publican también en este discurso, así como á don Francisco Alvarez Osorio por algunas fotografías de objetos, y á don Carlos Argüello por tantas que hizo de otros y de vistas, pues las demás las encargué al artista fotógrafo de Soria, D. Aurelio Pérez Rioja.

He llegado al final de mi discurso, ó más bien viaje histórico-arqueológico por la cuenca del Alto Jalón; desfile ha sido de grandes sucesos que apenas destacan su figura en las lejanías del horizonte histórico, adonde no debe consentirse que corra el sol á caer y ocultarse en las mazmorras de la eterna noche, sino que baje hasta allí para rasgar las brumas de la primitiva antigüedad, destacando á los hombres de tal modo que los conozcamos como vecinos, y á los lugares como propios, y á las costumbres con el espectáculo de sus enseñanzas, y á los monumentos con los rasgos de sus caracteres. Yo así recorría el país que he descrito; yo atravesaba sus desfiladeros sin apartarme del Jalón, como si fuese una estela de luz que me guiaba de peregrino; yo cabé sus montes rebuscando en sus entrañas los primeros brillantes de la idea en los sílex de los primeros hombres; yo me metí por las cavernas á sorprenderles en sus costumbres á la luz de aquel reflejo de primitivo arte que iba vacilantemente trazando el punzón troglodita sobre la arcilla amasada; yo asalté las montañas para seguir al hombre en el primer momento, que, sintiéndose serlo, abandona la nocturnidad de las cavernas para lanzarse al sol de todas las grandezas, como también de todos los peligros, y, dejando á las fieras los antros cavernosos, socavar unos para sus viviendas, que con empezar en tan poco fué el origen de todos los más espléndidos palacios, pues de menuda y leve semilla que lleva el aire nace el abedul gigantesco que hasta cobijó toda una tribu. Y seguí mi marcha removiendo las prehistóricas necrópolis para levantar los esqueletos de sus tumbas, preguntándoles con impresionado respeto los nombres de sus razas y recoger los objetos con que llamaron al barro lujo, y al pulido sílex esplendidez. Yo fuí á doquiera que se ocultaban entre escombros y matorrales las desquiciadas y negras piedras de las vetustas ruinas, como si temiesen que al pasar de siglos sobre siglos las posteriores generaciones de sus nietos, las creyeran derrumbadas por cobardes y rendidas, y entonces el indomable valor de tal pueblo arevaco, mejor que dejar murallones en pie como proclamas de grandezas caídas, cuando sintió revolar sobre sus cabezas los horribles fantasmas de extraño imperio en la lóbrega noche de la desgracia, sobre sí desplomó sus

casas, sus palacios, sus murallas y sus templos para soterrarse en el olvido del sepulcro, que siempre es heroico caer en la tumba rindiéndose sólo á la muerte, que es rendirse á Dios.

Y así sucumbiste, Arcóbriga; y ni aún tu nombre entregaste á una losa para tu epitafio; pero la gloria de Iberia no te abandonó; y si velaba á tu lado cuando exististe para encender el heroísmo en tu corazón, las sublimidades en tu pensamiento y depositar sus armas en tus manos, te recogió á tu muerte entre sus brazos, llamándote su amada hija, y queda velando al pie de tu sepulcro, y cantando por la voz de su legendario Jalón tus glorias, que yo, atento á sus patrióticas cadencias, le oigo sonar como del alborotado guerreador correr de los celtíberos que marchan á Vélice á entonar triunfantes el primer canto de independencia nacional sobre el cadáver de Amílcar; y síguense otros ruidos, que parecen de fiestas, y entre ellos suena el nombre de Asdrúbal, que busca apoyo en estas valerosísimas gentes, para llegar hasta el Ebro, en donde proclamar el nombre de Cartago; y corre y corre el Jalón, cuando de repente se despeña, y ya no canta, que ruge con el estrépito de aquellas abigarradas legiones, que marchan al límite ideal del poder y la gloria, sobre el pedestal excelso del romano Capitolio; y vuelve á calmarse el río, y se le escuchan como apagados ecos de plata que se amontona, de tesoros que caen en ocultadores silos, pues se aproximan, unos detrás de otros, el cruel y avaro Catón el Censor; el altivo ladrón Fulvio Flaco; el estafador Publio Furio Philón; el execrable Lúculo; el mercader de prisioneros españoles Tito Didio; el malvado, inepto y avaro Servilio Cepión; el ingrato Craso, bebedor de oro hasta muerto, que todos ellos, pretores rapaces y crueles, traían las devastadoras banderas de Roma, no como emblemas de la gloria y del triunfo, sino para convertirlas en sacos de bandidos tiranos con que arrebatarse todas las riquezas ibéricas sobre montones de víctimas españolas: y serénase el río, y hasta enmudece como para dejar que retumbe en la Celtiberia la maravillosa arenga de Indíbil: y sigue hasta parecer que el Jalón se lamentaba, cuando de repente retumba entre los precipicios de su lecho como trompa guerrera de llamada y combate que anuncia la venida de Viria-

to á levantarse de Bécor sobre los fornidos puños arevacos: y á su auxilio corren y corren movidos por una fuerza que ellos mismos no entienden pero que arrebató los corazones; el enigma sublime que el incomparable guerrero lusitano acertó á grabar con su espada, con sus virtudes y con su patriotismo en el altar nacional, las fraternales y maravillosas palabras de Patria común, la Patria Española. Tanto las ondas del Jalón lloraron á la víctima del aleve Cepión, que pareciera al límite de secarse; mas de golpe los manantiales se acrecen, el río se desborda y extendiéndose sobre la vega truécase en brillante espejo, ávido de reflejar, entre las mesnadas guerreras, la idealizada figura del caudillo más insigne, el triunfador Sertorio, que acababa de hincar valerosamente en Sigüenza su lanza en el traidor pecho del Baleárico Metelo: y corre un huracán de nieve que trae su vuelo desde *Etosca*, y el río se hiela, y el Jalón se para, y el Salo enmudece, que ha muerto el genio de la independencia española contra Roma: pero hasta el cauce aquél bajan los indomables arcobricenses que conquistan la paz, y á su calor vuelve á correr el río reflejando las progresivas grandezas de Arcóbriga y las prosperidades del viejo solar Arkailiko: pero llega un día, ¡horrible día! en que sobre éste se despeñan cataratas de hombres que parecen inconmensurables manadas de las bestias feroces que Marcial refiere de la inmediata Bubierca, pero aquéllas vienen de tan lejos, que jamás se miraron en el Jalón más horribles figuras, ni estallaron en los aires más horrendas maldiciones, ni se clavaron en los pechos más insaciables puñales, ni ardiéron en los poblados más devastadoras hogueras; llegaron los Alanos como el ejército de la muerte; pero aún así, ni se espantó Arcóbriga, que hasta las mujeres y los chicos lucharon para ser dignos de aquellos hombres que sólo soltaban las armas detrás de su último suspiro.

Todos perecieron: la ciudad se desplomó amando defender los cadáveres de sus hijos y de sus héroes bajo el triste y grandioso mausoleo de sus ruinas; recogió el río los torrentes de la épica sangre, y aun en su amor, todos los años la muestra al mundo por la escarlata de sus amapolas.

Y tú, Jalón, que eres la imagen admirable de la vida, tú que la creas

por cuanto alcanzan tus fructíferas aguas, tú que al extender la plata de tus raudales la truecas en el ondeado oro de tus barbeadas mieses, en las Beltionesas esmeraldas de tus emperladas vides, y en la soberana púrpura de tus paradisiacas pomos y de tus pérsicos globillos bilbilitanos; tú que tanto amaste y admirabas á Arcóbriga y á cuantos fueron en tu antigua cuenca; tú que te alzas como emblema de la vida desde las cumbres de la Sierra Ministra, y allí te he ido á buscar y te he acompañado hasta el Drunémeton ibérico, ayúdame á revivir, á esclarecer y á cantar la historia del Alto Jalón.

Dos datos muy importantes han quedado por consignar en el discurso, y aunque ya impreso, acudo á esta nota para incluirlos.

El yacimiento de Torralba se encuentra á 1.109 metros sobre el nivel del mar y esa altura excede muchísimo á la más elevada en que hasta el día se hallaron hachas chellenses ó cualquiera clase de útiles de la misma época, ya sean en sílex, cuarcita ú otra piedra.

Y la segunda omisión es que al describir la muela del *Elephas meridionalis* no consigné el dato importantísimo de provenir dicha muela de una quijada inferior, pues así se comprueban más mis suposiciones de haber pertenecido á un *Elephas meridionalis*, por las medidas, toda vez que esas son, como dije, de unos 27 milímetros de espacio entre el centro de una colina ó lámina de esmalte á la inmediata; y de ancha la muela es unos ocho centímetros y medio lo que excede bastante de las medidas típicas del *antiquus* y mucho más teniendo presente que las muelas inferiores son siempre menos anchas que las superiores.

Algunas erratas se deslizaron entre los nombres de grandes autoridades arqueológicas y paleontológicas que suplirá el lector, pues son aquellos tan conocidos como respetados: en la página 15 Quatrefages; Boucher de Perthes y Piette; en la 17 Harlé y Daleau; como de localidades en la 22 Ruffec y en la 24 York; erratas de una sola letra y en la 132 léase *falcata*.



ÍNDICE

	<u>Páginas.</u>
La Vía Romana de Segontia á Arcóbriga.....	7
El cuaternario elefantino yacimiento de Torralba.....	11
La caverna de Somaén.....	26
El Atalayo.....	37
Primitivas habitaciones rupestres	41
Castro ciclópeo.....	61
Cromlec'h del Ciclópeo.....	71
Castro megalítico.....	74
Necrópolis del Castro megalítico.....	78
La Hoya de los Muertos.....	87
Necrópolis del Sabinar.....	89
Poblado ibérico de Mirabueno.....	95
Necrópolis del Vado de la Lámpara ó el Molino de Benjamín.....	97
La Atalaya celtíbera de Vallunquer.....	100
La Cueva de las Cazoletas.....	101
Arcóbriga?.....	106
Asamblea ibérica y Pila de sacrificios humanos.....	134
Necrópolis de Galiana.....	157
Sepulturas olerdolitanas de Somaén.....	163
Sepulturas rupestres de Miño.....	164
La Cueva Labrada de las inscripciones árabes.....	166
Final.....	173

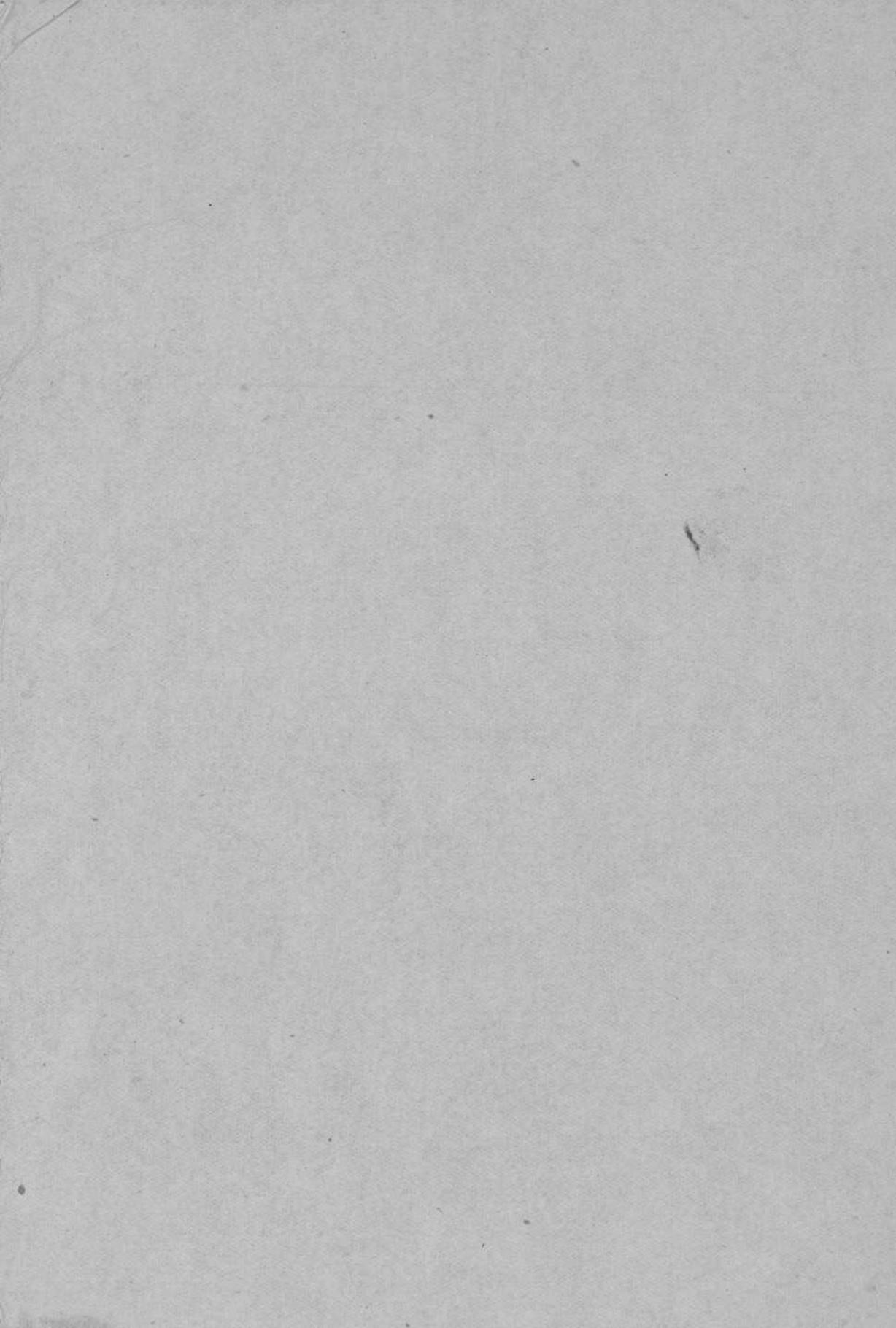
ÍNDICE DE LAS ILUSTRACIONES

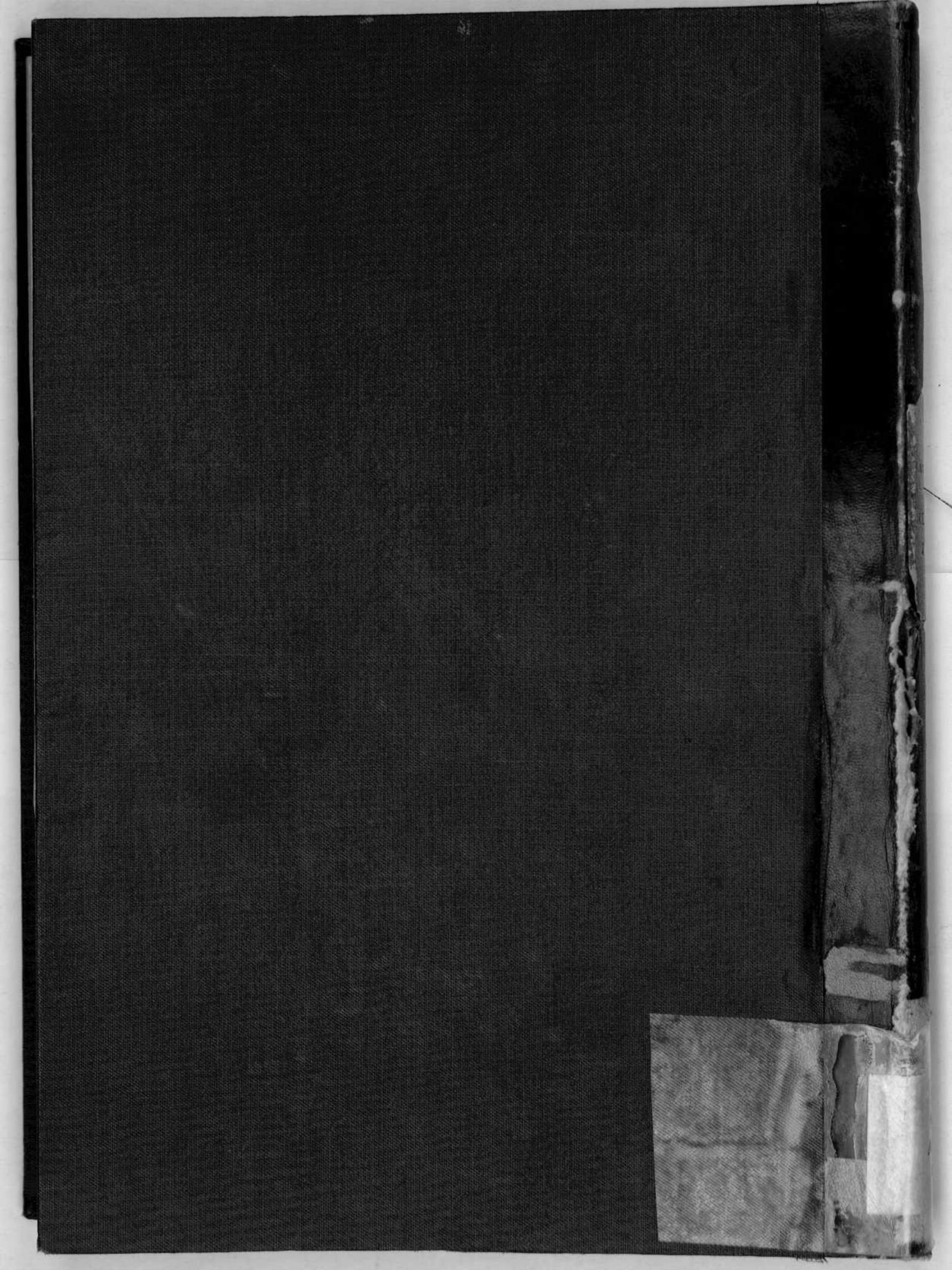
	<u>Páginas.</u>
Plano del Alto Jalón.....	3
Restos de <i>Elephas antiquus</i> y del <i>meridionalis</i> en el yacimiento de Torralba.....	18
Muela de quijada inferior de <i>Elephas meridionalis</i> ?.....	19
Hachas de las más primitivas y chellenses.....	21
Entrada de la caverna de Somaén.....	27
Cerámica neolítica; primer tipo.....	30
Cerámica neolítica; segundo tipo.....	33
Cerámica neolítica; detalles del primer tipo.....	35
Vista del Atalayo.....	38
Boca en pico de un vaso del tipo Ciempozuelos.....	39
Orla neolítica en idea de meandro.....	39
Desemboque del río Blanco en el Jalón.....	43
Vivienda primitiva rupestre: Valdelacasa.....	44
Entrada á la primitiva habitación rupestre: Semilla.....	46
Peñones del camino á las primitivas habitaciones rupestres de Va- lladares.....	48
Plano del primer piso de la habitación rupestre de Val-de-Herreros.	50
Plano del segundo piso.....	52
Vista panorámica del Castro ciclópeo.....	65
Muro del Castillo ciclópeo.....	66
Foso del Castillo ciclópeo.....	69
Cromlec'h ó templo megalítico del Castillo ciclópeo.....	71
Muralla megalítica.....	74

	<u>Páginas.</u>
Piedra ógmica en el Castro megalítico.....	76
Templo megalítico y fundamentos de la Torre ibérica.....	78
Cerámica del Castro y Necrópolis ibéricos.....	80
Cerámica y cráneos ibéricos.....	82
Sepultura en la Necrópolis ibérica.....	84
Cráneos ibéricos.....	85
Cerámica de la Necrópolis del Sabinar.....	90
Cerámica de la Necrópolis del Sabinar.....	91
Vaso beribrácico de la Necrópolis del Sabinar.....	93
Vista de Mirabueno.....	95
Pintura rupestre en el peñón de Mirabueno.....	96
Vista de las Necrópolis del Molino de Benjamín.....	98
Cueva de las Cazoletas.....	101
Piedra de las Cazoletas.....	102
Vista Noroeste de Arcóbriga.....	106
Restos de muro ibérico.....	114
Capitel del Pretorio.....	116
Ruinas del Castillo montano.....	117
Balas de catapulta.....	117
Vista Nordeste de Arcóbriga.....	119
Jarro ibérico.....	120
Desarrollo del vaso ibérico-púnico.....	124
Vaso ibérico-púnico.....	125
Vista del mismo vaso por el lado opuesto.....	125
Altar en Hagiár-Kim.....	127
Moneda de Arcóbriga.....	131
Alianza monetaria de Arcóbriga con Uxama... ..	131
Vaso ibérico-púnico.....	132
Asamblea ibérica y Pila de sacrificios humanos.....	133
Plano de la Asamblea ibérica.....	138
Pila de sacrificios humanos.....	142

	<u>Páginas.</u>
Gran cámara para los luchadores y apartamientos para los de las fiestas.	148
Pila unguentaria ibérica.	149
Ingreso al <i>Stadium</i> , y peña para afilar los cuchillos de sílex.	150
Cromlec'h junto á la Asamblea ibérica.	152
Pila de sacrificios humanos con indicación de la víctima.	155
Vista de Somaén, y á la derecha la Necrópolis de Galiana.	156
Cerámica negra y tosca de Galiana.	158
Cerámica de Galiana, fragmento núm. 1.	159
Cerámica de Galiana, fragmento núm. 2.	159
Cerámica de Galiana, fragmento núm. 3.	160
Cerámica de Galiana, fragmento núm. 4.	161
Sepulturas en la roca: Miño.	165
La Cueva labrada de las inscripciones árabes.	166
Piedras de las inscripciones árabes.	167
Inscripciones rupestres árabes.	168
Trozo de broche de bronce.	172







NUESTRA

—

EL ALTO

JALÓN

SS

903

AGU

alt